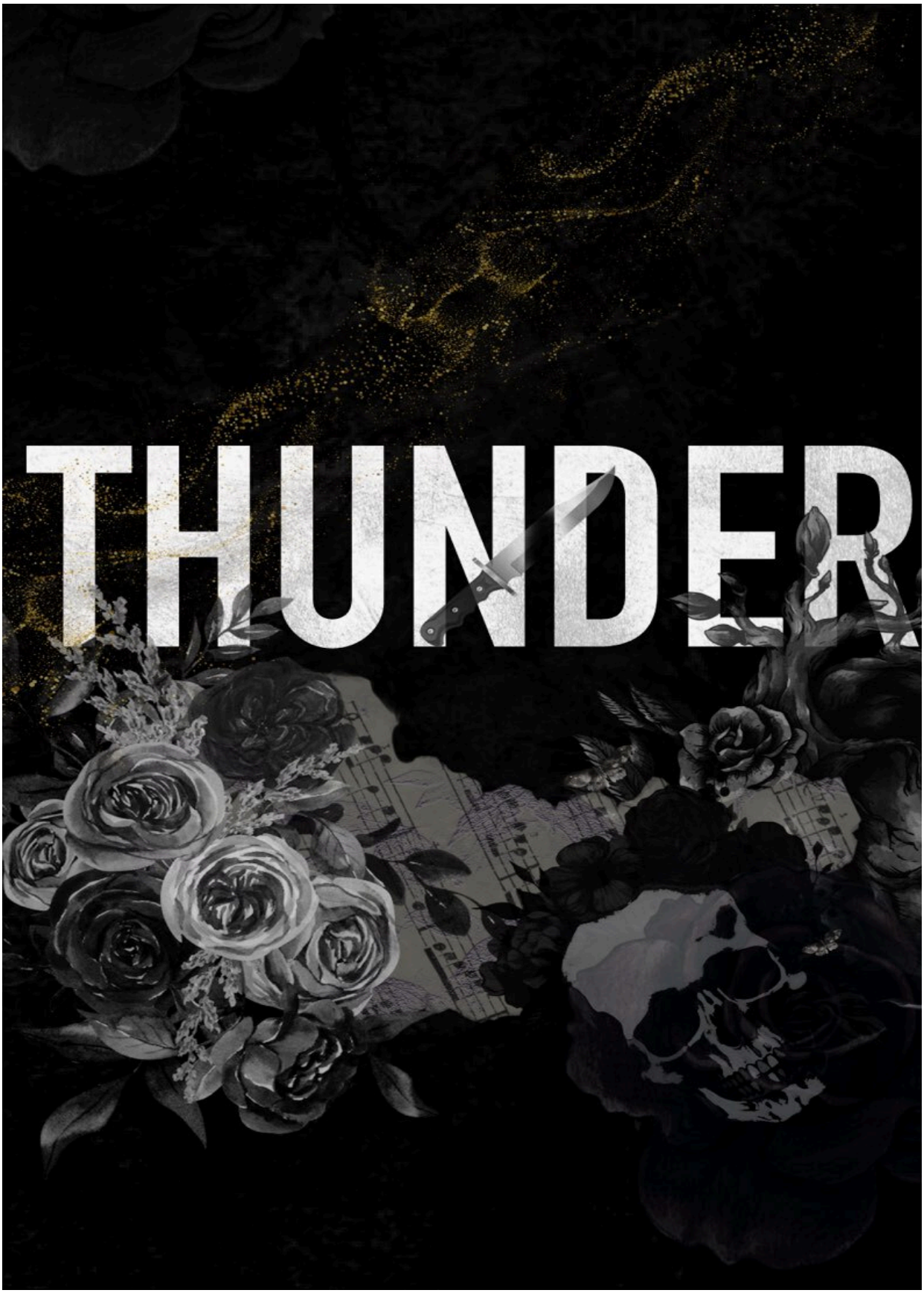


DE LA AUTORA DE ÉXITO INTERNACIONAL

AMELIA GATES


THUNDER

ÍNDICE

1. Thomas
2. Joven Thomas
3. Shadow
4. Thomas
5. Thomas
6. Joven Thomas
7. Shadow
8. Thomas
9. El joven Thomas
10. Thomas
11. El joven Thomas
12. Thomas
13. El joven Thomas
14. Shadow
15. El joven Thomas
16. Mina
17. Thomas
18. El joven Thomas
19. El joven Thomas
20. Mina
21. El joven Thomas
22. Shadow

UNO



THOMAS

La desgracia se aferra a mí como un imán que ansía su polo opuesto. Es una segunda piel de la que no puedo deshacerme, la oscuridad que tiñe todo mi mundo. Lo único que me impulsa a derramar parte de ese solecismo en el universo.

La vida nunca ha sido justa. No me tocó una mala mano, sino que me repartieron todas las cartas de una baraja repugnantemente podrida. Es justo que empiece a pasar a otros esas cartas.

Mina me mira y ante mis ojos centellean imágenes de Victoria. El agujero en el centro de su cabeza, la sangre seca en la punta de su nariz y la camiseta de Pink Floyd oscurecida. Los agujeros en esa camiseta de Pink Floyd. Para la que habíamos hecho cola durante horas en el concierto y que se agotó cuando por fin llegó nuestro turno.

Se la compré a otro fan por el triple de su precio. Pero incluso eso fue barato comparado con la sonrisa invaluable que Victoria tenía en los labios cuando se la puso.

Esa misma camiseta estuvo subida por encima de su pecho solo unas horas antes, mientras la follaba sin piedad, enterrando cada centímetro de mi polla dentro del estrecho sexo de Vicky. Mi polla no pinta nada cerca de Mina, pero ahora está cerca de ella, mientras le presiono la nuca contra mi regazo, sujetándola de la única manera posible.

—Por favor —me suplica, y eso también me recuerda a Victoria. Excepto que Vicky me rogaba que fuera más duro y rápido, que le apretara más fuerte el cuello con las manos, que le succionara cada gemido de los pulmones, y Mina... Mina me suplica que pare, que le quite los dedos de la garganta, que deje de sujetarla con tanta fuerza, que deje de apretar.

Que la deje respirar.

—Cierra la puta boca —le susurro, girando hacia una calle que espero que esté lo suficientemente desierta como para poder matarla.

Mis dedos aprietan más fuerte y su cuerpo se relaja. Ya no se resiste. Bien. Bien. Esto facilita las cosas. Sin embargo, soy consciente de que podría ser una trampa. Si creo que va a obedecer, bajaré un poco la guardia.

Si hay algo que sé de Mina es que tiene un puto cerebro enorme dentro de esa bonita cabeza.

Tengo que impedir que le llegue suficiente oxígeno para asegurarme de que no se le ocurra ninguna idea brillante.

La calle por la que giro resulta ser un fiasco. Hay demasiadas abuelitas en sus jardines arrancando rosas y podando setos.

Sigo conduciendo, despacio para no levantar sospechas, pero me cuesta mucho contener la sonrisa cuando una de las ancianas me mira de reojo. Son la pesadilla de todos los asesinos. Viejas brujas fisgonas cuya memoria les falla hasta que se ponen a jugar a Nancy Drew.

El coche da un bote al pasar por un badén.

Toda mi fachada se va a la mierda.

La cabeza de Mina se levanta y se estrella contra mis pelotas en el ángulo perfecto y con la presión exacta.

Dejo escapar un gemido, y el dolor ardiente se extiende hasta mi estómago.

Mina no ha querido hacerlo, eso está claro por la expresión de sorpresa de su rostro. Lo que no entiendo es por qué parece arrepentida. Como si no la estuviera reteniendo aquí contra su voluntad. Como si no estuviera a un paso de degollarla y entregarle las cuerdas vocales al cabrón de su novio.

Aprieto los dientes y sigo conduciendo, tan desorientado como una brújula sin polo. Podría dirigirme a mi escondite, pero la paranoia se cierne sobre mí como un demonio.

Un solo error es todo lo que se necesita para echar por tierra mis planes.

No permitiré que me alcancen antes de causarle tanto dolor a Shadow que desee estar bajo tierra.

Conociéndolo a él y a ese palo que lleva metido en el culo desde que nació, pensará que podrá vengarse por haberle acribillado a balazos. El único problema es que me arrebató a mi talón de Aquiles cuando mató a mi mujer. Ya no me queda ninguna debilidad. No hay nada que pueda hacer para hacerme daño.

En cuanto a él...

Contemplo fijamente los ojos aterrorizados que me observan. Es una bendición que aterrizase así cuando la arrastré a mi regazo. Puedo ver el dolor que destella tras sus ojos esmeralda y verlo temblar en sus labios que quieren, pero no se atreven, a hablar.

Ojalá Shadow pudiera verla ahora. Qué aterrorizada parece. Qué *asustada*.

—Si tienes la idea de vivir —le digo—, este es un buen momento para sacártela de la cabeza. Es patético aferrarse a la esperanza, Mina. Ya deberías saberlo.

No exageraría si dijera que podía ver los latidos de su corazón en su garganta.

Nunca he sentido nada por Mina, pero la polla se me estremece un poco al imaginar la cara que pondrá Shadow cuando empiecen a aparecer las partes del cuerpo de Mina en el correo.

Como no quiero que se haga ilusiones y, quizá esté un poco avergonzado por la erección que no puedo controlar, la empujo lejos de mí.

Se sienta muy recta, con la espalda tan pegada al asiento que parece que lo único que quiere es desaparecer.

—Tienes miedo.

—Eso es lo que quieres, ¿verdad?

Asiento, pongo el intermitente y giro el volante hacia la izquierda.

—Más que nada —le digo.

Más adelante, aparece una parte más verde de la ciudad, con árboles tan altos como torres que extienden sus ramas hacia el cielo.

En la profundidad de esos bosques, los senderos terminan y los desafortunados excursionistas se pierden, sin que nadie vuelva a encontrarlos.

En la profundidad de esos bosques, la fauna es abundante y los restos humanos quedan destrozados hasta quedar irreconocibles. Sería un lugar ideal para deshacerme de ella.

Podría esperar hasta la noche, cuando los coches escasean y los ojos están demasiado cansados para detectar vehículos que se adentran donde no deben. Podría conducir hasta lo más profundo y dejarla allí, para que el destino decida su suerte.

Sopeso las opciones en mi mente.

¿Qué podría hacer sufrir más a Shadow?

Esparcir los restos de Mina a lo largo de un año, entregándoselos en fechas importantes para él. Un dedo en su cumpleaños. Una mandíbula en su toma de posesión.

O... nada. Dejarle con la certeza de que Mina está ahí fuera, en algún lugar. Que podría estar viva o podría no estarlo.

Zanjar algo no cura el corazón, pero sin duda es mucho mejor que preguntarse qué pasó eternamente. Llorar eternamente. Aferrarse eternamente a la esperanza.

—¿Por qué haces esto, Thomas? —susurra Mina—. Éramos amigos.

—Los amigos no se mienten, Mina. Cuando te pregunté por Shadow... por tu relación con él...

—No te mentí —insiste ella—. No tenía ni idea de que vivía en Marno Bay cuando decidí venir aquí. Si lo hubiera sabido, *nunca* habría aceptado el trabajo. —Su voz carece de la desesperación que necesito oír y eso me irrita.

—¡Y una mierda! —escupo, con la saliva saliendo despedida de mi boca como un refresco agitado.

No sé por qué me comporto como si esta nimiedad me enfadara tanto. ¿Y qué si mintió? No es por eso que estoy haciendo esto. Joder, podría haberla encontrado en Tombuctú, sin ninguna conexión

reciente con mi antiguo mejor amigo, y aun así habría sido una buena idea utilizarla para atormentar a Shadow.

Es la única chica a la que ha amado en su vida. Su ausencia podría haber sido lo que lo convirtió en el monstruo despiadado en el que se ha convertido.

Dejo atrás la zona boscosa, pero me lo guardo por si acaso no se me ocurre ninguna otra idea brillante sobre qué hacer con ella.

Estoy atento a las propiedades abandonadas, casas que llevan tanto tiempo deshabitadas que la naturaleza ha tomado el control. Así es como he conseguido pasar desapercibido. Así es como he conseguido mantener a Shadow y al resto de los Nightmare MC lejos de mí.

Las casas que elijo no tienen vecinos, suelen estar envueltas en una soledad que hace que uno se pregunte quién elegiría empezar una vida ahí.

No estoy listo para abandonar la propiedad en la que he estado viviendo durante las últimas dos semanas, pero no estaría mal cortar las extremidades de Mina en otro lugar, aunque solo sea para evitar manchar de sangre mis alfombras.

—He pensado mucho en ti —dice Mina con voz soñadora mientras mira por la ventana—. Éramos tan parecidos, tú y yo.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en las tripas, llevándome inesperadamente a un tiempo ya olvidado.

—Nosotros *no* nos parecemos en nada —me oigo decir, sin que mis palabras tengan la fuerza que espero o deseo.

Mina se gira, de modo que los reflejos dorados de su pelo rojo brillan con los últimos rayos de sol que quedan en el cielo.

—Sabes que es verdad. Éramos mucho más parecidos de lo que quieres admitir. Diferentes, sí, pero muy iguales en nuestro estado emocional cuando nos conocimos. Conocerte me salvó más de lo que puedas imaginar. —En esa parte, se ríe como si hubiera algo de humor en el pasado o en el presente.

Mina se lleva una mano a la boca para reprimir la risa. También hay lágrimas que caen sin control por sus mejillas.

—¿No es una putada que seas tú quien me mate? Porque ese es el plan, ¿no? Hacer sufrir a Knox a toda costa. Que se torture el

resto de su vida pensando que él es el motivo de mi muerte. Que, si hubiera hecho esto o aquello, habría podido salvarme.

Aunque tiene razón, admitirlo delante de ella no me parece bien. Me hace sentir que ya no tengo el control.

—¿Estabas celoso de él, Thomas? ¿De eso va esto? ¿Llevas mucho tiempo viviendo a la sombra de Shadow y ahora necesitas demostrar tu valía? Matar a su hermana, intentar matarlo a él, matar a su novia del instituto. No te hará sentir mejor, lo sabes.

¿Matar a su hermana? ¿Me está tomando el puto pelo?

—El hecho de que creas una sola palabra de lo que sale de la boca de ese cabrón demuestra que no eres tan inteligente como te haces ver.

—Excepto que lo soy —dice ella—. Búscame en Google. Encontrarás un millón de artículos que hablan de lo *brillante* que soy, joder. Un prodigio, de verdad. Lo mejor que ha visto el mundo de la medicina en mucho tiempo. También encontrarás mucha mierda. Como el hecho de que casi voy a la cárcel. Que, incluso ahora, estoy a punto de perder mi licencia médica. ¿Crees que eres el único que tiene sus demonios? Yo también los tengo, Thomas. No te saldrás con la tuya, igual que estoy segura de que yo no me saldré con la mía. Todos vivimos en tiempo prestado.

Quiero que deje de hablar. *Necesito* que deje de hablar. Pero cuanto más se mueve su boca, más difícil me resulta hacerla callar. Odio eso de ella. Siempre lo he odiado. Siempre lo odiaré.

Cuando crees que eres el único que ha tocado fondo, ella llama a tu corazón podrido, queriendo que sientas algo al darte cuenta de que la vida tampoco ha sido un camino de rosas para ella. Solo un montón de mierda por el que aprendes a abrirte camino.

—Apuesto a que desearías que fuera la policía quien te tuviera entre sus garras y no yo —escupo, haciéndome el capullo insensible a pesar de que me está tocando la fibra sensible que siempre he sentido por ella.

Ella replica con la misma rapidez.

—Prefiero morir antes que pudrirme en la cárcel, si te soy sincera.

—Entonces, ¿por qué tanto lloriqueo y súplicas? Acepta tu destino y cállate la puta boca.

—Parece un santo y habla como un pecador —resopla, girando la cabeza para volver a mirar por la ventana.

—Crees que esto es una puta broma.

—No tiene nada de divertido que te secuestren. Y menos aún que lo haga un hombre que asesinó a la mujer que decía amar.

La primera vez que me soltó esa chorrada de que yo había matado a Victoria, lo pasé por alto. Resulta que no soy de los que aplican la política de tres strikes y fuera. Dos son mi límite.

Giro el volante tan rápido que el coche se sale de la carretera y se queda a pocos centímetros de caer en la cuneta.

Rápido como un latigazo, agarro el cuello delgado de Mina y lo aprieto con tanta fuerza que los ojos parecen querer salírsele de las órbitas. Hace solo unos momentos hablaba de la muerte como si la deseara. Parece que ahora no le gusta tanto.

—Repítelo —le susurro, sabiendo perfectamente que no puede ni respirar—. Insinúa que tuve algo que ver con la muerte de Vicky. Adelante. Te reto.

Ella se debate, el miedo en sus ojos es tan intenso que casi puedo saborearlo.

La suelto, pero solo un segundo, y los recuerdos de lo que una vez fuimos el uno para el otro afloran a la superficie.

En aquel entonces, Mina era alguien a quien quería. Habría arriesgado mi vida por ella. Habría luchado por ella. Ahora, no puedo mirarla sin ver a Shadow y, por eso, en poco tiempo, mis manos vuelven a estar donde deben estar y vuelvo a apretar.

Puede que Mina no se merezca esto.

Pero Shadow sí.

DOS
JOVEN THOMAS

Tierra quemada. Eso es lo que parecía que buscaba el sol: la destrucción de todo y todos los que se cruzaran en su camino.

Cogí otro cubito de hielo del vaso de Coca-Cola que tenía delante y me lo puse en la frente. Dios, qué bien sentaba. Pero no era suficiente. Necesitaba algo más. Como encogerme y saltar de cabeza al vaso. Nadar, bucear y chapotear en las burbujas frías y de caramelo.

Miré a Knox, con la cara tan roja como la puesta de sol y el sudor cayéndole en cascada desde la frente hasta el cuello. Se quitó la gorra de béisbol y se abanicó con la visera.

—Esto es una puta mierda —siseó, girándose inmediatamente para asegurarse de que ninguno de los adultos le oía maldecir.

Lo hacía a menudo. Usaba palabras que solo los adultos podían. Su padre le había dado una paliza una vez, un castigo tan cruel que Knox todavía tenía la marca de la hebilla del cinturón en la espalda. Knox era así de duro. Siempre traspasando un límite tras otro, mostrando las marcas de su castigo como medallas de honor.

—Podríamos ir al lago —sugerí.

—A estas alturas será más bien un maldito jacuzzi. ¿Alguna vez has visto a alguien refrescándose en un jacuzzi, Thomas? —Puso los ojos en blanco y hinchó el pecho—. «Ve a jugar. No puedes estar

encerrado en casa todo el verano» —dijo imitando el acento sureño de su madre—. ¿Y dónde demonios están ellos? Encerrados con el aire acondicionado como si no fuera verano para ellos también. Como si no pudieran salir a disfrutar de la puta naturaleza. ¿Sabes qué? A la mierda, me vuelvo dentro.

No iba a volver. En cuanto su madre lo viera, daría media vuelta y esperaría a que ella se alejara para empezar a soltar palabrotas de nuevo.

Decidí que me gustaba la idea de ir al lago, con o sin Shadow. Pero quizá no se equivocaba sobre lo caliente que estaría el agua. Estábamos batiendo récords de temperatura en Marno Bay, y hoy era el día más caluroso del verano en décadas.

Cogí mi vaso de Coca-Cola y me bebí el resto del líquido frío.

Knox ya se dirigía hacia el granero, el edificio más grande de la propiedad. El hecho de que su padre fuera el presidente del Nightmare MC significaba que él tenía lo mejor y lo más grande de todo. No tenía nada malo el lugar donde nos alojábamos el resto. Si había algo que destacar del club, era que todos estábamos cómodos ahí, todos estábamos bien cuidados. Knox solo estaba un pelín más cuidado.

Enfoqué la vista en dirección al bar. Podría haber corrido a mi casa a por provisiones, pero sin duda me habrían echado antes de que pudiera siquiera pedir nada. Así que el bar sería mi destino.

Axe estaba dentro, con un ventilador apuntándole a la cara, luciendo aún más miserable de lo habitual.

—¿Qué haces aquí, chaval? —gruñó cuando me acerqué a la barra y dejé caer los codos sobre la superficie de madera con determinación.

—Solo quiero un cubo de hielo —le dije y luego me corregí—. No. Dos cubos. Axe me miró con el ceño fruncido. No hablaba mucho. A veces no decía nada, solo se comunicaba con gruñidos, la mayoría de los cuales significaban «vete a la mierda»—. Uno para mí. otro para Knox —dije.

No importaba que estuviera bastante seguro de que Knox no me acompañaría en mi misión de refrescarme en el lago. Axe sentía

debilidad por Knox, al igual que todos los demás miembros del club. Supongo que era otra de las ventajas de ser el hijo del presidente.

Mi posición tampoco era nada despreciable. Como mano derecha y mejor amigo de Knox, sin duda algún día sería el vicepresidente del Nightmare MC y todo el mundo lo sabía. Solo tenía que mencionar el nombre de Knox y la gente pegaba un salto.

—¿Qué vais a hacer con dos cubos de hielo? —gruñó Axe. Vale, quizá la mayoría obedecía, pero Axe era diferente. Era como si bailara al son de su propio compás.

Miré a Axe como si le faltaran más tornillos de los normales. Para ser justos, quizá fuera así. Un tío con el aspecto de Axe y la reputación de guerrero no debería estar detrás de una barra sirviendo copas, pero ahí estaba. Tenía que haber una explicación detrás.

—Lo mismo que tú con ese ventilador apuntándote a la cara —dije, haciéndome el motero malo que sin duda sería algún día, pero que definitivamente no era a los diez años.

Axe me miró a los ojos y yo me estremecí, sintiendo que el aire se me atascaba entre la garganta y el corazón.

Solo cuando se dio la vuelta y cogió un cubo de metal de la estantería volví a respirar. Bueno, di un par de pasos atrás, sin saber si se disponía a traerme el hielo que le había pedido o a golpearme en la cabeza, pero seguía respirando, observándolo con atención.

Axe dio un paso adelante, sin decir nada, lo cual era más típico de él que las pocas palabras que me había dirigido desde que entré. Algún día descubriría su historia.

El crujido y el chirrido del hielo al ser recogido llenaron el silencio mientras Axe llenaba el cubo hasta el borde. Se giró, cogió otro cubo de la estantería, hizo lo mismo y los empujo hacia el mostrador cuando terminó.

Le di las gracias tartamudeando e inmediatamente me di cuenta de lo débil que era en comparación con el hombre más mayor. Sentía como si estuviera cargando cemento endurecido.

Sin embargo, en el mundo de los moteros no se muestra debilidad, así que apreté los dientes y luché por dar cada paso

mientras salía por la puerta, casi desplomándome nada más llegar al otro lado.

—¿Necesitas ayuda? —me susurró una voz al oído, lo que casi me hace mearme encima, cosa que habría sido muy embarazosa, teniendo en cuenta a quién vi al darme la vuelta.

—Dios, Victoria, casi me matas del susto. —Más bien me casi me hago pis, pero no había necesidad de ser tan literal.

Se sonrojó, o tal vez tenía ya las mejillas rojas por el calor del verano, pero, aun así, era difícil ignorar lo mucho que acentuaba su rostro ya perfecto. Las pecas le bailaban en la nariz, doradas e impecables, como el resto de ella. Unos mechones de su cabello negro azabache se le pegaban a la mandíbula, sujetos por el sudor. ¿De verdad era posible que alguien fuera más guapa empapada en sudor?

Joder, sabía que no. Esto no tenía nada que ver con el sudor y todo con el hecho de que Vicky parecía estar cada vez más guapa.

Miré los cubos. Vaya, qué bien vendría un poco de ayuda. Sería genial, incluso, si la ayuda viniera de ella. Pero por muy genial que hubiera sido, también habría sido increíblemente estúpido.

—Yo me encargo —dije, dispuesto a montar el mismo espectáculo que le había montado a Axe.

Victoria parecía desanimada por mi respuesta y yo odiaba esa expresión en su cara incluso más que el ardor de mis músculos, pero justo cuando estaba a punto de cambiar de opinión, apareció el Sr. Temperamento más Fogoso que el Infierno.

—Por Dios, Vick, deja de tocarle las putas narices a Thomas. Ve a buscar a tus propios amigos.

Se interpuso entre su hermana y yo, ocultándola de mi vista. Casi podía oír los latidos del corazón de ella en su pecho. Casi podía sentir las lágrimas que sabía que estaban resbalando por sus mejillas.

No era un cobarde, la verdad. Tampoco era la putita de Knox. Le había plantado cara muchas veces. Incluso le había dado un puñetazo en la cara una vez. Pero ahora no podía hacerlo, por miedo a que ese estúpido flechazo que sentía por Vicky se hiciera evidente con cada palabra que dijera en su defensa.

Vicky se zafó de Knox y cruzó los brazos sobre el pecho.

—No *tengo* amigos —dijo, y otra piedra se me cayó al estómago.

No mentía. Vicky era la única niña de nueve años en el recinto. Demasiado mayor para estar con los niños de tres, cuatro y cinco años, demasiado joven y femenina para estar con nosotros.

—Pues ve a buscarte unos —le espetó Knox a su hermana pequeña.

Cogió uno de los cubos, levantándolo con mucha más facilidad que yo, y giró la cabeza hacia mí.

Yo me quedé mirando a Vicky, odiando lo brillantes que tenía los ojos, odiando el temblor de sus labios y la forma en que se secaba los ojos con la manga de la camiseta, pero sin poder hacer nada al respecto.

¿Era realmente tan grave que saliera con nosotros esta vez?

El lago era lo bastante grande como para que nosotros pudiéramos nadar en un lado y ella en el otro. No es que fuera a estorbar. Además, Knox ni siquiera quería venir al lago.

—¿Por qué parece que alguien haya atropellado a tu gato, Thomas? —Knox ya estaba unos metros por delante de mí, con la cabeza girada hacia atrás mientras hablaba.

Cogí mi cubo y, tan rápido como pude, aparté la mirada de Victoria y alcancé a Knox.

—Tío, está llorando.

Knox puso los ojos en blanco.

—No es mi problema.

—No es un problema, es tu hermana —dije con demasiada rapidez.

La ira hervía en Knox. Lo noté por la forma en que entrecerró los ojos y le se le dilataron un poco las fosas nasales.

—Si te molesta tanto, ¿por qué no te vas a jugar con ella, coño? Corre. Las Barbies pueden ser mucho más divertidas que... —Se detuvo, sin saber cómo terminar la frase porque no tenía ni idea de adónde íbamos ni qué tenía yo planeado—. ¿Qué coño haces con dos cubos de hielo?

Pensé en no decírselo. Estaba siendo un idiota y lo sabía. Pero tampoco quería discutir. Podíamos discutir por muchas cosas, pero

no por Vicky.

—Para enfriar el lago —dije sin detenerme.

Knox arqueó las cejas y asintió, una clara señal de que le gustaba la idea.

EN LA GUERRA entre un cubo de hielo y un lago enorme, el lago siempre gana. No importaba. Aunque el lago estaba a la temperatura del agua del baño, era mucho mejor que estar directamente bajo el sol abrasador.

Knox y yo nadamos durante lo que parecieron horas, pataleando, chapoteando y escondiéndonos de los rayos del sol antes de tomarnos un pequeño descanso.

Deberíamos haber traído algo de comer. Y también algo de beber. Pero por mucho hambre y sed que tuviéramos, era mucho más fácil soportar esa incomodidad que convencernos de volver al recinto cuando el calor era más intenso, así que seguimos nadando.

Cuando por fin nuestros músculos se agotaron y el sol empezó a ponerse, decidimos dar por terminada la jornada a la sombra de un enorme roble.

Durante una de mis inmersiones, había recogido una concha del lecho del lago. Ahora la tenía en el bolsillo y le daba vueltas entre las manos.

Quería examinarla, pero con Knox a solo unos centímetros de mí, pensé que mejor no.

Si veía la concha y luego se la veía a la persona a la que pensaba regalársela, Dios sabe que no dejaría estar el tema, así que la escondí, imaginando cómo se le iluminaría la cara. Y vaya si tenía razón.

Pillé a Victoria justo a la salida del comedor después de cenar. Estaba dando vueltas a un yoyó entre los dedos, sin tener ni idea de cómo funcionaba.

Eché un vistazo a mi alrededor para asegurarme de que nadie nos prestaba atención y, tan rápido como pude, le cogí la mano y le puse la concha dentro.

Cuando abrió la palma de la mano, parecía que lo que veía brillar era un diamante. Su sonrisa se extendió de un extremo a otro de su cara y me abrazó como si fuera lo más natural del mundo, antes de separarse al darse cuenta de su error.

Sin embargo, no me pareció un error. Me sentí reconfortado.

—Perdón. Es que... Gracias. Es muy amable por tu parte, Thomas.

El corazón me latía a toda velocidad en el pecho. Uno, por el calor del abrazo. Dos, por el terror de que alguien nos hubiera visto.

Intenté mantener la calma. Intenté actuar como si no fuera nada, como si solo fuera un abrazo, pero estoy bastante seguro de que ella vio en mis ojos lo mismo que yo vi en los suyos. Y sé que solo teníamos nueve y diez años. Demasiado jóvenes para saber lo que era el amor o cualquier otra movida del estilo. Así que quizá no la quería. Pero sin duda me gustaba, me gustaba mucho.

Empecé a alejarme, pero luego me volví bruscamente.

—Vicky....

—¿Sí?

—No le digas a tu hermano de dónde has sacado la concha, ¿vale?

Victoria se sonrojó. Mucho. Tan brillante. Tan perfecta.

—¿Es un secreto? —preguntó.

Asentí con la cabeza

—Sí. Es algo entre tú y yo.

TRES



SHADOW

Crystal da un paso hacia mí, sus manos menudas y suaves agarran las mías. Poco a poco, me abre los dedos hasta que ya no tengo agarrado su teléfono.

La observo mientras marca los números en el teclado y se lleva el móvil a la oreja. Su pie marca un ritmo sin sentido que podría coincidir perfectamente con los pensamientos que se agolpan en mi cabeza.

Baja el teléfono sin colgar. El tono del buzón de voz de Mina rompe el silencio de los pocos segundos que pasan antes de que Crystal hable.

—No responde —dice—. ¿Por qué no responde? —Su voz se debilita al final de la frase y se tapa la cara con las manos. Cuando las baja, unas lágrimas mezcladas con rímel le resbalan por las mejillas.

—Estás llorando. ¿Por qué coño lloras?

—No va a sobrevivir, Shadow. Ella... Él... Ya viste lo que te hizo.

Me cuesta mucho no arrancarle la lengua, aunque solo sea para impedir que siga vertiendo negatividad al universo.

—Mina *no* soy yo —siseo—. Ella era amiga de Thomas. Estaban muy unidos.

—Tú eras su *mejor* amigo.

La miro con el ceño fruncido, como si fuera mi enemiga. Como si no estuviera diciendo todas las palabras que se han quedado encalladas en mi propia cabeza.

—Cierra el pico. Cállate de una puta vez.

Crystal retrocede como si no estuviera segura de que no vaya a ponerle la mano encima. Es una línea que nunca me atrevería a cruzar, pero yo también tendría miedo de mí si fuera ella.

Me obligo a sentarme, dando golpecitos con los pies como hago cuando siento que todo el mundo se escapa a mi control.

Debería estar pensando en un plan, pero ¿no es eso precisamente lo que he estado haciendo desde que encontré el cadáver de mi hermana?

¿No he hecho todo lo posible por encontrar al cabrón que mató a mi hermana?

¿No he fracasado en todo lo que he intentado?

—Tenemos que hacer *algo* —insiste Crystal.

Levanto la vista hacia ella. Está en la misma postura que hace dos minutos, con una mano en el bolsillo de su chaqueta de cuero rosa y negro, y los pies tamborileando tan rápido como los míos. La única diferencia es que ya no aprieta el móvil con el puño.

Abro la boca y estoy casi seguro de que lo único que puede salir de mis labios es veneno, pero cuando hablo, solo sale un sonido de desesperanza.

—No sé qué hacer —digo con voz frágil... débil.

Nunca se han pronunciado palabras más sinceras. Sin embargo, incluso mientras las digo, sé que un millón de pasos en falso son mejores que no dar ninguno.

—Quédate aquí —le grito a Crystal, poniéndome de pie de un salto.

No me molesto en cerrar la puerta detrás de mí. Solo pongo un pie delante del otro. Una marcha firme, con pasos pesados e intencionados.

La rabia que siento es tan intensa que me nubla la vista y me ensordece los oídos, y no me doy cuenta de que Crystal me ha seguido por el recinto y hasta el bar, hasta que se sienta a mi lado en uno de los taburetes.

No la miro, pero puedo sentir sus ojos clavados en mi perfil.

Axe golpea con fuerza un vaso de whisky, sin hielo, contra la barra frente a mí.

—Esta no es forma de resolver los problemas —gruñe, agriando el sabor de la bebida al tocar mi lengua.

Me lo bebo de un trago y le devuelvo el vaso con un golpe, la señal universal para que se calle y me sirva otro, pero entonces el idiota del siglo decide interponerse entre mí y el único hilo que me une a mi cordura.

El estruendo del cristal rompiéndose en mil pedazos se oye por encima de los gemidos de un hombre al que ahora tengo acorralado contra la pared de ladrillo. El idiota debería haber pensado dos veces quién soy yo antes de tirarme la bebida de la barra.

La cara de Runner grita agonía, la vena en el centro de su cabeza palpita como si fuera a estallar mientras aprieto la palma con más fuerza contra su garganta.

—Hay un momento y un lugar para esto, y este no es el momento, joder —le grito.

Runner hace un movimiento que no veo venir, y su rodilla me golpea con tanta fuerza en el abdomen que me obliga a soltarlo.

Toma aire antes de toserlo inmediatamente.

Mantengo la mirada fija en él.

—No estoy lo suficientemente cuerdo como para no matarte aquí mismo —lo amenazo, mientras regreso a la barra, donde más vale que Axe me tenga otra copa en esa puta barra o si no...

—Si quieres pelear —jadea Runner—, peleemos. Pero tendrás que acabar conmigo cuando estés sobrio.

Suelto una risa. No es una risa humorística.

Un empujón contra la pared y consigo abrir todas las heridas que Runner se hizo en el accidente. La sangre del codo le corre por el brazo hasta llegarle a las yemas de los dedos.

¿De verdad cree Runner que tiene alguna posibilidad contra mí?

Llego a la barra, apartando la mirada de Axe y dirigiéndola al espacio vacío donde debería estar mi bebida.

—Sírveme otra.

Axe ladea la cabeza.

—Runner ha tomado la decisión correcta. Si necesitas una dosis, tendrás que buscarla en otro sitio.

Me abalanzo hacia delante. Golpeo con el puño la superficie de madera.

—Sírveme. Una. Puta. Bebida.

Axe niega con la cabeza, como quien se compadece de un loco.

Se aleja hacia la izquierda, lejos de todas las botellas de alcohol que llenan la estantería, y coge una escoba. Cuando vuelve a hablar, sus palabras no van dirigidas a mí.

—Por mucho que aprecie que cuides de este idiota, has dejado esto hecho un desastre. Tienes que limpiarlo.

—Claro —responde Runner detrás de mí.

A la mierda. Axe no quiere prepararme una copa. Tendré que preparármela yo mismo.

Me dispongo a saltar la barra, pero Axe elige el peor momento para intentar salir de su papel de camarero. Su mano se dispara y me agarra del brazo.

—Lárgate de aquí —me advierte.

—Este es mi club —le recuerdo—, y esta es tu primera y última advertencia para que dejes de decir gilipolleces antes de que pierdas tu casa.

Axe sonríe como si le hubiera contado el chiste del siglo y yo pierdo la pinza.

Mi puño se lanza hacia delante, casi emocionado por el *crujido* que sé que se producirá al golpear la mandíbula de Axe, pero entonces me veo retrocediendo y mi espalda golpea el suelo con fuerza.

—No tan rápido, pequeño. —Espero que la voz provenga de Runner, pero en cambio, es la inflexión de mi padre lo que oigo. La sonrisa de satisfacción de mi viejo me mira desde arriba—. Este club todavía me pertenece. Ahora levántate, tenemos cosas que hacer.

Me pongo en pie de un salto. Debería acabar con él. Pero esa caída ha conseguido devolverme el sentido común.

—El único lugar al que voy es a buscar a Mina.

—¿Dónde? ¿En el fondo de una botella de whisky? —Mi padre se ríe. Vale, quizá *debería* matarlo.

Mira a la derecha, donde Crystal sigue sentada, como si se hubiera encogido a la mitad de su tamaño real. Ahora hay otras chicas reunidas a nuestro alrededor, como si fuéramos el entretenimiento del pueblo y no se pudieran perder el espectáculo.

—¿Alguien puede chuparle la polla a este cabrón y enseñarle por qué no debería estar tan obsesionado con el coño rígido de la doctora?

Y eso es la gota que colma el vaso.

En un segundo, saco la pistola de la cintura y la aprieto contra su sien. Mi dedo tiembla sobre el gatillo.

Puedo oler su sangre. Saborearla. Sentir el alivio que inunda mi pecho solo con pensar en dar este último paso. Apretar un poco más y ver cómo su sangre y sus sesos pintan las paredes de rojo.

Podría hacerlo. Padre o no, he odiado a este cabrón desde que tengo uso de razón. Lo he odiado por muchas razones. Lo he odiado por todas las cosas que ha hecho y por todas las cosas que no ha hecho.

Pero también lo he amado. Como un hijo ama a su padre... incondicionalmente. Por todos sus defectos y sus faltas. Por todas las cosas que sé que quería decir, pero no pudo. Porque es demasiado grande y demasiado malo y simplemente no sabe hacerlo mejor. No fue criado en un hogar lleno de amor. No tuvo una madre que llenara los vacíos que su padre dejó en su corazón.

Me arden los ojos, se me nublan por la frustración y el miedo y... Es ese momento de vacilación el que me cuesta caro.

Lo siguiente que sé es que mi espalda vuelve a golpear el suelo y estoy mirando el rostro de mi padre. Viendo cómo su puño se acerca cada vez más.

El primer golpe es sorprendentemente fuerte para haber sido propinado por un anciano. El segundo me deja aturdido. El tercero no llega. Sé que me muevo para detener el puñetazo, pero no soy yo quien consigue salvarme.

Mi padre puede ser un toro, pero Axe es una bestia. Agarrándolo por la nuca, consigue lanzarlo al otro lado de la sala. La misma posición en la que yo tenía a mi padre es en la que Axe lo tiene ahora a él.

Un recuerdo pasa por mi mente. Un recuerdo de Axe defendiendo a Thomas como me acaba de defender a mí. Si hay algo que destacar de Axe, es que, si él es el que está al mando del bar, no va a tolerar las peleas.

Cada puñetazo que lanza Axe sale con más sangre que el anterior.

Siento que se me revuelve el estómago. Siento que la cordura me golpea como nunca antes lo había hecho.

—Axe —le grito, mientras los secuaces de mi padre comienzan a rodearlo, con todas sus armas apuntando hacia él.

Es hombre muerto. Nadie toca al presidente de los Nightmare MC y se sale de rositas. Ni siquiera yo. Tendré que pagar mi deuda, pero Axe... tengo mis dudas de que llegue vivo al final de la noche.

Axe se relaja y se limpia el puño en la parte trasera de los pantalones. Tiembla cuando se pone de pie. Yo también.

—Tranquilos —dice mi padre a los hombres que están detrás de él.

Si conozco a mi padre tan bien como creo, eso es incluso peor que haberle disparado a Axe en el acto.

Una sonrisa se dibuja en el rostro de mi padre mientras mira a Axe.

—Si vuelves a ponerme las manos encima, Axe, te....

Axe da un paso adelante, con el ceño tan fruncido que casi se le juntan las cejas.

—Vuelve tú a ponerle las manos encima a mi....

Mi padre se ríe, y el sonido retumba en lo más profundo de mi estómago.

—Es *mi* hijo, Axe. Ser sobrino no significa una mierda en el gran esquema de las cosas.

—Es la única sangre de mi sangre que me queda, y te vería en una tumba antes de dejar que le hicieras daño. Puede que la sangre no signifique nada para ti, pero para mí lo es *todo*.

Miro de uno a otro. De mentiroso a mentiroso.

¿Sobrino?

¿Sangre?

¿Por qué discuten con tanta facilidad, como si fuera de conocimiento público que Axe es pariente mío? No. No. No puedo haber oído bien.

Debe de haber algún otro sobrino aquí del que están hablando.

Cuenta la leyenda que toda la familia de mi madre fue exterminada por otra banda. Que mi padre rescató a mi madre. Que éramos la única familia que ella tenía, y todo ese tiempo mi *tío* había estado aquí. Sabía que estaban muy unidos. Sabía que era alguien en quien ella confiaba. Pero ¿por qué guardar un secreto tan estúpido?

CUATRO



THOMAS

Thomas

Un secreto se convirtió en dos, y estos en cuatro. A veces, los enamoramientos infantiles no son más que eso. A veces se quedan contigo más tiempo del que te gustaría.

A los trece años, Vicky era digna de contemplar, con sus brillantes ojos azules y su pelo negro como la noche. No debería haber estado observándola, pero era difícil no fijarse en ella, tan fuera de lugar junto a la mesa de póquer con los chicos del club, unas cuantas chicas de nuestro grupo y otras de nuestros aliados.

Teníamos estas reuniones una vez al año, pero esta era la primera a la que Vicky asistía, ya que por fin había cumplido trece años.

Sin embargo, para los chicos se aplicaban otras reglas. A Knox y a mí se nos permitía asistir desde que cumplimos diez años.

Supongo que tenía menos que ver con el machismo y más con el hecho de que Knox algún día ocuparía el puesto más importante y yo, sin duda, estaría a su lado.

Necesitábamos aprender las reglas del juego desde el principio.

Saber cómo comunicarnos con las otras pandillas.

Ver, recordar y grabar en nuestra mente los rostros de nuestros aliados.

Estar atentos a cualquier cosa que pudiera indicar que alguien quería apuñalarnos por la espalda.

Knox y yo estábamos con un grupo de chicos que no podían cerrar la puta boca.

Algunos eran mayores y estaban más salidos que el pico de una pala.

Otros solo querían emborracharse tanto que se olvidaran de los últimos cinco años de su vida.

Yo solo quería asegurarme de que nadie tuviera a Vicky en su punto de mira.

Las bebidas empezaron a correr justo cuando los presidentes y vicepresidentes de todas las bandas se excusaron para dirigirse a la sala de reuniones.

A Knox y a mí solo nos habían permitido asistir a una de esas reuniones. Resulta que hablar de negocios a veces incluía ver cómo le arrancaban la lengua a un hombre, algo que nuestros padres consideraban necesario que viéramos si queríamos sentarnos a la mesa algún día.

Nuestras madres, sin embargo, tenían una opinión diferente. Al final, las mujeres ganaron y se nos prohibió acompañar a nuestros padres en la sala de reuniones.

Me acerqué a la barra, dando la espalda a Axe, y pedí un whisky con hielo. Victoria ya no estaba rodeada solo por un grupo de chicas que parloteaban sobre esto y aquello. Se acercaban chicos, listos para elegir a sus chicas para la noche.

No aparté los ojos de Vicky. No éramos nada. Maldita sea, ni siquiera habíamos hablado de nuestros sentimientos, pero estaban ahí, y ambos lo sabíamos. Los dos lo sentíamos. Se notaba en las pequeñas cosas, sobre todo. Como cuando ella me dejaba el postre en la ventana cuando me perdía la cena, o cuando yo me colaba por su ventana por la noche cuando sabía que había tenido un mal día.

Un cabrón con una chaqueta de cuero de Polar Helm MC y el pelo peinado hacia atrás como si se estuviera preparando para casar a dos almas desafortunadas en Las Vegas se acercó a mi Vicky. Se hacía llamar Cap. Un nombre de motero muy cutre, en mi opinión. Pero le pegaba bastante.

Cap estuvo presente en la última reunión, soltando todo tipo de frases de ligoteo cursis a cualquiera que le prestara atención.

Contuve la respiración mientras lo veía acercarse a Victoria. Ella llevaba alrededor del cuello la concha que le había regalado cuando era niña. La llevaba mucho. Según ella, le recordaba que, incluso cuando se sentía la chica más sola del mundo, alguien pensaba en ella.

Obviamente, rechazaría a Cap. Y aunque mi corazón latía con fuerza por la ira al verlo acercarse a ella, una parte de mí estaba emocionada por verla rechazarlo más rápido que un latigazo.

Con la mano en el bolsillo, Cap se puso a ligar, inclinando la cabeza para susurrarle todo tipo de tonterías al oído.

Esperaba que la tímida Vicky que todos conocíamos cambiara por la que tenía un poco de descaro.

Le había enseñado a dar un gancho de izquierda bastante bueno. Fui tan estúpido como para dejar que lo probara conmigo. Golpeaba más fuerte de lo que parecía. Tanto que tuve que ponerme hielo en la mandíbula durante una semana entera antes de que el dolor desapareciera.

Victoria no se movió. No empujó a Cap. Era tierna en muchos sentidos, pero también feroz en otros, así que no entendía por qué seguía ahí de pie.

Victoria abrió los labios y esbozó una sonrisa mientras le decía algo a Cap. Estaba demasiado lejos para oír qué decía, pero por la reacción de Cap, tenía que ser algo que lo animaba a quedarse.

Mi ira bullía.

No podía hacer nada.

Solo mirar.

Solo echar humo por las orejas.

Solo...

Dejar que todo mi corazón se sintiera como si lo estuviera pisoteando una Harley mientras Victoria le sonreía a Cap de una forma en que yo creía que solo me había sonreído a mí.

El sonido del cristal contra la madera maciza atrajo mi atención durante una milésima de segundo cuando Axe dejó mi bebida sobre la barra.

Me llevé el vaso a los labios, sin dejar de lanzar miradas asesinas al cabrón que se cernía sobre Vicky mientras me bebía el líquido de un trago.

—Está buena, ¿verdad? —interrumpió Knox, y creo que nunca en toda mi vida me había sentido tan jodidamente confundido.

Me volví para mirarlo.

—¿Qué? —Se encogió de hombros—. Pelo rubio, ojos azules, una leona en la cama, por lo que he oído. ¿Qué más se puede pedir?

Vale, no se refería a Vicky, sino a una chica que tenía las piernas más largas que el Nilo y era al menos cinco años mayor que nosotros.

—¿Sabes siquiera lo que significa «una leona en la cama»? —le espeté.

Al igual que con las palabrotas, a Knox le gustaba fingir que lo sabía todo sobre el sexo. Como si no fuera solo un crío de catorce años de boca sucia.

—Bah. Pero, sinceramente, todas las chicas guapas se van a ir si te quedas ahí parado sin hacer nada. Y… —Se detuvo y me miró con el ceño fruncido—. Si no estuvieras mirándola a ella...

Tenía que desviarle la atención de la verdad. Tenía que ser realista. A veces Knox era un idiota, pero otras veces jugaba demasiado bien a ser detective.

Señalé con la cabeza a la pelirroja que estaba a la derecha de Victoria.

—Uuuh... Creo que los visillos combinan con las cortinas.

—¿Qué visillos? ¿Qué cortinas?

Knox se encogió de hombros.

—Y yo qué coño sé. Es lo que dice Kingo cada vez que ve a una pelirroja.

—Sabes que solo estás repitiendo tonterías racistas, ¿verdad?

—Ser pelirrojo no es una raza, idiota. ¿Vas a intentarlo o necesitas que lo haga yo por ti?

Knox ya se estaba dirigiendo hacia la chica antes de que pudiera decirle que no.

Sentí que no tenía más remedio que seguirlo. Estaba en plena forma, caminando con el estilo que habíamos practicado durante

horas antes del evento.

Esperaba que Victoria pudiera verme. Ella seguía hablando con ese idiota, Cap, y Knox simplemente lo ignoraba. No sabía si era porque tenía los ojos fijos en todas las demás chicas o porque no le importaba, pero a mí me molestaba. Él tenía todo el derecho a decir algo. Yo, en cambio, no tanto.

Me quedé de espaldas a Vicky, con los oídos atentos a las risitas que salían de su boca.

Sentía como si se me fuera a quemar el pecho. Cap ni siquiera era gracioso, pero ahí estaba ella, riéndose como... como... como si quisiera gustarle. Eso era lo que recomendaban esas estúpidas revistas que leía la madre de Knox. «Si quieres gustarle a un chico, ríete de sus chistes».

—¿Quién es tu amigo? —preguntó la pelirroja.

—Thomas —respondió Knox.

Estaba frunciendo tanto el ceño que me empezaba a doler la mandíbula.

—Un chico difícil, ¿verdad que sí? ¿Nadie te ha enseñado a sonreír, Thomas?

Aparté la mirada hacia ella, deseando que se callara mientras escuchaba las tonterías empalagosas que Cap le susurraba al oído a Victoria. Cuanto más hablaba la pelirroja, menos podía oír.

Empezó a parlotear sobre cómo su madre quería que se casara con alguien duro cuando creciera. Tenía catorce años, por el amor de Dios. ¿Por qué estaban sus padres intentando casarla ya? Pero bueno, yo sabía por qué, ¿no?

Parte de estas reuniones eran para ayudar a los más jóvenes, los de diecisiete, casi dieciocho, a encontrar pareja adecuada en el mundo de los moteros. Ayudaba que los chicos como nosotros empezáramos a enamorarnos. Hacía más natural que no nos interesaran en absoluto las chicas o los chicos de nuestro instituto, porque ya estábamos enviándonos mensajes y suspirando por algún adolescente vestido de cuero.

La pelirroja me puso la mano en el hombro.

—Apuesto a que puedo hacerle sonreír al menos una vez.

Empezó a hacer todo tipo de caras raras, ninguna de ellas graciosa. Entre medias soltaba los chistes más malos que se le ocurrían.

—¿Por qué cruzó el pollo la carretera? Bueno.... —Hizo una pausa incómoda mientras pestañeaba con sus pestañas de araña— porque no lo hizo.

Una carcajada estalló en el aire. Me giré, aunque no sé muy bien por qué. El destino, tal vez. Mala suerte, posiblemente. Sea como fuere, fue justo en el momento adecuado para cruzar la mirada con Victoria. Ella me miraba con tanta intensidad que parecía capaz de quemar el mundo entero. Me miraba como yo debía haberla mirado a ella. Y entonces, para rematar el puñetazo a las tripas que no necesitaba, extendió su cuello perfecto y largo y presionó los labios contra la mejilla de Cap.

Lo vi todo rojo. Apreté los puños a los lados, listo para arrasar con todo el mundo.

—Venga, vamos —dijo la pelirroja—, esa ha estado bien.

Apreté los dientes y me di la vuelta antes de alejarme de la multitud. En realidad, no podía beber con catorce años. Pero de vez en cuando, a Axe no le importaba servirnos bebidas a Knox y a mí. Nunca nos dejaba pasarnos, pero nos ofrecía lo justo para abrir el apetito.

Esa noche, decidí que iba a traspasar sus límites.

Como siempre, le gruñí mi pedido.

Axe dejó mi copa con fuerza sobre la barra.

—Solo porque lo necesitas. —¿Qué coño quería decir eso?

No iba a pelear con Axe. Incluso sumido en mi rabia, sabía que me daría una paliza. Además, no era con él con quien estaba enfadado.

Cogí la copa y me la llevé a los labios. Esta vez no era whisky, sino ron mezclado con un montón de Coca-Cola. No quemaba como el whisky. Tampoco me quemó el segundo vaso.

El whisky fue la primera bebida alcohólica que probé en mi vida. A sorbos, mientras bebía mi ron con Coca-Cola, me pregunté por qué Axe solía ponerme delante esa mierda con sabor a cuero.

Quizá porque los críos sin padres biológicos tenían más propensión a depender del alcohol y era más fácil engancharse a algo que sabía bien. ¿Axe me estaba preparando para convertirme en un alcohólico? No es que me importara una mierda. Al menos, no en ese momento. Visto que lo único que podía hacer era ahogar mis putas penas.

La fiesta continuó. Todo el mundo se relacionaba y charlaba. Todo el mundo menos yo. La siguiente vez que miré entre la multitud, Victoria había desaparecido.

Si pensaba que estaba enfadado por verla en presencia de Cap, estaba equivocado. El fuego que recorría mis venas era aún mayor al imaginar lo que podría significar su ausencia.

Salí corriendo y me sumergí en la frescura de la brisa nocturna. Había una multitud de gente reunida fuera. Algunos charlaban, otros fumaban cigarrillos y otros hacían rodelas de marihuana, cuyo olor impregnaba el aire, con los ojos entrecerrados y riendo en voz baja. Pero no había ni rastro de Victoria.

No podía ser tan estúpida. *No* podía ser tan estúpida.

Con pasos pesados, la busqué por todo el exterior, sin encontrarla... por ninguna parte.

Decidí que tal vez no la había visto dentro. Quizás seguía ahí y yo había pasado junto a ella sin verla. Como si eso fuera posible. La conocía mejor que la palma de mi mano. Podría reconocerla a un millón de kilómetros de distancia.

Volví a entrar, abriéndome paso entre la multitud hasta que llegué al baño y, ¡oh, sorpresa!, allí estaba su cómplice de esa noche.

Cap. Un semblante de satisfacción empañaba su rostro ya de por sí engreído. Odiaba su forma de caminar, como si estuviera orgulloso de algo.

Knox y su boquita sucia habían psicoanalizado a fondo a esos adolescentes. Con todo ese rollo sobre cortinas, visillos, sábanas y todas esas tonterías, esto era algo que sabía que había estudiado a fondo.

A los moteros gilipollas les gustaba que las chicas se metieran en el baño y luego colarse tras ellas. Les hacían todo tipo de

barbaridades y luego salían por separado como si nada hubiera pasado.

No esperé a que Vicky saliera, ajustándose la falda mientras hacía su paseo de la vergüenza entre la multitud. En lugar de eso, me abalancé sobre Cap y le di un puñetazo en la mandíbula. Lo tiré al suelo y le clavé el puño en toda la cara con toda mi rabia.

No importaba que fuera más grande que yo. Más mayor que yo. Lo había pillado desprevenido. Y más aún, yo era el que estaba cabreado.

Me senté a horcajadas sobre él, justo sobre su pecho, para que apenas pudiera respirar. Tenía los ojos como platos cuando volví a arrearle.

Golpe tras golpe, no me sentía mejor, pero no iba a parar hasta sentir algún tipo de satisfacción.

Cap empezó a escupir sangre en todas direcciones, con el labio roto hinchándosele ante mis ojos.

Intentó decir algo, pero en cuanto abrió los labios, le di otro puñetazo en la boca y mi puño salió con un trozo de su diente incrustado en el dorso.

Y entonces sentí manos sobre mí. Muchas manos. Tirando. Voces que me preguntaban qué coño creía que estaba haciendo y si había perdido la puta chaveta.

Algunos de los chicos del otro grupo empezaron a juntarse a nuestro alrededor. Todos querían darme una paliza, sin duda. Nunca les diría por qué hice lo que hice. Odiaba a Victoria. Pero también la quería. Y aunque fuera una puta idiota por seguir a Cap al baño, no se merecía que mancillaran su nombre de esa manera.

Los gritos y las palabrotas llenaron el aire y, antes de que me diera cuenta, estaba a punto de estallar una pelea. Nuestra pandilla contra la de Cap.

Los Nightmare MC no estaban de acuerdo con lo que había hecho. Pero la familia es la familia y, estuvieran de acuerdo o no, me iban a apoyar al cien por cien. Me defenderían y luego me darían una paliza, por así decirlo.

Alguien del fondo empezó a decir que había que colgarme y dejarme morir. En ese momento, las consecuencias de mis actos

empezaron a parecerme mucho más reales, pero, aun así, la ira no decayó.

Lo siguiente que supe es que la multitud se abrió y no pude ver quién estaba en el centro hasta que se oyó un disparo, dejando al hombre en medio de pie, con la multitud dispersándose a su alrededor y trozos del techo lloviendo sobre nosotros.

Axe me miró como si fuera el mayor idiota que hubiera visto en su vida. Y tal vez lo fuera. Al fin y al cabo, el amor es ciego, tonto y estúpido.

—Si alguien toca al chico, tendrá que responder ante mí —anunció Axe.

Silencio.

Más silencio.

Y luego Axe habló de nuevo.

—Si no sois Nightmare, ¡largo ahora mismo!

Tres largos pasos y Axe estaba a mi lado, entrelazando su brazo con el mío.

—Eres un idiota, ¿lo sabes, verdad?

No respondí, solo bajé la cabeza.

¿Qué podía decirle? La verdad nunca saldría de mi boca.

Axe me arrastró hasta detrás de la barra y luego al almacén.

—Se fue hace una hora —dijo.

—¿Quién?

—No te hagas el tonto —siseó—. Sé perfectamente por qué le has pegado a ese idiota. No es que no se lo mereciera, pero sea lo que sea lo que estés pensando... te equivocas. Victoria se fue a casa hace una hora, por orden de su padre. Cap ha estado aquí todo este tiempo, buscando a otra que se trague el humo que vende.

—Esto no tiene nada que ver con Victoria —mentí, tan firme en mi postura que casi me lo creí.

—Vete a casa, Thomas. Que tu madre te eche un vistazo a los nudillos y vete a la cama.

Crucé los brazos sobre el pecho. No sé por qué me estaba rebelando. El alcohol empezaba a marearme y quizá había sido parte del motivo por el que había atacado a alguien esa noche. Lo que

realmente necesitaba era dormir bien. Sin embargo, lo de que me miraran los nudillos... no me convencía.

No necesitaba que mi madre me preguntara por qué tenía que mirarme los nudillos, igual que no necesitaba que viera la sangre salpicada por toda mi camisa.

—No —le dije a Axe—. Me quedaré aquí a dormir.

Axe soltó una risa de una sola sílaba antes de coger el teléfono y decirle a la persona al otro lado de la línea que necesitaba que alguien se encargara del bar durante unos minutos.

Cuando se volvió, ni siquiera se inmutó antes de agarrarme por la oreja y sacarme a rastras del edificio.

Una vez más, por estúpido que fuera, no era tan tonto como para intentar zafarme de Axe. Tampoco iba a pelear con él. Cap era más grande que yo, pero golpearle la cara con los puños con la misma facilidad con la que lo había hecho no era suficiente para brindarme la confianza necesaria para pensar que podía enfrentarme a Axe.

Con la cabeza gacha y la oreja todavía entre sus dedos, dejé que me arrastrara hasta mi casa.

CINCO



THOMAS

Está oscureciendo. Dormir en la furgoneta fue una idea terrible. Al menos para mí.

Mina está desmayada en el asiento delantero, con la cabeza a punto de estrellársele por los pelos contra el salpicadero cada vez que paso por un bache.

Vamos por un camino que lleva a mitad de la nada. Los árboles nos rodean por ambos flancos, con las ramas tan bajas que rozan el techo del vehículo mientras maniobro entre la vegetación.

Aunque estamos lo suficientemente dentro del bosque como para sentirme más o menos seguro, más o menos a salvo, más o menos invisible, la voz sobreprotectora en mi cabeza, que me ha permitido estar «fugado» durante tanto tiempo sin que me atrapen, me dice que tengo que conducir unos kilómetros más.

Otra vocecita me susurra sobre la lluvia y el barro y lo horrible que será la situación en la que me encontraré si me quedo atascado.

Hago caso a mi instinto. Últimamente no me ha fallado.

Mis manos encuentran mis ojos y me los froto. Atrás quedaron los días en los que la adrenalina corría por mis venas cuando no estaba muy seguro del siguiente paso del plan. Quizás tenga algo que ver con la obsesión. Lo más seguro es que sea porque me he dado cuenta de que no tengo nada que perder.

No pierdo de vista a Mina mientras pongo la marcha atrás e la introduzco la furgoneta con cuidado por un hueco más amplio entre los árboles.

El estómago me gruñe, recordándome todas las comidas que me he perdido.

No puedo presentarme en un restaurante de comida rápida con Mina en el asiento del copiloto de mi furgoneta de secuestrador porque solo Dios sabe el caos que eso podría provocar.

Uno podría pensar que soy un idiota por adentrarme tanto en el bosque solo para volver unos minutos después, pero, como ya he dicho, no tiene nada de malo pecar de demasiado precavido. Todo lo contrario es lo que podría meterme en un buen lío.

Tan silenciosamente como puedo, salgo del vehículo, con cuidado de no hacer ruido al cerrar la puerta.

El barro se hunde bajo mis botas mientras me dirijo al maletero, abro las puertas y saco la cuerda, la cinta adhesiva, las balas y las pistolas. No voy a matarla todavía, por supuesto. Solo necesito coger todas las «armas mortales» para que no pueda hacerse con ellas.

Qué giro tan inesperado daría mi vida si ella acabara disparándome en la nuca por haber sido tan estúpido como para dejarle no solo las armas, sino también munición suficiente para acabar con toda una banda de moteros.

De vuelta a la parte delantera del vehículo, arranco unos centímetros de cinta adhesiva, la corto con los dientes y la coloco perfectamente sobre la boca de Mina.

Se mueve al primer contacto y, al ver mi cara, se despierta tan sobresaltada que sería gracioso si no hubiera visto esa expresión en su cara antes.

—Buenos días, rayito de sol... O más bien, buenas tardes, supongo.

Las comisuras de su boca se mueven mientras intenta decir algo y solo se escapa un leve sonido amortiguado entre las esquinas de la cinta. No es buena señal que aún pueda oírla.

Me rasco la barbilla y le digo que se quede quieta mientras cojo toda la cinta y se la enrollo alrededor, cubriéndole la boca y la nuca una y otra y otra vez.

Lo hago parecer más fácil de lo que fue en realidad. Mina no se limitó a tumbarse y dejar que la amordazara. Se retorcía y contorsionaba, y puede que incluso me diera un puñetazo o dos.

Respiro un poco más fuerte cuando llego a la cuerda y la ato como a un cerdo listo para el matadero.

Satisfecho con mi trabajo, la llevo a la parte trasera de la furgoneta.

Puede que sea un buen conversador, pero no me interesa tener que convencer a los empleados de la hamburguesería de que la cinta y la cuerda son por un fetiche sexual y no un secuestro, así que la meto en el maletero. Eso también es un follón.

Mina no puede pesar más de 55 kilos, pero parece que pese una tonelada en mis brazos. Supongo que la falta de comida y el agotamiento tienen algo que ver.

Con todo en su sitio, emprendo el viaje de vuelta por el bosque, reposto gasolina, voy al baño y compro algo de comida para pasar la noche. La parada en el *drive-thru* sale según lo previsto. Hago el pedido, sonrío al recoger la comida y Mina no dice ni pío.

Por muy monstruo que sea, hubo un tiempo de mi vida en el que Mina y yo nos llevábamos muy bien. Genial, de hecho. Ella, yo y Shadow, charlando de todo. Ella y yo, conectando a un nivel que Shadow no podía entender. Por mucho que nos quisieran los adultos de nuestras vidas, los dos éramos huérfanos. A veces, hablar con alguien que pasaba por lo mismo, que sabía lo que era vivir en un mundo en el que todos los demás tenían algo que nosotros habíamos perdido o nunca habíamos tenido, era justo lo que nos recetaba el médico.

Joder, incluso ahora, no tenemos muchos problemas.

Bueno, *yo* no tengo muchos problemas con *ella*. Estoy seguro de que las cosas para ella son un poco diferentes en lo que se refiere a mí.

Shadow, él es a quien quiero hacer daño y, por la mayor coincidencia de todas, el hombretón de arriba decidió entregarme a la única mujer a la que ha amado de verdad.

¿Quién soy yo para rechazar una oportunidad tan grandiosa de venganza?

Ojo por ojo. Un amor por otro amor. Y todo eso.

La cuestión es que no me voy a zampar la hamburguesa sin ofrecerle nada. Incluso los que están a punto de morir se merecen comer. Es como en la cárcel, donde a los condenados a muerte les ofrecen una última cena. Excepto que aquí soy yo quien elige y no hay langosta en la carta.

El olor de las hamburguesas y las patatas fritas se extiende por el aire, llenando el coche de aromas que hacen rugir mi estómago.

Tengo que encontrar un lugar donde pasar la noche, lo cual no será difícil en una zona como esta.

Estamos lo bastante lejos de las rutas habituales. Tanto es así que esta hamburguesería sin nombre es probablemente el único lugar donde se puede comer algo rápido y la gente tiene que conducir kilómetros y kilómetros para encontrar la tienda más cercana.

Giro varias veces a la izquierda y a la derecha. El GPS no me sirve de nada aquí, solo mi agudo sentido para detectar casas que han sido olvidadas hace tiempo.

Poco después de emprender el viaje en busca de nuestro nuevo y humilde hogar, doy con el premio gordo.

Sin farolas.

Sin vecinos.

La hierba crece tan alta como puede crecer.

Las enredaderas trepan por la superficie de la casa, la madre naturaleza está a punto de recuperar esta estructura construida por el hombre.

Abro la cerradura, es pan comido. Echo la comida dentro, me ato la pistola a la cintura y vuelvo al vehículo.

Mina solo gime un poco cuando le desato las piernas para que pueda caminar por sí misma. Flexiona los pocos músculos que tiene y sacude las piernas en cuanto se libera de las ataduras.

Apoyando las manos en el suelo de la furgoneta, se impulsa hacia arriba. Le tiendo una mano para ayudarla, pero la rechaza.

Es difícil distinguir la expresión de su rostro. Está demasiado tranquila. Demasiado serena. ¿Ha aceptado su destino o está tramando algún plan maestro en ese brillante cerebro suyo?

No me centro en eso. Mina podría ser una... ¿cómo se llamaba? ¿Una prodigio? Quedémonos con eso. Mina podría ser una prodigio a la hora de salvar vidas, eso se lo concedo. Pero en esta vida de crimen, yo tengo claramente la sartén por el mango.

Cuando está de pie, la observo con atención, esperando que una palabrita salga de sus labios. En lugar de hablar, me recibe con silencio.

No puedo decir que no me decepcione la falta de entusiasmo por el atisbo de libertad que le he ofrecido.

Siguiéndome, me acompaña paso a paso hasta que llegamos a la puerta principal de nuestro lugar de descanso para pasar la noche.

—¿Ni siquiera das las gracias? —le digo, haciéndole un gesto para que entre.

Mina me mira con los ojos cansados, su rostro palidece hasta casi volverse azul y, sin previo aviso, vomita justo a los pies de la puerta.

Por un segundo, olvido por completo que soy su secuestrador y me apresuro a acercarme a ella, apartándole el pelo de la cara y limpiándole la baba de la punta de la barbilla.

Casi me sorprende cuando se aparta bruscamente de mí.

Levanto las manos en señal de rendición.

Añade «víctima de secuestro con un gastroenteritis» a mi cartón del bingo, Jerry.

SEIS
JOVEN THOMAS

En el recinto, las noticias se propagaban como la pólvora. En cuanto se encendió la mecha, las noticias corrieron como si se hubiera rociado con gasolina.

Había llegado a casa a trompicones, con Axe siguiéndome como si fuera una especie de guardaespaldas cachas, con la pistola aún colgando de su mano. No es que la necesitara, podía enfrentarse a cualquier pandilla con los puños, era un monstruo.

Sin embargo, teníamos una política cuando se trataba de invitar a gente a nuestras instalaciones, especialmente a un evento en el que habría alcohol en abundancia.

No importaba que fuéramos aliados, todos tenían que entregar sus armas antes de cruzar la puerta.

Técnicamente, los Nightmares debíamos dejar las armas en casa. Había repercusiones por llevar un arma en un evento destinado a unir a nuestras bandas. Algo me decía que ni siquiera el presidente se atrevería a decirle nada a Axe. Había una extraña relación entre ellos. Algo que a menudo parecía respeto, pero aparentaba ser odio.

—Este es tu sitio —dijo Axe, señalando el granero de estilo rústico con una bola de discoteca en la entrada. Mi humilde morada.

Pero no lo parecía. El columpio del porche se movía ligeramente, balanceándose hacia adelante y hacia atrás a cámara lenta, e incluso

en la oscuridad podía ver la parte superior de la cabeza de mi madre, con su cabello gris brillando como un halo.

Me volví hacia Axe, pero Axe no estaba por ninguna parte.

Mierda. ¿Cómo demonios se había movido tan rápido? ¿O era que el tiempo pasaba lentamente?

Me di la vuelta, aceptando que mi destino estaba en esa dirección y no en la otra.

Además, quién sabe, quizá mi madre no tenía ni idea de lo que había pasado. Quizá solo había salido a mirar las estrellas. En Marno Bay se veían muy bien. Esos puntitos blancos que reinaban sobre el oscuro tapiz del cielo.

El primer paso en los escalones del porche me pareció como si tuviera los pies cubiertos de cemento, pesados y agonizantes.

No perdí de vista a mi madre mientras seguía subiendo.

Justo cuando llegué arriba, ella giró la cabeza y se levantó del columpio.

—¿Por qué? —preguntó. Una pregunta muy sencilla, pero la respuesta era muy difícil de dar.

Me apoyé en la barandilla, esperando que eso detuviera el mareo de mi cabeza. Después de todo, «¿por qué?» podía significar muchas cosas, ¿no? ¿Por qué volvía a casa tan tarde? ¿Por qué había vuelto tan pronto? ¿Por qué brillaban tanto las estrellas? ¿Por qué estaba tan llena la luna?

Mi madre se estaba acercando a mí. Siempre había sido una mujer amable y yo siempre había sido el hijo perfecto. Nunca pude entender las peleas que los otros niños tenían con sus padres. Todos los gritos que a veces resonaban por todo el recinto. Y luego estaba Knox, que era propenso a recibir palizas.

Cuando éramos más pequeños, Knox me había dicho que la única razón por la que yo no me peleaba con mis padres era porque no eran *realmente* mis padres. Al principio me reí, pero luego le di un puñetazo en el pecho y me fui enfadado en dirección contraria.

Quizás, en el fondo, siempre había sabido que era adoptado, pero no creía que nadie más lo supiera. Esa noche, descubrí toda la historia de mi adopción. Mi madre dijo que Knox era un idiota por

decir lo que había dicho. Por mucho que me dolieran sus palabras en aquel momento, no creo que lo dijera con mala intención.

A Knox se la sudaba que yo fuera adoptado. Si acaso, me envidiaba por ello. Es difícil de entender para un niño que tiene a sus padres biológicos, porque lo que más queremos en el mundo es sentirnos queridos por quienes nos trajeron a este mundo, y mis propios padres no me querían. No creo que eso me molestara tanto porque estaba bastante seguro de que nadie en el mundo podía superar a los padres que me dieron un hogar. Pero, aun así, me avergonzaba que Knox lo supiera.

—¿Esto tiene algo que ver con Vicky? —preguntó mi madre, poniéndome una mano en el hombro y guiándome hacia la puerta principal.

Estaba demasiado borracho para darme cuenta de mucho, pero no lo suficiente como para darme cuenta de lo frágil que se había vuelto. Su mano temblaba contra mi hombro y se estremecía aún más mientras se agarraba al picaporte y lo empujaba para entrar en la casa.

Me senté en el sofá, entrecerrando los ojos por el brillo de la habitación. Poco después, mi madre llegó con su botiquín de primeros auxilios de metal, lo dejó a mis pies y se puso a sacar vendas y alcohol. Me limpió la herida y me la vendó, pero no se movió de mi lado cuando terminó.

—No has respondido a mi pregunta —dijo.

Bajé la cabeza, sin atreverme a mirarla a los ojos. Estaba demasiado tranquila. No más tranquila de lo habitual, pero demasiado tranquila dadas las circunstancias.

—¿Tiene esto algo que ver con Vicky? —repitió, tratando de mirarme a los ojos. Aunque no estuviera tratando de evitar su mirada, el alcohol en mi organismo habría hecho un buen trabajo asegurándose de que no pudiera mirarla a los ojos.

—Primero Axe y ahora tú —murmuré. Mis palabras sonaban lentas, entrecortadas, como si mi lengua se hubiera vuelto demasiado grande para mi boca.

—Eso no es una respuesta a mi pregunta, Thomas.

—¿Y qué si sí? —espeté, sorprendiéndome a mí mismo por el tono que le había dado.

Mi madre ni se inmutó. En cambio, me cogió la mano, me levantó la barbilla y me obligó a mirarla a los ojos.

—El amor es difícil —dijo—. Pero luchar por él no tiene por qué implicar violencia física.

—No la quiero —siseé.

Mi madre se rio.

—Vale —dijo—. Entonces supongo que le pegaste a un chico sin motivo. Le rompiste un diente y posiblemente la nariz. No me dejas otra opción que castigarte. Una semana. No salgas de esta casa a menos que se incendie.

Aparté la mano de mi madre y empecé a caminar hacia mi habitación, enfadado con ella como lo estaba con el resto del mundo, aunque no sabía muy bien por qué. Era mi madre. Se suponía que me conocía mejor que nadie. ¿De verdad podía estar enfadado con ella por precisamente eso?

UNA SEMANA de castigo me hizo perder el interés por saber cómo era la cárcel. Algo fuerte, viniendo de un chico que estaba destinado a ser un motero duro como una roca, lo sé. Aun así, solo llevaba tres días y estaba bastante seguro de que necesitaría un psiquiátrico cuando terminara de cumplir mi condena.

Pasaba la mayor parte del tiempo en mi habitación, escuchando viejas cintas con música que ya ni siquiera me gustaba. Me habían quitado la televisión porque, según mi madre, dejarla ahí sería como darme las mejores vacaciones que un niño podría pedir.

Di vueltas en la cama por enésima vez. Era más de medianoche, pero no tenía ni pizca de sueño. Había pastillas para dormir en algún lugar del armario y se me ocurrió ir a la cocina a coger una. A mi padre le iban bien cuando el dolor era insoportable. Seguro que a mí también me funcionarían.

Me levanté de la cama y estaba a punto de abrir la puerta cuando un ruido en la ventana me detuvo en seco. Podría no ser nada, pero también podría ser muchas cosas. Como ese imbécil de Cap volviendo para vengarse.

Tan silenciosamente como pude, me acerqué a la ventana, sintiendo cómo parte de la ira de aquella noche volvía a aflorar.

¿Y qué si no se había aprovechado de Victoria en el baño como había hecho con todas las demás chicas? La imagen de ella presionando los labios contra las mejillas de él todavía ardía como lava en mis entrañas.

Abrí más las cortinas y vislumbré unos deditos pintados de negro y rosa. Unos deditos que se parecían mucho a los de Victoria.

Mi corazón se detuvo, deseando que fuera verdad tanto como no quería que lo fuera.

Una gran parte de mí seguía enfadada con ella.

Pero una gran parte de mí seguía estúpidamente enamorada de ella.

Sin darle muchas vueltas, me acerqué a la ventana para abrirla, la deslicé hacia arriba e inmediatamente percibí el aroma característico de su champú de canela.

—Yo... Oh... Eh... Solo estaba… —balbuceó, sin encontrar las palabras adecuadas para formar una frase coherente.

—¿Qué coño haces aquí? —le espeté.

Vicky se estremeció. Como si mis palabras tuvieran el impacto de un latigazo sobre piel desnuda.

—Solo estaba....

—Eso ya lo has dicho. Aunque tampoco terminaste de decirlo la primera vez.

Ella aspiró profundamente, dejó que el aire se asentara en sus pulmones antes de expulsarlo con un soplido que le levantó los oscuros mechones que enmarcaban su rostro.

—¿Puedo pasar?

—Ni hablar.

Ella asintió.

—Me lo merezco. Vale, voy a... Quiero decir, solo....

—¿Qué, Victoria? ¿Solo te pavoneabas con ese cabrón para ponerme celoso? ¿No te importaban una mierda mis sentimientos? ¿Le regalaste nuestro primer beso a otro hombre? ¿Qué, exactamente...?

Estaba oscuro. Casi completamente en penumbra. Pero las lágrimas que resbalaban por sus mejillas brillaban bajo la luz de la luna.

No debería haberme sentido mal por ella, en realidad. ¿Por qué demonios debía sentirme mal? *Ella* era la que me había hecho daño *a mí*. No al revés. Y lo había hecho intencionadamente. Justo delante de mis narices, intencionadamente. Me había cortado y había disfrutado viéndome sangrar, así de intencionadamente. Y ahora estaba aquí, sin siquiera intentar arreglar las cosas, solo tartamudeando y llorando como si fuera *ella* la que mereciera compasión.

Mis piernas me llevaron hasta el alféizar de la ventana y salté al suelo. Mis brazos la rodearon, acercando su cabeza a mi pecho y ahogando sus sollozos. Ella no se merecía esto. No me merecía a mí. Entonces, ¿por qué demonios me sentía mejor abrazándola así?

—Lo siento —dijo—. Lo siento mucho.

—¿Por qué? —susurré—. ¿Por qué hacer algo para luego arrepentirte?

—Mi hermano —dijo ella—. Me estaba presionando. Se burlaba de mí por estar colada por ti y me decía que ni siquiera soy tu tipo y que me mataría si alguna vez le avergonzaba... si arruinaba la amistad entre vosotros dos. Que tendría que pelear contigo si me rechazabas porque tenía que proteger a su hermana pequeña y tuve miedo.

—Yo te elegiría a ti antes que a Knox siempre, Vick.

Levantó la cabeza para mirarme a los ojos. Alma rota contra alma rota.

El fruncimiento de su ceño me indicó que lo que fuera que dijera a continuación me haría daño y, aunque le puse un dedo en los labios con la esperanza de que se callara, consiguió decirlo.

—Nunca te lo permitiría —dijo—. Os quiero lo suficiente como para saber que os necesitáis el uno al otro.

—Pero yo te quiero —le dije, y las palabras salieron de mis labios con tanta naturalidad como si no fuera la primera vez que se las decía.

Ella asintió solemne y me lanzó otra de sus miradas angustiadas.

—El amor no es necesidad, Thomas.

No pude rebatirle ni preguntarle si me estaba diciendo que me quería, porque, antes de que me diera cuenta, los labios de Vicky estaban sobre los míos y la punta de su lengua rozó ligeramente la mía.

Mi corazón latía a mil por hora y no quería que aquello terminara. No quería que me dejara sin aliento al separarse. Quería que siguiéramos así para siempre. Para siempre y siempre y siempre. Hasta que el tiempo se acabara y comenzara otro.

—Este ha sido mi primer beso, Thomas. Pero también será el único que nos daremos jamás.

Victoria se zafó de mis brazos, se alejó y se llevó consigo no solo la mitad de mi corazón, sino todo el músculo, aplastándolo bajo su talón mientras aumentaba la distancia entre nosotros.

Pasé el resto de la noche despierto, empapando la almohada con lágrimas que me rogaba a mí mismo que no llorara.

Motero duro, y una mierda.

SIETE



SHADOW

Sangre. Esa palabra significa más que la vida misma, porque es aquello por lo que darías la vida. Significa el tipo de unión que no se puede romper. Está escrita en la vida que fluye por tu cuerpo, que nutre tu carne.

—Mueve el culo al patio, hay trabajo que hacer —me espeta mi padre.

Aún estoy aturdido por la noticia que acaba de soltar, como si no fuera algo que hubiera estado evitando decirme toda mi vida. Como si no significara nada. Como si la sangre se hubiera convertido de repente en agua.

Mi padre ya se dirige hacia las puertas del granero, con pasos decididos, los hombros rectos para contener toda la tensión que Axe le ha impedido liberar.

Desvío la mirada hacia Axe.

—¿Qué coño pasa aquí?

—No era así como debías enterarte —dice él. Al menos tiene el buen sentido de darse cuenta de que algo no va bien. De que tengo todas las razones para estar conmocionado.

—Tienes toda la razón —siseo—. Porque, evidentemente, *nunca* se suponía que debía enterarme. Pero, ¿por qué?

Mi padre golpea la puerta y solo entonces me doy cuenta de que en realidad no había salido del edificio.

—Porque tu padre es un hombre muy, muy pequeño —dice Axe —. Participó en la destrucción de toda nuestra banda, apuñalándonos por la espalda. Esa es la versión resumida de la historia.

—Una palabra más y me encargaré de que tengas un parcela junto a tu hermana —amenaza mi padre a Axe.

Axe levanta las palmas en señal de rendición, aunque no parece dispuesto a abandonar la pelea.

—Y Shadow, sal del bar antes de que te saque a rastras.

Al igual que Axe, mi batalla aún no ha terminado. Mucho de lo que me han contado parece haber sido mentira, ya que mi padre no niega ninguna de las afirmaciones de Axe. No conoció a mi madre mientras iba por ahí en moto. No bailaron hasta altas horas de la noche. Ella no era solo una chica solitaria y sin familia a la que él ayudó a tener una vida mejor.

Pero ahora mismo me la pela todo eso. Lo que aviva mi ira es la última amenaza que le hizo a Axe. Sí, todos los miembros de este club hablan de la muerte como si no significara nada, pero es la forma en que lo ha dicho. *Una parcela junto a su hermana.* Como si el hecho de que mi madre estuviera bajo tierra no significara nada.

Observo cómo la sustituta de mi madre se acerca sigilosamente a mi padre, como la serpiente que siempre ha sido, deslizando sus garras por su espalda. Le susurra algo y él asiente, sin dejar de clavarme una mirada asesina.

—Me marcho del bar —le digo—, pero no voy a ir con vosotros.

—Ni lo sueñes —espeta mi padre.

—No vas a ganar todas las batallas esta noche. Puede que al final mi madre no significara nada para ti. Puede que el amor no sea capaz de correr por tus venas ennegrecidas. Y, por lo visto, la familia tampoco significa una mierda para ti. Pero yo tengo a alguien que significa *mucho* para mí y, ahora mismo, está con un hombre que no dudó en dejarme el cuerpo como un colador. Solo Dios sabe lo que piensa hacer con ella.

Me doy la vuelta, con los ojos clavados en los de Crystal mientras camino hacia ella.

—Necesito que hagas algo por mí —le digo.

Ella se aclara la garganta, tratando de no llorar, pero las lágrimas de sus ojos me dicen que no podrá aguantar mucho más.

—Es probable que el gato de Mina siga en su casa. Si ese bicho se muere.... —No termino la frase. No hace falta. Aunque se conozcan desde hace poco, Crystal es muy consciente de lo que ese gato significa para Mina.

—No sé... ¿cómo voy a...?

—¿Entrar en su casa? No tengo ni puta idea, Crystal. Rompe una ventana, echa la puerta abajo. Busca al tío más grande de este sitio y dile que lo haga por ti si no quieres estropearte las uñas. Elijas lo que elijas, asegúrate de que el gato está bien.

Crystal asiente, mirando a mi padre como si le pidiera permiso. Le cojo la cara con la mano y la giro para que me mire de nuevo.

—¿Entiendes mis órdenes, Crystal?

—Sí. Sí. Me aseguraré de que Snuffles esté bien —promete. Su respuesta me satisface. La emoción detrás de sus palabras me hace saber que no fallará.

Me alejo de ella y me dirijo de nuevo hacia la puerta, pasando junto a mi padre. Estúpidamente, cree que tiene alguna posibilidad de hacerme cambiar de opinión.

Me agarra por el cuello.

—Tienes un deber con este club —sisea, salpicando saliva por todas partes, está muy enfadado.

—Sí —respondo—. Y mi deber número uno es salvar a mi chica y deshacerme de Thomas en el proceso.

—No lo estás haciendo por el club.

Me encojo de hombros, esbozando una sonrisa que sé que se parece mucho a la que él suele poner.

—Al final, nos beneficiará a todos, ¿no? Ese cabrón nos matará a todos en cuanto tenga oportunidad.

—Tenemos un trabajo que hacer. Acuerdos que cerrar.

Mi padre me agarra con más fuerza por el cuello de la chaqueta. Me aparto y le lanzo una mirada que le dice que se aparte cagando leches.

—Yo también. Y cuanto antes te ocupes de tus mierdas, antes podré ocuparme de las mías.

La mandíbula de mi padre se contrae, como si por primera vez en su vida estuviera tragándose las palabras. Casi me hace sonreír. Pero solo casi. Hay tanta ira en mí que mis labios no pueden esbozar una sonrisa.

—Muchachos, nos vamos —le dice a la multitud de motociclistas detrás de nosotros—. Y Shadow, te cortaré un dedo por cada hombre que pierda. Recuerda mis palabras.

—Entonces quizá sea hora de que te arrodilles y reces para no ser uno de los que vuelven con los pies por delante.

Con esas palabras, me marcho. Solo cuando llego a mi vehículo, que esta vez no es la moto, me doy cuenta de que no estoy solo.

Runner y Axe vienen detrás de mí y Rodex y Tanker corren para alcanzarnos.

Siento que el corazón me late un poco más tranquilo, sabiendo que al menos algunos de los hombres de este equipo me cubren las espaldas. Los viejos y los jóvenes.

—O sois los hijos de puta más estúpidos en un radio de cien metros o estáis decididos a que os echen del club —digo una vez que Rodex y Tanker pueden escucharme.

—O tal vez simplemente nos da igual que tu padre sepa de qué lado vamos a estar si llega la hora de la verdad —dice Rodex.

—El resto del club... la mayoría, al menos... también está contigo —añade Tanker.

Axe permanece en silencio. Pero el hecho de que haya venido, el hecho de que haya abandonado su puesto detrás de la barra por primera vez en su puta vida, dice más que cualquier palabra.

Aun así, me gustaría que abriera la puta boca. No para alardear de que está de mi lado en esta estúpida discusión entre mi padre y yo, sino para contarme todas las cosas que no sé. Para que tenga sentido para mí cómo y por qué mi padre le obligó a fingir que era un tío cualquiera, que no valía más que para servir whisky. Cómo, si lo más importante es la familia, no estuvo presente en el funeral de mi madre.

¿Qué tipo de control tiene mi padre sobre él y por qué, después de todos estos años, ha decidido hablar ahora?

Por mucho que mi curiosidad me atrape como en un remolino, sé que ahora no es el momento para esas preguntas. De una forma u otra, obtendré mis respuestas.

—¿Estáis todos listos?

—Hasta los dientes —responde Rodex—. Ahora, vamos a buscar a ese cabrón y pongámosle fin a sus gilipolleces de una vez por todas.

No tengo nada que objetar a eso.

Uno a uno, nos subimos al vehículo y piso el acelerador, saliendo del recinto sin mirar siquiera por el retrovisor.

OCHO



THOMAS

En el instituto, Mina y yo conectamos porque ambos teníamos «padres viejos». Estábamos estudiando genética en clase y la señora Smith pensó que sería una idea fantástica que todos dibujáramos un árbol genealógico.

—Primos, tíos, tías, bisabuelos, incluidlos a todos y añadid fotos si es necesario. Es una buena ocasión para que algunos de vosotros llaméis por fin a casa y le digáis a vuestras familias que les echáis de menos, aunque aquí os cuidamos muy bien —dijo la señora Smith.

Yo había visto la expresión de Mina. Nadie sabía mucho de ella por entonces. Había aparecido a mitad de curso, con aspecto de ser la chica más enfadada del mundo, lo que hacía imposible que nadie se sintiera inclinado a darle una bienvenida adecuada.

Se sentaba sola a la hora del almuerzo, no en el comedor, sino bajo uno de los árboles del patio, con la nariz enterrada en un libro.

Todas las actividades sociales pasaban sin ella.

Puede que no me hubiera fijado en Mina si no hubiera sido por Shadow. Él decía que no le gustaba. Pensaba que era una estirada. Y todo eso sin haberle dirigido ni una sola palabra.

Shadow se refería a ella como la chica con cara avinagrada, pero incluso cuando levantó la mano para preguntarle a la profesora si los deberes contaban para nota, pude ver cómo él la miraba de una forma en que nunca le había visto mirar a nadie. Algo parecido a

cómo yo miraba a Victoria: como si, mientras ella estuviera en mi campo de visión, todo lo demás simplemente se desvaneciera en la nada.

Pero Shadow y yo éramos diferentes a Victoria y a mí. Yo mantenía en secreto mis sentimientos por Victoria porque era peligroso no hacerlo. Shadow ocultaba sus sentimientos por Mina porque le ofendía que fuera la única chica del campus que ni siquiera le dirigía una mirada.

La señora Smith confirmó que los deberes eran obligatorios. Era fácil ver cómo Mina se desanimaba ante la respuesta, como un globo al que se le deja escapar todo el aire. Shadow se dio cuenta. Su ceño se frunció aún más. Apretó la mandíbula. Cerró los puños. Con todas sus fuerzas, se contuvo para no destrozar a la profesora con palabras, para no estrangularla hasta que se disculpara con Mina por siquiera sugerirle que hiciera los deberes.

Shadow era muy protector con sus seres queridos. Siempre lo había sido.

Cuando Victoria fue objeto de burlas en la escuela, le llevó solo dos segundos descubrir quién era el responsable. Leon Stephens. Shadow no sabía conducir en ese entonces, pero consiguió que una de las chicas fáciles del club lo llevara a la casa de Leon. Tocó el timbre, le dio un puñetazo en la nariz al chico delante de sus padres y se marchó antes de que pudieran recoger las mandíbulas del suelo.

Contuve la respiración, esperando que la señora Smith no corriera la misma suerte. Tenía que hablar con Shadow. Ayudarle a aclarar sus ideas. Recordarle que estábamos destinados a encajar, no a destacar, y asegurarme de que su temperamento no llegara a un punto en el que acabara quemando a todo el que se cruzara en su camino. Conociéndole como le conocía, tenía que esperar a la oportunidad adecuada, y esa oportunidad tenía que llegar antes del entrenamiento de fútbol. Por muy físico que fuera el deporte, no podía permitir que Shadow se liara a puñetazos en el campo. Primero, porque si lo expulsaban del colegio, su padre se pondría en plan diablo. Y segundo, porque yo necesitaba seguir en ese colegio.

Lejos de Victoria, mientras me convertía en alguien a quien su padre pudiera considerar un buen partido algún día.

Los días pasaron y terminamos el árbol genealógico. Shadow y yo le pedimos a su madre que reuniera todas las fotos que pudiera encontrar y nos las enviara por correo electrónico.

Mi árbol genealógico tenía un aspecto extraño. No me parecía en nada a mis padres, ni siquiera en su juventud, porque biológicamente no tenía nada que ver con ellos.

Ellos eran rubios como el sol y de estatura inferior a la media, mientras que yo tenía el pelo negro azabache y los superaba en altura como un gigante sobre un pedestal.

En la columna lateral, donde debíamos poner los rasgos que creíamos haber heredado de nuestros padres, anoté que era adoptado y que era lo mejor que me había pasado en la vida.

Entregué mi árbol genealógico con orgullo. Shadow no pudo evitar reírse del suyo. Nadie debía saber que pertenecíamos al Nightmare MC, así que su padre y su madre le habían enviado fotos de ellos con ropa que nunca se habrían puesto ni muertos. Un traje para su padre y un vestido rosa con volantes para su madre.

Cuando mis ojos se posaron en Mina, parecía más triste de lo habitual, y eso era difícil de superar.

Después de clase, esperé un poco más y les dije a los chicos que los alcanzaría más tarde. Fue algo bastante feo, aunque tampoco es que fuera a hacer daño.

En unos días, cada uno de nosotros tendría la oportunidad de ver de dónde venían todos, las personas que nos habían convertido en quienes éramos. Después de las presentaciones, los árboles genealógicos se colgarían en el tablón de anuncios. Pero la curiosidad pudo más que yo y no pude esperar. Necesitaba ver por qué Mina estaba tan angustiada por pegar unas fotos en un cartón.

Cuando la clase se quedó vacía, me acerqué al frente y rebusqué entre el montón de proyectos de Mina. Solo había una persona. Era tan mayor como mis padres. Una señora tan canosa que casi parecía plateada, pero aun así había similitudes entre ella y Mina. La forma de los ojos, el hoyuelo en la mejilla derecha.

Estaba analizando sus similitudes cuando un puño se estrelló contra mi mandíbula.

Me di la vuelta. Entre Shadow y yo, yo era el más tranquilo, pero no era ningún pusilánime.

Me giré, dispuesto a darle una paliza al idiota que se había atrevido a ponerme la mano encima, pero en lugar de eso me encontré cara a cara con Mina.

Me arrebató el proyecto de las manos.

—¿A ti qué coño te pasa?

Le mostré las palmas de las manos.

—Lo siento, es solo que...

—Que no sabes meterte en tus propios asuntos, joder.

—Has dicho muchas palabrotas en menos de cinco segundos.

Entrecerró los ojos y, aunque nunca había tenido miedo de una chica, estaba seguro de que Mina me daba miedo. Aun así, no pude evitar soltar la pregunta que tenía en la punta de la lengua.

—Solo hay una persona en tu árbol genealógico y tiene casi cien años —dije, y enseguida me arrepentí de cada palabra. No lo dije con mala intención, pero ella lo interpretó así. Apretó los puños a los lados y, como no quería que me volviera a dar un puñetazo, di un paso atrás y levanté el antebrazo para protegerme la cara.

—Dentro de unos meses, estará muerta y no quedará ni una sola persona en mi estúpido árbol genealógico. Eso sí que es un dato que usar para correrte en los pantalones. Puto pervertido. —Se dio la vuelta, pero no antes de que pudiera ver las lágrimas de sus ojos.

Saqué mi propio árbol genealógico del montón.

—Oye, mira. No me estaba burlando de ti. Es solo que... es solo que... estás triste todo el tiempo y quizá no me habría dado cuenta, pero mi mejor amigo no puede quitarte los ojos de encima y cada vez que sigo su mirada... No viene al caso. Toma. Yo también tengo unos padres viejísimos. —Le entregué mi propio árbol genealógico. Ella me lo arrebató de las manos. Me miró fijamente. Miró a mis «padres viejísimos».

Ahora las lágrimas corrían por su rostro y yo no sabía por qué. Pero lo que sí sabía era que sentí un golpe en la mandíbula. Debía

de haber cabreado al mismísimo diablo para que me dieran dos puñetazos en cinco minutos. Y encima dos personas diferentes.

—¿Qué coño le has hecho? —gritó Shadow, señalando a Mina, que se secaba los ojos con furia, tratando de borrar cualquier rastro de que había estado llorando.

En un santiamén, Shadow me agarró por el cuello y me empujó rápidamente contra una puta esquina.

En todos los años que llevábamos conociéndonos, Shadow y yo nunca nos habíamos enfadado tanto, y ahí estaba él, pegándome por una chica con la que ni siquiera había hablado.

—Él no ha hecho nada —dijo Mina, saliendo en mi defensa.

Lo aparté, conteniendo la ira que se estaba acumulando rápidamente en mi interior.

—Solo quería ver qué le había molestado del proyecto —le dije. Me froté la mandíbula—. Shadow, te presento a Mina. Mina, Shadow. Quizás los dos podáis ir juntos a clases para controlar la ira.

Y con eso, los dejé juntos en el aula.

A la hora de la cena, me preguntaba cuál de los dos había matado al otro y cuál estaba ahora huyendo, porque ninguno de los dos apareció para comer. Shadow incluso se saltó el toque de queda, lo que era como un pecado capital en ese lugar.

A medida que pasaban las semanas, se hizo evidente que mi mejor amigo había encontrado una nueva compinche. No estaba enfadado con él por ello. No después de la primera vez que Mina entró en clase con una sonrisa de verdad en la cara, una sonrisa que Shadow consiguió mantener ahí. Estaba perdiendo a mi mejor amigo por una chica que le hacía sentir que tenía el mundo a sus pies, y no me importaba.

Me pregunté, durante muchas noches, si él sentiría por mí la misma felicidad que yo sentía por él, si sabía que su hermana era la persona que me hacía sentir lo que Mina le hacía sentir a él.

Es curioso cómo cambian las cosas. Victoria está muerta y Mina está a punto de estarlo también. Knox tampoco debería haber llegado tan lejos, pero al parecer el cabrón está hecho de Kevlar.

Si todo sale según lo previsto, seré el único que quede en pie al final. Y entonces...

¿Y entonces qué?

Una vida sin Victoria no vale la pena. ¿Cambiará todo de repente una vez que haya podido vengarme?

Mina se revuelve en el lugar donde la dejé en el suelo, alejando mis pensamientos de la mazmorra a la que se dirigían.

Ajusto la linterna para que la luz ilumine lo suficiente su cara y pudiera poder la expresión de paz que se dibuja en sus labios. Está acurrucada en posición fetal, con ambas manos juntas bajo la mejilla izquierda.

La bolsa de papel marrón con su hamburguesa sigue intacta, pero aún tengo la esperanza de que se la coma cuando se despierte. No. No. Me la suda si se la come. ¿Por qué debería importarme? Si quiere morir de hambre, es asunto suyo, y viendo que ha vomitado todo lo que tenía en el estómago y que apenas pesa nada, la inanición no anda muy lejos.

Pasan cinco minutos y ella no se despierta.

Quince minutos y solo se remueve un poco.

Durante más de dos horas, me siento en la vieja mecedora al otro lado de esta habitación polvorienta, mohosa e infestada de insectos y la observo. Observo la comida. Espero a que agarre la bolsa y se la meta en la boca. Espero que se coma esa hamburguesa y me dé las gracias por salvarla de lo que supongo que es una muerte horrible. Y entonces recuerdo que ese no es mi papel en este juego en el que participo.

Quiero que muera. No, *necesito* que muera porque necesito que Shadow sienta lo que yo sentí cuando me arrebató a Victoria. Necesito que sienta la necesidad de matar como nunca antes. Que sienta el impulso de quemar el mundo entero con él en medio, rezando por que las llamas no tengan cuidado al lamer su propia cordura.

—¿Estás llorando? —dice una voz débil desde la esquina de la habitación.

Mis ojos se dirigen hacia Mina. Ahora está sentada, con la bolsa de papel acunada en su regazo. ¿Cómo me he podido distraer tanto que no me he dado cuenta de que se había despertado?

Me seco los ojos.

—Debe de ser el polvo.

—No lo creo. Pareces triste. En plan, *muy* triste.

La miro como si le hubiera salido una segunda cabeza y luego hablo lentamente.

—Te llamas Mina. Te han secuestrado. Estás....

—En mitad de la nada —añade ella—. Y tú me odias porque odias a Knox y ya no estamos en el instituto y estoy en peligro de verdad. Pero tampoco puedo ir a ningún sitio ni tengo a nadie más con quien hablar. Y tú tampoco, por lo que parece. Y estás llorando. Así que, como el ser humano decente que no siempre he sido, te pregunto*... ¿por qué*?

—¿Acaso eres psicóloga? —digo con sarcasmo.

—No tengo el título, ya lo sabes. Pero...

Es casi adorable lo sincera que responde a la pregunta.

—Me la sopla, Mina. Podrían escribir un millón de artículos sobre ti por saber cómo conectar las sinapsis, que yo sigo sin querer hablar.

—Antes éramos amigos, Thomas. —Pronuncia mi nombre con desdén, como si estuviera en posición de hacerlo.

Inclino la cabeza hacia ella y esbozo una sonrisa forzada.

—Pero ya no lo somos. Solo soy el tío que va a matarte y usar tu muerte como un trofeo con el que atormentar a tu novio.

No hablamos en toda la noche ni en los días siguientes. No por falta de intentos por parte de Mina. Yo, sin embargo, estoy acostumbrado al silencio, ya que hay más caos en mi cabeza del que puedo soportar.

Creo que he decidido que voy a matar a Mina. Solo me falta decidir cómo.

Cuanto más habla, más cerca estoy de degollarla espontáneamente. Sería una forma aburrida de morir. No me satisface en absoluto. No es algo que pueda recordar y pensar: «Thomas, te has superado a ti mismo». Y eso es precisamente lo que pretendo. Superarme a mí mismo.

Por ahora, Mina está encerrada en el baño. Estamos en un lugar nuevo. Uno que no ha estado abandonado durante décadas, pero al que estoy seguro de que nadie va a volver. Es más bonito que los

dos anteriores y, por pura suerte, todavía corre agua por las tuberías, lo que parece encantar a Mina. Como no tiene mucho más que hacer, cepillarse los dientes se ha convertido en su nuevo pasatiempo, a juzgar por los ruidos que salen del cuarto de baño.

Pongo una olla con agua al fuego. Hoy tengo poca energía, pero no es nada que una taza de café no pueda solucionar.

Quizá sea tan amable de ofrecerle una a Mina cuando vuelva del baño. Cuanto más beba, menos hablará. Además, le dará otra excusa para volver al baño y lavarse los dientes. Eso me dará tiempo para pensar en las mil formas en que puede morir.

La muerte de Mina me hace pensar en la muerte de Vicky y en esa espiral que me ha estado consumiendo desde que encontré su cuerpo y que ahora vuelve a estar en pleno apogeo.

Estoy echando azúcar con violencia en mi taza de café cuando veo movimiento por el rabillo del ojo. Es otra prueba de que no he establecido los límites donde deben estar.

Se podría pensar que secuestrar a una chica que sabe cuántas balas le has metido a su novio la tendría lo suficientemente asustada como para no acercarse sigilosamente a ti.

Me giro rápidamente y la clavo con una mirada asesina mientras le agarro las manos que ha tenido la osadía de poner en el mango de la olla.

—Lo siento —dice—. Solo quería ayudar.

Aprieto con más fuerza.

—Eres una víctima, no una criada —le recuerdo.

No ha intentado nada en los últimos días, pero no soy tan estúpido como para dejar que ponga las manos en una olla con agua.

—Thomas —chilla—. Me estás haciendo daño.

Miro nuestras manos como si no fuera consciente de lo que estoy haciendo. Las mías palpitaban con venas que arden de color azul. Las suyas están blancas como la nieve bajo mi agarre.

—Basta —sisea, con el tono de voz que usa una madre cuando regaña a un niño obstinado.

Una sonrisa se dibuja en mis labios cuando agarro la mano libre de Mina, dispuesto a darle una lección por atreverse a hablarme así.

Por olvidar cuál es su lugar. Por ser la idiota que cometió el error de salir con mi ex mejor amigo.

Mina se resiste, pero su fragilidad no es rival para mi brutalidad mientras sumerjo su puño cerrado en la olla, observando cómo se le enrojece la piel. Observando cómo hierve en tiempo real.

Me encantaría decir que perdí la conciencia de lo que hacía. Que la crueldad que quiero mostrar no es la crueldad que corre naturalmente por mis venas. Pero no es así. Oigo cada uno de sus gritos. Muy fuertes, muy guturales. Y lo único en lo que puedo pensar, lo único que espero, joder, es que Shadow también los oiga. Que sepa en lo más profundo de su ser que esto no será el final. Que el dolor desgarrador de oírla así sea un dolor que iguale al que yo siento cada vez que pienso en Victoria.

—Por favor Mina, y me pregunto si esas palabras salieron de los labios de Victoria. Sin embargo, esa pregunta no tiene respuesta. Las mujeres muertas no hablan, al fin y al cabo. Lo que sí sé con certeza es que, por mucho que suplicara, por mucho que lo pidiera, Shadow no se detuvo hasta que la sangre se enfrió en sus venas.

Suelto la mano de Mina, permitiéndole sacar la suya de la olla, no porque sea mejor que Thomas. Uno de estos días, la sangre de Mina se enfriará tanto como la de Shadow. Pero hoy no.

La miro a los ojos y veo cómo se le anegan de lágrimas. Con una sonrisa, le suelto lentamente la otra mano.

—Dios mío. Dios mío. —Respira entrecortadamente, con una especie de inhalación entrecortada.

—Dios —me río—. Esto es lo que él quería, Mina. ¿No lo ves?

Su rostro se retuerce de agonía mientras se agarra la muñeca como si quisiera arrancarse la mano del brazo.

—Eso ha sido una advertencia —le digo.

Ella asiente, todavía respirando sin control. A pocos centímetros de distancia. No me cuestiona nada. Me pregunto qué le estará diciendo ahora su cerebro de aspirante a psicóloga sobre mí. Joder, me pregunto qué le estará diciendo sobre ella misma.

Y ya que ha sacado a Dios a colación, me pregunto si estará orgulloso. Esto es lo que quería, ¿no? Permitió que Shadow me arrebatara a la única persona que me importaba más que mi propia

vida. Salvó a Shadow cuando le llené el cuerpo de balas. Trajo a Mina a mi vida justo cuando más la necesitaba. Puso todas las piezas en movimiento para convertirme en el hombre que soy hoy.

Termino de preparar el café, vertiendo el agua en la taza y mezclándola con el café instantáneo. Es asqueroso, una mierda de marca blanca que no se disuelve bien. O tal vez sean trozos de la piel de Mina lo que se me queda entre los dientes.

Escupo el último sorbo en el fregadero y tiro la taza, salpicando café por todas partes mientras la cerámica golpea contra su prisión metálica.

Los pasos de Mina se alejan cada vez más. Se dirige al cuarto de baño. Otra de las cosas con las que he sido demasiado indulgente. Es el privilegio de poder levantarse y pasarse el día por toda la casa lo que le hace pensar que somos compañeros de piso.

—Te retiro el privilegio de usar el baño —le susurro, dejando que una sonrisa se dibuje en mis labios. No me parece natural, pero la dejo ahí de todos modos.

Mina no me devuelve la sonrisa. En cambio, mira hacia abajo, a su mano. Es una imagen digna de contemplar, la verdad. Tan roja contra su piel superpálida.

—¿Quieres que te la quite? —le pregunto.

No responde.

Lo haría, aunque solo fuera para enseñarle un poco de respeto. Pero tengo pensado pasar la noche aquí y no me apetece nada tener que lavarme sangre de la camiseta.

Mina ha cambiado de dirección, ya no se dirige al baño, sino al salón. Aquí es donde entra en juego toda ese rollo de la psicología. En lugar de sentarse en el asiento más cercano a ella, se sienta en el sofá, justo en mi línea de visión, asegurándose de que sepa lo dócil que es.

Eso debería hacerme feliz. Pero, de alguna manera, me hace pensar que va un paso por delante de mí. Como si, al permitirle quedarse ahí, le estuviera diciendo en silencio que me ha calado. Pero no es así. Ni siquiera yo me he calado a mí mismo.

Cojo la bolsa de patatas fritas de la encimera de la cocina y me acerco a ella.

—Muévete.

Se levanta, rápida como un rayo. Mientras que antes parecía ansiosa por mirarme a los ojos, ahora no soporta mirarme.

—Puedes sentar el culo en el suelo —le digo, y ella obedece al instante. Muy obediente. Demasiado obediente. Eso tampoco me gusta.

Abro la bolsa de patatas fritas como si estuviera en guerra con el plástico. El silencio que antes me encantaba ahora me parece más un tormento. Mirar a Mina tampoco ayuda. No cuando lo único que se ve es cómo le tiembla la espalda y cómo se acaricia la mano como si tuviera miedo de que se le cayera.

Está sufriendo tal y como yo quería, me digo a mí mismo.

Se lo merece.

Se merece estar ahí sentada, cuidándose la mano, sin atreverse a moverse, sin atreverse a hablar. Temiendo por su vida.

Cuando Mina exhala, siento las vibraciones en mi pecho, más como un bajón que como un subidón.

—¡Se lo merece, joder! —grito. Y luego—: ¡Te lo mereces, joder!

Mina asiente y juro por todos los cielos que eso rompe algo dentro de mí.

PASAN una o dos horas y este dolor miserable en el pecho amenaza con dominarme, así que vuelvo a la cocina.

De camino aquí, compré algunas cosas para comer y, entre toda la comida basura, había una bolsa de brócoli. La saco del congelador y se la tiro. Le da de lleno en la cara y se despierta sobresaltada.

Diría que la mirada que me lanza mientras se pone hielo en la mano es de agradecimiento, pero lo cierto es que solo queda repugnancia dentro de ella. Tanto es así que lo siguiente que hace es inclinarse hacia delante y vomitar los huevos y el beicon que se ha comido para desayunar.

El instinto me impulsa a preguntarle si está bien. El instinto me hace recordar cómo me curó cuando llegué al hospital. Lo suaves que eran sus dedos al tocarme. Lo cuidadosamente que me vendó la herida.

—Thomas —dice, con un hilo de voz.

La ira que deseo sentir me falla al mirarla.

—No me encuentro bien —dice, y entonces los ojos se le ponen en blanco, sus pupilas se pierden en algún lugar de la parte posterior de su cabeza mientras se ladea y se ladea, y yo me apresuro hacia ella antes de que la cabeza le golpee contra el suelo.

NUEVE

EL JOVEN THOMAS

—No deberías estar aquí.

—Pero aquí estoy.

Había pasado un año entero sin dulces aparcados fuera de mi ventana ni miradas de la chica que amaba. Había pasado un año entero carcomiéndome por dentro, preguntándome cuánto tiempo más podría aguantar Victoria.

Por fuera, parecía que estaba bien, pero yo sabía que tenía que sentirse tan destrozada como yo. Por mucho que me doliera mirarla, a ella le debía de doler lo mismo no mirarme.

Me senté al borde de su cama, respiré hondo y me volví hacia ella.

—¿Estás bien?

—No. Pero no soy problema tuyo, Thomas. Nunca lo fui, para ser justos.

Le acaricié el collar que llevaba alrededor del cuello.

—¿Todavía lo llevas? —le pregunté, aunque ya sabía la respuesta. Algunos días, la concha estaba escondida y solo se veía un poco del cordón. Pero no había un solo día en el que hubiera visto a Vicky sin él.

Ella me había dicho aquellas palabras aquella noche y quizá yo las habría creído si hubiera sido capaz de desprenderse de aquella

estúpida concha, porque mientras lo conservara, yo seguiría pensando que una parte de ella seguía aferrada a mí.

Victoria abrió los labios, probablemente para decirme alguna tontería sobre que ni siquiera recordaba que estaba ahí. No quería escucharlo. Lo único que quería era besarla de nuevo, y así que lo hice. No importaba que ella empujara contra mi pecho. No importaba que me suplicara que no lo hiciera.

Atrapé sus labios con los míos, tensando los músculos mientras presionaba sus brazos contra la cama, impidiéndole que me apartara.

Con todo el forcejeo que hubo al principio, lo único que parecía importar al final era la forma en que se derretía en mis brazos después de resistirse. La forma en que su lengua bailaba con la mía y su corazón se estabilizaba en un ritmo peligrosamente rápido.

La presioné más, empujando su cuerpo contra el colchón.

—Déjame protegerte —le susurré contra los labios.

Ella aspiró aire con fuerza. Mi aliento. Sus largas y delicadas pestañas rozaron mi piel cuando abrió los ojos.

—Tú eres el peligro —me susurró, y aunque podía ver en sus ojos lo mucho que le dolía decir esas palabras, sabía que las creía.

No podía culparla. Después de todo, tenía razón. Yo era el peligro. Una cosa era lidiar con la ira de unas adolescentes idiotas en el instituto. Y otra muy distinta era lidiar con la ira de su familia. Aun así, me parecía injusto que ella quisiera protegerse de lo nuestro. Sabía cuáles serían las consecuencias de nuestros actos, pero precisamente por eso sabía que tendríamos cuidado de no ser descubiertos.

—¡Vicky! —Bang. Bang. Bang.

Los dos nos quedamos paralizados, con el corazón latiendo a mil por hora por una razón completamente nueva. Me deslice de la cama como el puto Speedy Gonzales, mirando hacia la ventana, pero sabiendo que no llegaría a tiempo.

Dando trompicones como un tonto, logré deslizarme debajo de la cama justo cuando la puerta de su dormitorio se abrió con un chirrido.

—¿Estás bien? —preguntó Knox.

Victoria no respondió. Probablemente tenía el corazón en un puño, igual que yo.

Ante la falta de reacción, Knox continuó:

—No puedo darles una paliza, ya que son mujeres y todo eso, pero lo pagarán.

—Puedo enfrentarme a mis propias mierdas, Knox, pero gracias —dijo Vicky, mostrando toda el carácter que pudo. No sonó extraño. Por mucho que supiera que Knox mataría por su hermana, también sabía que había muchas ocasiones en las que él quería matarla. No en el mal sentido, sino en plan hermanos.

—Victoria —insistió Knox, con evidente dolor en la voz—. No pueden tratarte así e irse de rositas.

Desde donde estaba tumbada, podía ver sus botas, negras y embarradas y... moviéndose.

Quédate junto a la puerta. Quédate junto a la puerta. Quédate junto a la puta puerta, Knox, supliqué en mi interior. Pero Knox no era de los que seguían órdenes, ni verbales ni telepáticas.

Sus pasos retumbaron conforme se acercaba a la cama de Victoria. Recé a Dios para que sus dedos gruesos no dejaran caer el teléfono que siempre tenía pegado a la palma de la mano.

Intenté no respirar, pero me costaba mucho, el pánico me hacía necesitar más aire del que normalmente necesitaba. La cama se hundió un poco más cuando Knox se sentó en el borde, y juraría que me iba a asfixiar allí abajo.

—Te agradezco que hayas venido, Knox, pero ahora prefiero estar sola, si no te importa. —Sonaba tranquila. Serena.

Una parte de mí no podía aceptar lo brillante que era bajo presión. Esa cualidad la convertiría en una excelente mentirosa. Y una excelente mentirosa podría mantener una relación sin que nadie se diera cuenta.

—Vicky —dijo Knox, y su tono de voz me indicó que no se iba a marchar—. No tenemos por qué hablar de ello si no quieres, pero creo que parte del acoso que estás sufriendo puede ser culpa mía. He sido un hermano de mierda contigo durante mucho tiempo y eso tiene que cambiar.

Estaba escuchando con demasiada atención. Me dejé llevar por las palabras de Knox como si estuvieran dirigidas a mí, porque, en cierto modo, así era. Estaba jurando proteger a la mujer que yo amaba y, por un momento, olvidé que estaba debajo de la cama y que debía permanecer inmóvil como un cadáver. Solo me di cuenta de que me había movido cuando mi cabeza chocó contra la madera maciza. No lo suficientemente fuerte como para causarme dolor, pero sí lo suficiente como para que él quisiera echar un vistazo debajo de la cama.

—¡En serio, Knox! Dijiste que no teníamos que hablar si yo no quería —siseó Victoria, y pude sentir el peso de su cuerpo mientras se recolocaba en la cama.

Apreté la mandíbula, rezando para que eso fuera suficiente para que Knox dejara de mirar debajo de la cama.

—Está bien. Está bien —dijo finalmente.

Se levantó y la cama crujió al liberarse de su peso. Me puse nervioso, seguro de que pronto oiría el martilleo de mi pecho.

Vete.

Vete.

Vete.

Vete de aquí, Knox.

No. No te des la vuelta. Bien. Sigue caminando. Sigue caminando.

Knox llegó a la puerta. Casi suspiré aliviado, pero no era tan estúpido como para delatar mi escondite justo cuando estaba a punto de pasar completamente desapercibido.

Sin embargo, cuando Knox se volvió de nuevo, estuve a punto de perder el control.

—Eres mi hermana pequeña, Vicky. Eso significa mucho para mí —dijo con voz tensa, tan llena de emoción que me asustó, porque sabía que, por mucho que Vicky estuviera sufriendo por el acoso de aquellas chicas, Knox sufría igual al saber lo que le estaban haciendo.

Entonces me di cuenta de muchas cosas. Que Vicky tenía razón. No había forma de que pudiera pasar nada entre nosotros, y no era porque Knox me necesitara. Era porque ella necesitaba que Knox

fuera el tipo de hermano que aparecía cuando importaba. Que quemaría el mundo para protegerla. No necesitaba que fuera el hermano que la odiaba un poquito por estar enamorada de su mejor amigo.

Cuando Knox salió de la habitación, no volví a besar a Vicky, aunque quería hacerlo. Tampoco me despedí. Por muy definitivo que fuera, decir adiós me parecía demasiado definitivo.

La miré por encima del hombro y le sonreí. Podría amarla desde la distancia. Podría amarla lo suficiente como para verla enamorarse de otra persona, envejecer con otra persona, cuando llegara el momento.

Podría hacerlo y podría hacer las paces con ello.

AL DÍA SIGUIENTE, en el colegio, Knox y yo ideamos un plan para darles a las chicas que habían hecho llorar a Vicky una dosis de su propia medicina. Si quieres acabar con una colmena, empiezas por la reina (en este caso, la reina de las zorras) y eso es justo lo que hicimos.

Todo el mundo sabía que Martha estaba enamorada de Knox desde sexto curso, no porque sus amigas fueran malas guardando secretos, sino porque ella lo gritaba a los cuatro vientos.

Era justo que Knox jugara con los sentimientos de Martha y la humillara en el proceso.

Se acercaba el baile de primavera. Nunca íbamos a ese tipo de chorradas, ya que el club sabía cómo organizar fiestas que nuestra escuela nunca podría igualar. Aun así, la ansiedad que todos sentían por ese estúpido baile, preguntándose si la persona que les gustaba les invitaría o si la persona a la que invitarían diría que sí, hizo que las notitas adhesivas fueran lo más popular del mes.

Knox metió una nota en la taquilla de Martha, pidiéndole que se reuniera con él en el baño. No era raro que coqueteara con Martha, que la hicera sentir especial como hacía con tantas otras chicas. Quizás eso era lo que le enfurecía tanto de cómo trataban a Vicky: el hecho de que él hubiera estado alejando a su hermana desde que eran bebés, dejando que las chicas del colegio pensaran que ella se

la sudaba, que podían insultarla y tratarla peor que a la porquería del desagüe de la ducha.

Lo del baño funcionó tan bien como con todas las chicas del club.

Habíamos recogido un montón de mierda de perro del bull terrier de Axe y, sin entrar en demasiados detalles, el resultado final de que Axe y Martha entraran en ese baño fue acabar cubierta de un montón de mierda de perro humeante.

Knox salió del baño montando un escándalo sobre cómo había ido a besarla y ella se había cagado literalmente encima. Se había reunido una multitud en el pasillo, esperando a que Martha saliera, cosa que acabo por hacer, oliendo a... bueno, oliendo a mierda.

No había forma de convencer a nadie de que Knox la había tirado encima de mierda de perro que este había estado guardando toda la mañana, así que el rumor de que se había cagado caló. Y así, Martha pasó de estar en lo más alto de la cadena alimenticia a lo más bajo. Nadie quería que lo vieran ni muerto con una chica que se había hecho caca encima.

A Victoria, sin embargo, no le pareció gracioso ni justo ni nada de eso. Aunque parezca mentira, estaba *enfadada de verdad* con Knox. Esa chica era demasiado buena para este mundo. Siempre lo ha sido.

DIEZ



THOMAS

—¿Por qué lo hizo? —Por supuesto, ya sé la respuesta a esa pregunta, pero quiero oírsela decir.

—No lo sé.

—¿Fuiste al club?

—Sí.

—¿Y todos están de puta madre con que Vicky esté muerta?

Mina niega con la cabeza.

—No les parece bien. —Hace una pausa, supongo que para traer los recuerdos a la superficie—. Crystal, Marie y Lina no querían hablar de ella. Bueno, en realidad sí lo hacían, pero no del todo. Nadie allí parece creer que él tenga nada que ver con la muerte de Victoria, Thomas.

—Entonces, ¿lo están encubriendo?

Ella abre los labios. Se traga las palabras.

—¡Contéstame, hostia!

—¡No lo sé!

—¿Y su padre?

—No lo conozco.

Camino de un lado a otro. Una vez. Dos veces. Golpeo la puerta con el puño. La pintura desconchada se desmorona y cae. Este lugar se está desmoronando, igual que mi vida.

—Explícamelo.

—¿Que te explique qué, Thomas?

Me arrodillo para ponerme a su altura en el suelo. Me acerco a su cara, temblando de ira.

—¿Por qué lo hizo? —escupo.

Sus ojos esmeralda se llenan de empatía y se ablanda. Se ablanda, joder, como si no estuviera demasiado cerca para su comodidad. Como si no estuviera todavía cuidando de una mano que yo le quemé en la olla.

Se acomoda y me apoya la mano buena en el hombro y siento que quizá yo también me estoy ablandando. Pero entonces habla y todo se va a la mierda.

—No creo que lo haya hecho —me susurra.

No me doy cuenta de que he volcado la mesa hasta que la levanto por una de las patas y la lanzo al otro lado de la habitación.

—*Sé* que lo hizo —le grito—. Lo hizo, joder. ¿Cuándo vas a creer lo monstruoso que es? ¿Cuándo vas a abrir los putos ojos y verlo, Mina?

ONCE
EL JOVEN THOMAS

Siempre supe que mis padres morirían antes de que yo llegara a la edad adulta.

Cuando no derramé ni una sola lágrima en su funeral, todos me miraron como si fuera un cabrón desalmado. Una abominación para todo lo que representaba el mundo de los moteros. La familia. La lealtad. La sangre.

Por muy duro que fuera el mundo de los moteros, cuando perdíamos a uno de los nuestros, demostrábamos lo mucho que significaba su muerte para nosotros.

Había asistido a suficientes funerales como para saber cómo se esperaba que actuara, pero no iba a montar un espectáculo para satisfacción de los demás.

Me puse la chaqueta de mi padre, la que había llevado durante más de cuarenta años y la que apenas se había separado de mis hombros desde su fallecimiento. Me quedé de pie junto a la tumba y dejé que los recuerdos me inundaran.

No era imparcial ante la muerte de mis padres. Simplemente estaba agradecido.

Mi madre y mi padre tenían más de ochenta años y yo era un chico de dieciséis que entendía demasiado de la vida. Me había criado una madre que me había llevado de la mano hasta la

independencia. Me había criado un padre que me había enseñado el respeto, el amor y a luchar por lo que creía.

Me faltaba mucho por aprender, claro. Pero, aun así, no dudaba de que saldría al mundo real más preparado que muchos hombres que me doblaban en edad y que aún podían apoyarse en sus padres.

Mi padre sufrió durante meses antes de que la muerte decidiera que no tenía otra opción. Mi madre falleció tres días después, como si este mundo no pudiera permitir que uno estuviera sin el otro. Los médicos dijeron que murió de un infarto y yo no lo dudé. Puede que fuera mayor y un poco más lenta que en años anteriores, pero estaba en plena forma hasta el final.

Me quedé huérfano, tal y como siempre supe que acabaría pasando... tarde o temprano. Los padres tan mayores como los míos no se quedan para verte graduarte en el instituto o en la universidad.

No se quedaron para ver hasta dónde llegarás en la vida, para ver si cumplirás todos tus sueños, tanto los realistas como los irrealistas. No pusieron en pausa el Hades para poder conocer a sus nietos o acompañarte al altar.

Simplemente murieron cuando eras demasiado joven, cuando tenías tanta vida por delante de la que ellos nunca podrán ser testigos.

Pero los padres no eligen criar a un hijo cuando ya están a las puertas de la muerte, a menos que tengan un corazón de oro.

Fue mi madre quien tuvo la idea de la adopción, a pesar de lo ridícula que era y de lo pocas posibilidades que había. Hizo todo lo que estaba en su mano para conseguirme. Asistió a las clases que tenía que asistir. Pagó a quien había que pagar.

A los setenta años no se supone que debas ser madre primeriza, pero mi madre tenía amor que dar y sabía con cada fibra de su ser que sería una madre excelente, y así fue.

Mi madre fue la razón por la que pude estar de pie junto a su tumba y sonreír con solemnidad mientras la bajaban a la tierra.

La razón por la que pude reír cuando el cuerpo de mi padre siguió al de ella, recordando lo jodidamente peculiar que era. El tipo

de humor que te hacía reír hasta que te dolía el estómago y te costaba respirar.

Fiel a los deseos de mi padre, y para consternación de todos los moteros que asistían, saqué el móvil mientras bajaba el ataúd y puse a todo volumen *Another One Bites the Dust* de Queen.

Con la cabeza inclinada hacia el cielo, me lo imaginé mirándome, con una amplia sonrisa en la cara y la risa brotando de sus labios al ver el horror absoluto con el que el resto de los motociclistas escuchaban la canción que no sabían que mi padre había elegido.

Había tenido una buena vida con mis padres. Una vida plena. Una vida que habría sido muy diferente si hubiera acabado en el sistema de acogida.

Mis padres me salvaron de la posibilidad de ir de un hogar a otro, de posibles abusos, de sentir que no valía nada. Ellos me eligieron. ¿Cómo podía llorar porque por fin eran libres?

Estaban en camino de reunirse con Hades y se tendrían el uno al otro tanto en la vida como en la muerte. Algún día volvería a verlos. Hasta que llegara ese día, haría todo lo que estuviera en mi mano para que se sintieran orgullosos de mí.

Retrasé mi regreso a casa después del funeral y decidí ir al restaurante favorito de mi madre. Allí pedí el pastel de melocotón y, en su honor, lo comí con cuchillo y tenedor, tal y como mi padre describía tan bien, «como una auténtica asesina en serie».

Me reí al recordar aquello y acompañé el postre con la cerveza favorita de mi padre. Un largo paseo en Harley me llevó por casi todos los arroyos y recovecos de Marno Bay.

Me había dicho a mí mismo que estaba haciendo todo esto porque quería. Porque me parecía lo correcto. En realidad, había una parte de mí que temía volver a esa casa. Al silencio. Al vacío. No estaba preparado para enfrentarme a ello.

Seguí conduciendo. Y luego un poco más. Solo volví a casa cuando mis ojos estaban demasiado cansados y apenas podía ver con claridad.

Respiré hondo, metí la llave en la cerradura y giré, descubriendo una casa que no estaba vacía en absoluto. Sentados en el sofá estaban el presidente del Nightmare MC, su esposa y su hijo.

Miré a Knox. Le sostuve la mirada. No podía descifrar la expresión de su rostro, lo que no ayudaba en absoluto a calmar el pánico que se apoderaba de mí. El hecho de que ellos estuvieran ahí y Victoria no, no me pasó desapercibido y, aunque no tenía ningún sentido, era difícil no preocuparse por si le había pasado algo.

—¿Ha muerto alguien? —pregunté. Y luego: —¿Aparte de mis padres?

La madre de Knox jugueteaba con sus dedos. Odiaba eso aún más que la forma en que todos me miraban.

Lógicamente, no tenía sentido que estuvieran sentados en mi sofá si su hija y, en el caso de Knox, su hermana, había muerto.

—Thomas —dijo la madre de Knox—. Nos gustaría que te mudaras con nosotros.

Negué con la cabeza. Era la peor idea que había oído en toda mi vida. Ella también lo pensaría si supiera cuántas noches me había dormido soñando con besar a su hija.

Se puso de pie y me abrazó con una calidez casi igual a la de mi madre.

—Eres de la familia —dijo—. Y aunque no le prometí a tu madre que te cuidaría si le pasaba algo, la oferta sigue en pie.

Miré a mi alrededor y luego me centré en el presidente. En todos los años que llevaba conociendo a Gunner, creo que nunca le había visto sonreír, pero ahora lo estaba haciendo, con sus dientecitos blancos asomando entre su poblada barba.

—Algún día serás vicepresidente de los Nightmare MC —dijo—. Es lógico que te críe como a uno más de los nuestros.

Me mataría como a un perro en cuanto oliera la atracción que sentía por su hija, pero eso es otra historia. Si decía que sí, estaría entrando en la boca del lobo. Si decía que no...

Estaba preparado para la vida. Mis padres se habían encargado de ello. Entonces, aun sabiendo todos los riesgos que entrañaba aceptar su oferta, ¿por qué me costaba tanto rechazarla?

—¿Qué pasaría con esta casa? —pregunté, porque eso también importaba. Toda mi infancia estaba ahí. Las marcas en la pared que marcaban mi estatura. Los recuerdos de mis padres estaban ahí. Una mancha de espagueti de mi madre que había salpicado la pared

cuando se le cayó por accidente la olla. No podía cerrar la puerta y permitir que otra familia se mudara y borrara todo lo que significaba para mí.

—Te la quedarías —respondió Gunner inmediatamente, con confianza—. Podrías quedarte aquí cuando quisieras, volver tantas veces como quisieras, volver a mudarte cuando estuvieras listo. La casa es tuya y siempre lo será.

—¿Puedo pensármelo una noche? —pregunté.

Knox parecía un poco decepcionado, como si esperara que el sí fuera inmediato.

Los padres de Knox se levantaron. Mary-Lynn me rodeó con los brazos y me abrazó con demasiada fuerza. Caí en sus brazos como si me hubieran cortado las piernas.

No había llorado en todo el día. Ni una sola lágrima. Pero ahora estaba a punto de hacerlo y no sabía muy bien por qué.

Gunner me dio una palmada en la espalda.

—Piénsalo todo el tiempo que necesites, hijo. Cuando estés listo, tráete la maleta. Te tenemos una habitación preparada.

Le di las gracias con la cabeza y me pregunté si se habría dado cuenta de lo mucho que me costaba mirarle a los ojos.

Knox se quedó sentado, sin decir una palabra hasta que sus padres salieron por la puerta.

—Podrías decir que no, ¿sabes? Decirles que se vayan a la mierda. Que preferimos convertir este lugar en nuestro pisito de solteros.

Me dejé caer en el sofá a su lado.

—Un pisito de solteros, ¿eh?

—Sí. Quita esa foto tuya del cole que hay en la esquina y pon una bonita foto de Pam Anderson.

—Para ti es la señorita Pamela Anderson. Es lo bastante mayor como para ser tu madre —le respondí.

—Puaj —dijo él, como si mi comentario le hubiera hecho daño.

Esta conversación explicaba por qué Knox y yo éramos mejores amigos. Las tonterías. La negativa a sacar a relucir la muerte de mis padres cuando todos los demás no podían evitarlo.

Knox sabía cuándo ser qué tipo de amigo y, en ese momento, era justo el amigo que necesitaba. Aun así, no se acercaba ni de lejos al consuelo que me daba su hermana. Una parte de mí odiaba que ella no hubiera venido.

Me preguntaba si le habían consultado lo de mudarme a su casa. Me preguntaba cómo se habría sentido.

Abrí los labios y, por un instante, pensé en preguntarle a Knox qué opinaba su hermana de que me mudara con ellos. Una parte aún más estúpida de mí pensó en decirle lo que sentía por su hermana. Al fin y al cabo, acababa de perder a mis padres. Si había un momento en el que era menos probable que me matara, era ahora. Pero aún más, si había un momento en el que tenía ganas de que me dieran una paliza... bueno, era ahora. Ningún dolor físico podía compararse con la confusión que sentía en mi interior.

En lugar de hacer el idiota, dejé que el silencio se instalara entre nosotros.

Ya sabía qué decisión iba a tomar. Por muy difícil que fuera, me iba a mudar con la familia de Knox. Me quedaría con la casa, tal y como me habían dicho su padre y su madre, y volvería aquí cuando echara de menos a mis padres, e incluso cuando no los echara de menos. Regaría las flores, cortaría el césped y me aseguraría de que el recuerdo de ellos siguiera vivo aquí. Y lo haría porque sabía que era lo que mis padres hubieran querido. Aunque me criaron para que fuera capaz de valerme por mí mismo cuando llegara el momento, no querían que tuviera que hacerlo solo.

—Me voy a mudar contigo —le dije a Knox.

No se movió. No habló. No sonrió ni se rio ni nada de eso.

Chasqueé los dedos delante de su cara, solo para asegurarme de que no fuera la tercera persona en morir en esta casa.

—¿Qué clase de nenaza sería si te abrazara ahora mismo?

Knox no esperó una respuesta. En lugar de eso, me rodeó con los brazos y, de alguna manera, consiguió abrazarme incluso más fuerte que su madre. Como si no fuéramos solo amigos, sino hermanos.

DOCE



THOMAS

Las peleas entre Mina y yo continuaban. Sin embargo, eran diferentes. Ya no utilizaba mi fuerza física, solo palabras. En algún lugar, en lo más profundo de mi mente, pensaba que ella tenía que saberlo. Que, en algún momento, tenía que haber vislumbrado lo monstruoso que era Shadow. Que había señales en la forma en que se gestionaba ahora el club. En cuanto lo admitiera, podría matarla.

O tal vez todo eran patrañas y simplemente la estaba utilizando como caja de resonancia. Haciéndole las preguntas que me había hecho a mí mismo un millón de veces. Lanzándole teorías, ideas y sentimientos como si fuera la psicóloga que ambos sabíamos que no era.

Mina era la diferencia entre el aislamiento y la cárcel. Podías odiar a tu compañero de celda, pero te volvía menos loco que hablar contigo mismo.

Voy al baño, uso el último trozo de papel higiénico, me lavo las manos y salgo con dos cosas en la cabeza.

1. ¿Sabía Gunner que Shadow era el responsable de la muerte de Victoria?
2. Necesitamos más papel higiénico.

Cierro la puerta detrás de mí y me acerco a Victoria, que está sentada en el sofá leyendo un libro que le compré.

—¡Ponte la chaqueta! —Se levanta, confundida, y coge la chaqueta, otra cosa que le compré, del perchero. Sí, a veces los secuestradores compran cosas a sus víctimas. Júzgame si quieres, pero los días se están volviendo más fríos y necesito que Mina pueda moverse y hablar, y no puede hacerlo si se muere de frío.

—¿Thomas? ¿Qué pasa?

—Se nos ha acabado el papel higiénico —explico.

Ella se resiste a moverse y rápidamente me doy cuenta de que es porque no es así como solemos salir de casa. Normalmente, yo voy detrás y ella va delante de mí, sabiendo que tengo la pistola preparada por si se atreve a hacer un movimiento en falso.

Por alguna razón, no me apetece sacar el arma. Tampoco me apetece atarla, así que se sienta en el asiento delantero, a mi lado.

Entramos juntos en la tienda con las gorras caladas. Mina se cubre la cara con el pelo y sabe que debe mantener la cabeza gacha, aunque es la primera vez que salimos juntos a la calle.

Llegamos al pasillo del papel higiénico y cogemos lo que necesitamos. Intento ser un poco considerado con Mina y busco en las descripciones de los envases algo suave.

Cuando me doy la vuelta, se me encoge el corazón. Soy estúpido. Un idiota en todos los sentidos de la palabra.

¿Dónde. Cojones. Se. Ha. Metido?

Empiezo a enfurecerme. No tengo nada que perder, salvo algún gran plan que aún no se me ha ocurrido. Si está hablando con el cajero, suplicándole que llame a la policía, le dispararé ahí mismo. Así de sencillo.

Tiro el paquete de papel higiénico sobre una caja de cervezas y me dirijo directamente a la entrada de la tienda, con el corazón latiéndome a mil por hora mientras la busco entre los pasillos. No la veo por ninguna parte. El cajero está atendiendo a otro cliente, no está llamando al 911 por Mina.

Soy tan descarado que me inclino sobre el mostrador para ver si se ha hecho un ovillo y se ha escondido a sus pies. Lo único que

consigo es que el chico me mire como si fuese un bicho raro mientras pasa el escáner por un paquete de queso.

Salgo corriendo por las puertas, sin esperar a que se abran del todo antes de colarme entre ellas.

Atravieso el aparcamiento como un loco, miro debajo de los coches, entre los arbustos. Me paso los dedos por el pelo. Estoy a punto de lanzar un puñetazo a lo primero que encuentre cuando una voz me llama.

—¿Disculpe?

Me doy la vuelta, con fuego en las venas.

—¿Busca sus llaves? —Una anciana rígida me mira fijamente, estabilizándose con una mano en su andador.

Me parece sospechosa. Muy sospechosa. La miro fijamente, tratando de entender el doble sentido. Es demasiado mayor para trabajar para The Nightmares. ¿La ha enviado la policía para distraerme? No. No. Nada de eso tiene sentido.

—Tesoro —repite—, creo que se te han caído. —Me muestra un llavero rosa con un montón de llaves colgando. No sé muy bien qué le hace pensar que son mías, pero no voy a discutírselo.

Recurro a mi experiencia en la clase de teatro y le doy las gracias con voz melosa, haciendo una pequeña reverencia, todo lo que se espera. Por supuesto, no he perdido las putas llaves. He perdido a una persona, lo que, en teoría, debería ser mucho más fácil de encontrar.

Me meto las llaves en el bolsillo trasero y vuelvo a entrar en la tienda. Mina tiene que estar en alguna parte. Al salir, le he dado tiempo suficiente para escapar por la puerta trasera o para que haya un pelotón de fusilamiento en camino.

Este no es el día que había planeado. Me da vueltas la cabeza. Tengo el estómago revuelto y creo que voy a vomitar. Pero entonces oigo su vocecita chillona detrás de mí.

—¡Mira lo que he encontrado!

Mi ira se convierte en alivio, o tal vez solo en confusión.

Me acerco lentamente, seguro de que se trata de una trampa. Hay demasiada gente cerca, así que no quiero amenazar a Mina. No estoy completamente seguro de lo que está pasando, así que me

parece un poco presuntuoso dispararle sin más. Sobre todo, porque eso significaría que tendría que disparar a más gente, ya que es muy probable que alguien vaya a intentar hacerse el héroe.

Miro el paquete de Dunkaroos que Mina tiene en la mano y la sonrisa en su cara.

—¿No es genial? —canta. Casi puedo saborear el glaseado empalagoso en mi lengua. Aparto de mi mente el recuerdo de Shadow, Mina y yo compartiendo el último paquete en su dormitorio.

—Nos vamos —le digo, sin comentar el dulce que sostiene con toda la esperanza del mundo de que no le diga que lo devuelva.

Me dirijo hacia la entrada de la tienda. En el fondo, sé que es una trampa. Ya he salido de trampas peores, así que tendré que resolver esta también, ¿no?

En la parte delantera de la tienda, cojo el papel higiénico que había escondido. El cajero lo pasa por caja y Mina se arriesga a poner los Dunkaroos en el mostrador. El cajero también los pasa por caja y no puedo evitar mirar la cara de Mina, que parece estar iluminada como el cielo un 4 de julio.

—Alguien ha perdido las llaves —le digo al cajero, entregándole el llavero rosa y esponjoso que me había dado la anciana.

Él lo coge y lo tira a una caja marcada como «objetos perdidos» a su derecha.

Cuando Mina y yo volvemos al coche, no le echo la bronca por haber desaparecido en la tienda. Aunque sigo enfadado. Sigo furioso por dentro.

Cuando entramos por la puerta principal del lugar donde nos hemos alojado las dos últimas noches, es la primera vez que abro la boca desde que salimos de la tienda de ultramarinos.

—Desnúdate —le ordeno.

Los ojos de Mina se abren como platos.

—¿Perdón?

—Quítate la puta ropa.

—No... No estoy segura de....

—No has olvidado cómo se habla de la noche a la mañana, Mina. Has oído lo que he dicho. Quítate la puta ropa.

A regañadientes, Mina empieza a quitarse la chaqueta y, aún más a regañadientes, la camiseta. El instinto me dice que aparte la mirada, pero necesito saber que no está intentando engañarme. Que no ha pedido prestado un teléfono ni ha robado uno.

No voy a ser el idiota que *confía* en su víctima, solo para que ella llame a su novio en mitad de la noche.

Los pechos de Mina aparecen ante mi vista, mucho más llenos de lo que aparentan bajo la chaqueta y la camiseta desaliñadas que lleva puestas. La polla se agita me en los pantalones y hago todo lo posible por recordarme a mí mismo que ella no es mía para follarla, tocarla o desearla. He tenido un único amor y la he perdido dos veces. No hay lujuria en la guerra.

Mina se desabrocha los pantalones y también se los quita. Luego se gira para desabrocharse el sujetador y yo corro hacia ella, intentando que se lo vuelva a poner.

—Ya basta —empiezo a darme cuenta.

—Querías que me desnudara, me estoy desnudando. —Ella me empuja y pierdo el equilibrio, cayendo de culo, aunque el empujón no ha sido tan fuerte.

Rápidamente intento levantarme a tiempo para que ella detenga esta locura, pero ya está de pie a mi lado, desnuda como el día en que nació. Sus ojos están enfadados, pero no está llorando. Al menos, no por fuera. Sin embargo, su pecho tiembla y las tetas le rebotan, y la firmeza de sus pezones y la carne de sus muslos y el hecho de que no esté gorda ni delgada, pero tenga esa pequeña barriguita a la que puedes agarrarte y...

—¿Qué sigue? —me sisea—. ¿Quieres que me tumbe y me abra de piernas para ti? ¿Quieres que gima cuando me folles o prefieres que no haga ruido?

La miro como si hubiera perdido la cabeza. Y tal vez sea así.

—No voy a violarte —me oigo susurrar.

Recojo su ropa y se la pongo en brazos. Mis labios se separan como si quisieran decir algo, pero mi cerebro aún no ha encontrado las palabras adecuadas.

Paso a paso, lentamente, se acerca a mí. Sigue desnuda. Sigue temblando.

—¿Por qué no me matas de una vez, Thomas?

—No voy a… —empiezo a decir, pero ella me interrumpe.

—Sí, vas a hacerlo —grita, con mucha emoción detrás de sus palabras—. Knox fue un cabrón contigo. *Crees* que mató a su hermana y que la venganza es verme metida en un pozo más profundo del que me molestaría en salir.

—¡Lo *sé!* —la corrijo—. *Sé* que él mató a Victoria.

—Y yo soy tu venganza. Así que adelante, hazlo.... —Se abalanza sobre mí y su mano entra en contacto con mi pistola. La empujo y ella tropieza hacia atrás, pero enseguida recupera el equilibrio—. Dispárame, Thomas. Hazlo. No seas gallina. ¡*Dispárame*!

—¡Vuelve a ponerte la puta ropa! —le grito y empiezo a dar media vuelta.

—Gallina. Nenaza. Puto acojonado....

La tengo agarrada por el cuello antes incluso de darme cuenta de que me he movido. Ella contrataca, enseñándome los dientes como un puto animal, y yo también le enseño los míos.

—El cabrón de tu novio me arrebató a mi mujer. Tres balas en el pecho y una en la cabeza. Así que sí, tienes razón —escupo—, voy a matarte. Te arrancaré todas las extremidades del cuerpo si eso es lo que creo que más le dolerá.

Mina se relaja entre mis brazos y todo su comportamiento cambia. La ira. La expresión de su rostro. Los hombros encorvados que ahora se han enderezado.

Me toca la mejilla con la mano y yo la aparto. No voy a llorar, joder. Yo no lloro, coño. Las lágrimas no arreglan nada.

Siento cómo se me tensa la mandíbula, los recuerdos de la escena con la que me topé destellan ante mis ojos y se quedan ahí.

La rabia, roja como el carmesí, arde en mis venas. Suelto a Mina y saco el llavero roto de mi bolsillo.

—¿Esto te resulta familiar?

Mina me lo quita de los dedos y acaricia con los suyos el llavero con forma de corona.

—Se lo di yo —susurra, y sé que está reviviendo todos esos putos recuerdos, igual que hizo con los Dunkaroos.

Yo estaba con ella cuando compró el llavero. Era el día antes de San Valentín. Quería comprarle a Shadow algo que necesitara y los dos estábamos hasta el moño de tener que buscar su llave por todo el campus cada dos días. Era típico de Shadow echarlas con la ropa sucia o dejarlas en bancos, debajo de los árboles o en cualquier sitio donde no le sirvieran para nada.

Mina pensó que, si había algo suyo atado a las llaves, él sería menos propenso a perderlas. La corona era una tontería cursi y no tan privada entre ellos. Él la llamaba su reina. Ella odiaba la realeza y esto era lo más cerca que estaría de llamarlo su rey.

Los ojos de Mina se posan en los míos.

Se produce una larga y angustiosa pausa entre los dos.

Cuando sus labios se separan, le tiemblan.

—Thomas —susurra—. Tiene sangre.

—La sangre de Victoria —respondo—. También había trozos de su cerebro o de su corazón, o Dios sabe qué. El cabrón de tu novio la derramó en la habitación cuando la asesinó. Así que sí, entre saber cuál era su vendetta contra Vicky y encontrar eso, tengo mi prueba.

TRECE
EL JOVEN THOMAS

—Si vas a ser un alcohólico, seguramente deberías decirle a Knox que empiece a buscarse otro vicepresidente.

Knox y yo estábamos muy lejos de hacernos con el control del club. Pero los restos de barba que habían empezado a crecer en nuestras caras y los músculos que habíamos conseguido gracias a las horas que pasábamos en el gimnasio recordaban a todo el mundo que estábamos mucho más cerca de la edad adulta que los mocosos que solían causar problemas en el club.

Miré a Axe por encima del borde de mi cubata. Hoy había sido otro de esos días en los que ansiaba algo que sabía que no podía tener: la compañía de Victoria. El oído de Victoria. La forma en que ella sabía exactamente lo que estaba pasando y me abrazaba hasta que mis preocupaciones parecían ser un poco menos.

—¿Cómo está tu viejo? —preguntó Axe, y yo quise matarlo porque cuanto más tiempo pasaba con él, que era vergonzosamente a menudo, más empezaba a entenderme de una manera que solo Victoria podía.

—¿Sabes lo que dice la gente de ti?

Axe arqueó una ceja, y el tatuaje en forma de cruz que tenía sobre el ojo se elevó hasta donde antes estaba la línea del cabello.

—Que no puedes hablar porque el cártel te cortó la lengua. —Axe se rio tan fuerte que resopló. A mí no me hizo gracia.

—Y te preguntas por qué coño hablo contigo y apenas le digo una palabra a nadie más. —Ahí está, leyendo mis putos pensamientos otra vez.

Me bebí la copa de un trago, chupé el cubito de hielo que se me había metido accidentalmente en la boca y lo escupí en el vaso.

—No —dije—. Solo me pregunto si, cuando sea vicepresidente, debería hacer caso a los rumores y cortarte yo mismo la puta lengua.

Axe se abrazó a sí mismo y se estremeció, burlándose de mí. Cuando empujé el banco hacia atrás y me dispuse a levantarme, me encontré cara a cara con Axe. Empujé contra él con todo mi peso, pero el hombre era como una puta roca. No había forma de moverlo hasta que él quisiera, así que esperé, con el rostro torcido en el más feo de los gestos.

Axe dio un pequeño paso atrás y, antes de que me diera cuenta, había abierto su navaja, que brillaba bajo las tenues luces del bar.

—¿Por qué esperar a ser vicepresidente?

Empujó el cuchillo en mi dirección, desafiándome a que lo cogiera. Estaba de un humor de mierda, pero no era completamente estúpido. Ese cabrón tenía la habilidad necesaria para destriparme antes de que yo intentara siquiera quitarle el cuchillo de la mano. Fui tan tonto como un arado por lanzarle esa amenaza a ciegas.

—Ya no eres tan duro, ¿eh? —Volvió a cerrar la navaja y se la guardó en la cintura de los pantalones—. Ahora siéntate, coño.

Llámame cobardica, nenaza o lo que quieras, pero volví a sentar el culo en el banco del que me había levantado.

—Bebes demasiado —dijo Axe.

—Tú eres el que me sirve las bebidas, así que la mitad de la culpa es tuya.

—Beberías aún más si no fuera yo quien te las sirviera —replicó, y no le faltaba razón. O venía aquí o me ponía a beber directamente de la botella. Al menos Axe acompañaba mis borracheras con cantidades industriales de Coca-Cola.

—¿Y a ti qué te importa?

—Me caen bien tus padres —dijo—. No les gustará saber que pasas las primeras horas de la mañana intentando ahogar tus penas en alcohol. Sabes que puedes hablar con ellos, ¿verdad? Tu padre y tu madre son los que mejor te escuchan de este club.

—Hasta el apuntador sabe que mi padre está batallando con la muerte —le espeté. Ni siquiera era que temiera la muerte de mi padre, era el acto de morir lo que me afectaba. Ver al hombre que me había criado marchitarse ante mis ojos me daba ganas de arrancarme la piel.

Por supuesto, por mucho que Axe quisiera aparentar ser un ermitaño, la noticia no le sorprendió. Al fin y al cabo, había empezado él la conversación preguntándome por mi viejo.

—Es obvio que necesitas a alguien con quien hablar y, al parecer, yo soy un desastre en eso. Quizás deberías dejar de evitar a Victoria y hablar con ella. —La sugerencia me hizo soltar una risa burlona.

—Te amenazo con cortarte la lengua y tú me das un consejo que seguro que me mata. No sé si eso es sádico o sádico.

—O mueres a manos de Gunner o te emborrachas hasta morir. De una forma u otra, muerto estás.

—Das los peores consejos del mundo. —Intenté volver a ponerme de pie.

Esta vez, no sacó la navaja, sino que me dejó mucho espacio para pasar.

—Thomas —me llamó cuando estaba a punto de salir por las puertas del granero—, yo amé a una chica que no pude tener, créeme cuando te digo que sé de lo que hablo. En cuanto a Victoria, sí, su padre se enfadará. Su hermano también te odiará durante un tiempo. Pero la verdad es que verán a todos los demás capullos con los que podría acabar y se darán cuenta de que, al fin y al cabo, tú no eres tan mala opción.

Yo seguía de mal humor, así que, en lugar de dejar que sus palabras calaran en mí, extraí la parte más innecesaria de su pequeño discurso y la utilicé.

—¿Ella también te amaba?

Ahora había vuelto a ser el Axe silencioso, dándome la espalda mientras limpiaba la mesa en la que había estado sentado.

Empecé a decirme a mí mismo que me gustaba más así, pero cuando estaba a mitad del recinto, deseé haberme quedado. Axe me había hablado. Se había abierto ante mí. Y no olvidemos la vez que me salvó de una paliza de un grupo de moteros enfadados por darle un puñetazo en la boca a uno de los suyos.

Como soy un gilipollas, se lo eché en cara.

Pensé en dar media vuelta, pero era demasiado cobarde para disculparme. En lugar de irme a casa, me encontré caminando en dirección a la casa de Victoria. No iba a llamar a su puto timbre a las tres de la madrugada. Tampoco iba a llamar a su ventana. Pero estar cerca de ella tenía un algo que, aunque nos separara una pared, me hacía sentir que era justo lo que necesitaba.

Me senté allí, fuera de la ventana de la mujer a la que amaba sin poder amar, y me pregunté muchas cosas. Sobre cómo sería el futuro. Sobre mi padre y su dolor, y por qué seguía aferrándose a este mundo a pesar de lo mucho que le dolía. Cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta de que Axe tenía razón. El amor no significaba dejar ir, significaba aferrarse a pesar de lo difícil que fuera. Mi padre no se aferraba a la vida, se aferraba a mi madre, temeroso de estar sin ella.

Me puse de pie, eché un vistazo a la ventana de Victoria y me pregunté si debía llamar. Con todas las conclusiones a las que había llegado esa noche, seguía sin atreverme a despertarla, a aceptar las verdades que Axe intentaba decirme. Ojalá le hubiera preguntado más cosas. Por ejemplo, qué le había pasado a la chica que amaba. ¿Cuánto había luchado por ella? ¿Cuánto había tardado en dejarla marchar? ¿En qué se diferenciaban sus circunstancias de las mías con Victoria?

CATORCE



SHADOW

Shadow

Llevo dos semanas en la carretera. Buscando y buscando, y acabando con las manos más vacías que el fondo de un barril.

Thomas es un fantasma, pero no del modo en yo quiero que sea. Pero voy a cambiar eso. Llevamos mucho tiempo conduciendo, prometiendo una buena suma de dinero a cualquiera que lo vea a él o a su furgoneta. Empleados de gasolineras, personal de moteles, trabajadores de tiendas de comestibles, lo que sea. Hemos recorrido mucho terreno y recorreremos más.

—¿Estás despierto? —pregunta Runner.

Me incorporo en la cama y enciendo la lámpara para ver que él tampoco parece haber descansado mucho.

En comparación con las últimas habitaciones de motel en las que hemos estado, esta es un sueño. No hay manchas desagradables en las sábanas y la almohada parece más una roca que un montón de queso.

El sofá cama en el que duerme Runner tampoco está nada mal. Aun así, el sueño parece empeñado en evitarnos a los dos.

—Jenna me ha escrito —dice Runner.

Arqueo una ceja.

—¿Eso es lo que te tiene despierto?

No reacciona a mi pregunta, sino que sigue con lo suyo.

—Dice que tu padre está furioso. Que quizá deberíamos volver.

Suelto una risa molesta.

—Esa me parece una buena razón para *no* volver, en mi opinión.

No hablamos durante un rato. Runner sale de la habitación para vaciar la vejiga y yo reviso mi móvil en busca de algún mensaje que pueda ayudarme.

Se oye la cisterna y, un segundo después, se abre la puerta. En lugar de entrar en el dormitorio, Runner se queda en el umbral del baño, con una mano apoyada en la parte superior.

—¿Puedo preguntarte algo?

Esta mañana está muy hablador. Aunque no le sigo el rollo extrovertido, no le corto.

—Dispara.

Niega con la cabeza, pero no se mueve del sitio.

—¿Sabes qué?, no importa.

—Y una mierda. Si tienes algo que decir, adelante, dilo.

Runner juguetea con el bajo de su camiseta antes de volver a mirarme.

—Vicky y Thomas han estado juntos desde que eran niños, ¿verdad?

De todos los lugares en los que pensé que podría ir esta conversación, este no era uno de ellos.

—Sí.

—¿Por qué lo hizo?

Aprieto la mandíbula.

—¿Hacer qué? ¿Salir con mi hermana o matarla?

Cuando la nuez de Runner se mueve en su garganta, sé que el tono de mi voz le ha hecho arrepentirse de haber hecho la pregunta.

Nunca he sido una persona desagradecida, así que lo último que voy a hacer es pegarle al hombre que me ha apoyado por hacer una pregunta legítima.

—No lo sé —respondo con sinceridad.

Puedo ver cómo le da vueltas en la cabeza. Empieza a moverse hasta que se detiene al pie de mi cama.

—Yo tampoco. Pero tuvo que ser algo gordo, ¿no? Quiero decir, las peleas en el club son muy ruidosas y se extienden como la pólvora. Las chicas del club son unas cotillas y los hombres nunca pueden ocultar su estado de ánimo cuando se han peleado con sus mujeres.

—Nunca se peleaban —respondo, una vez más, con sinceridad—. Quizá eso sea parte del problema. No lo sé, joder. Pero Thomas se volvió loco. Debería haberlo visto venir, supongo. Debería haber sabido que ese cabrón era un psicópata. No se puede estar tan tranquilo, calmado y sereno todo el tiempo. No es normal. *Él* no es normal.

—No lloró en el funeral de su padre —añade Runner.

—Ni en el de su madre —añado.

—El tío era una bomba de relojería. Demasiado tranquilo para todo lo que había pasado. Así que, no sé. Supongo que me pregunto qué coño le hizo estallar.

—Ella no le engañó, si es por ahí por dónde vas. Vick no era así.

Runner niega con la cabeza. Cuando le miro a la cara, sé que esa era la última suposición que se le había pasado por la cabeza. Menos mal, porque eso podría haber marcado la diferencia entre que le diera una paliza o no.

—Debió de ser algo más grave que eso —dice Runner—. Mucho más grave.

—O tan simple como que no lavara la ropa o metiera un calcetín negro con la ropa blanca —digo yo.

Eso es una de las cosas que más me molesta de la muerte de Vicky, el hecho de que haya tantas preguntas sin respuesta. O quizá las haya y eso sea aún peor. No digo que fuera más fácil saber que Thomas la mató porque ella le engañó o porque era un cabrón violento, pero al menos esas son razones.

El recuerdo del cuerpo de Victoria en el suelo de su dormitorio... Imaginármela mirando a Thomas mientras él le apuntaba con la pistola, suplicándole, con una confusión total en los ojos...

Pensar en lo que ese cabrón le hará a Mina... Tengo que irme. Tengo que salir de aquí.

Agarro las llaves con fuerza, apretándolas demasiado. Enfadado con las llaves por haber perdido la cadena que las unía. El llavero con la corona era una de las últimas cosas que me quedaban de Mina cuando nos separamos y ahora incluso eso se ha perdido.

—Deberíamos volver a la carretera —le digo a Runner.

Él se mueve para coger sus zapatos, sin oponerse a la idea.

De todos modos, no es que pueda dormir. Y dudo mucho que Axe, Tanker y Rodex estén disfrutando de dulces sueños.

QUINCE
EL JOVEN THOMAS

La casa estaba vacía. Una de las hermanas de Mary-Lynn estaba celebrando una fiesta de cumpleaños en un pueblo a tres de distancia.

Gunner no solía ir a este tipo de cosas, pero había cierta tensión entre ellos y supuse que estaba tratando de salir del apuro.

Era interesante ver cómo funcionaba su relación, lo diferente que era como marido que como presidente del Nightmare MC. Lo diferente que era de mis padres.

A veces, al observarlos, me preguntaba qué tipo de relación tendría yo en el futuro.

¿Me conformaría con no llegar nunca a donde habían llegado mis padres, pero vivir el resto de mis días como Gunner y Mary-Lynn, en una mezcla entre la aceptación y la felicidad? Sin embargo, su felicidad no era tan efusiva y sentimental como la de mis padres. Había momentos en los que Mary-Lynn miraba a Gunner como si todavía estuviera tratando de entender las cosas, preguntándose si eso era todo. Si eso era todo lo que iba a tener en esta vida.

Lo entendía, supongo. No había besos de despedida ni «te quiero» cuando él volvía a casa después de un viaje. A veces, Gunner le daba una palmadita en el culo. A veces la levantaba y la sentaba en la encimera de la cocina, empujando su cuerpo contra el

de ella mientras le prometía todo tipo de cosas que nos hacían sentir vergüenza a los niños.

Y a veces, como la semana pasada, Gunner dormía en el sofá.

Llegué a la conclusión de que estaba acompañando a la familia a la casa de la hermana de Mary-Lynn para salir de la caseta del perro, por lo que fue fácil de deducir. En cuanto a mí, me invitaron, pero después de la noche que Knox y yo habíamos pasado, jugando al billar y ahogándonos en alcohol, ni siquiera Dios mismo podría sacarme de esa casa.

Ajusté la almohada bajo la cabeza, a punto de cerrar los ojos y disfrutar de un par de horas más de sueño, cuando me invadió una sensación incómoda que no tenía nada que ver con el martilleo entre mis ojos.

Abrí los ojos con dificultad y los volví a cerrar. La sensación se convirtió en un sonido y luego en un olor. Como... como... a beicon. El olor acre solo podía provenir de alguien que lo estuviera cocinando al pie de mi cama.

Olfateé el aire. No era solo beicon. Era beicon *quemado*.

¡Mierda! ¿Se habían dejado el fogón encendido?

Mis pies tocaron el suelo y tuve que apoyarme en el armario para evitar que el mareo me hiciera caer al suelo.

Me gustaría decir que tenía lo de darle a la botella bajo control. Hacía tiempo que había dejado de salir por las noches con Axe al bar, preguntándome por qué mis copas se volvían más flojas cuanto más avanzaba la noche. Aunque no eran frecuentes, esas salidas con Shadow seguramente tenían más impacto en mi hígado que las copas que solía tomar con Axe.

Cuando la cabeza me dejó de dar vueltas y las estrellas dejaron de bailar ante mis ojos, intenté caminar, entrecerrando los ojos contra la luz del sol mientras abría la puerta de mi cuarto.

Poco a poco, el olor se hizo más fuerte y me alegré de no haberlo ignorado. Dios sabe que era solo cuestión de tiempo que toda la casa se incendiara.

Doblé la esquina y estaba a punto de entrar en la cocina cuando me llevé el susto de mi vida.

—Perdona, yo… —dijo una voz.

El instinto me dijo que empezara a liarme puñetazos. La lógica me dijo que abriera un poco más los ojos antes de causar ningún daño.

—¿Vicky? ¿Qué demonios haces todavía aquí?

Había oído alejarse la camioneta, así que sabía sin lugar a dudas que los demás se habían ido.

—Oficialmente, tengo la regla. —Empuja un vaso de zumo de naranja en mi dirección.

—¿Y extraoficialmente?

Sonrió y sentí que se me encogía el corazón.

—Extraoficialmente, intentaba prepararte el desayuno. —Vicky se puso de puntillas para darme un beso en la sien—. Y recalco lo de intentar. Déjame traerte una aspirina antes de que te termines eso.

Después de la aspirina vino el desayuno. Se había esforzado mucho preparando huevos, tortitas y zumo de naranja recién exprimido. Técnicamente también había beicon, pero como se le había olvidado en el fogón y casi incendia toda la casa, acabó en la basura.

Nos sentamos a la mesa del comedor, con toda la comida extendida en el centro. Estábamos en la casa de su familia. No había carta que leer, ni camarera que tomara nota, ni cuenta que tuviera que pagar después, pero parecía una cita. Nuestra primera cita.

Entre sorbos de zumo de naranja y bocados de tortitas, jugábamos con los pies bajo la mesa y hablábamos y reíamos y sonreíamos hasta que se nos cansó la boca y se nos llenó el estómago, y las mariposas bailaban tan felices tanto en mi corazón como en mi estómago.

Deseé que pudiéramos estar así más a menudo. Pasando el rato en casa, sin tener que fingir ni contar estos momentos robados, sabiendo que podría ser la última vez.

Era mediodía cuando me metí en la ducha, con Victoria sentada en la alfombrilla, de espaldas a mí, mientras me lavaba los pecados de la noche anterior.

—Mi padre te quiere —dijo Victoria, completamente de improviso.

—Me querría un poco menos si supiera lo que hacemos cuando él no está.

—¿De verdad? ¿No crees que a lo mejor lo aceptaría? Te conoce desde hace tanto tiempo como a su propio hijo. Te quiere casi tanto como a él. ¿No crees que, si tuviera que elegir a un hombre para que pasara el resto de mi vida conmigo, serías tú?

Entendía su lógica, pero no tenía en cuenta el hecho de que los padres moteros no usaban la lógica cuando pensaban en sus que hijas pequeñas crezcan.

Me lavé el champú del pelo, alargué una mano fuera de la ducha y me sequé con la toalla que Vicky me había puesto en la palma. Me envolví la toalla alrededor de la cintura y salí.

—¿Puedo hacerte una pregunta y me prometes que me responderás con sinceridad?

Victoria asintió con la cabeza.

—¿Qué crees que le pasó a Cap?

Bajó la cabeza ligeramente.

—No creerás que es culpa mía que haya muerto, ¿verdad?

—Por supuesto que no —respondí rápidamente, y era la verdad.

Cap fue un idiota por acercarse a Vicky en primer lugar, por intentar ligar con la hija del presidente mientras era un visitante en sus tierras.

—Si acaso —añadí—, hubo muchas noches en las que pensé que quizá era culpa mía. La pelea entre él y yo podría haber sido lo que desencadenó todo. No lo sé.

—Quieres la verdad.

—Siempre.

—Creo que quizá mi padre se encargó de él. Pero estoy bastante segura de que tuvo más que ver con los rumores que empezó a difundir sobre el club que cualquier otra cosa.

—Pero no lo sabes con certeza....

—*No* puedo saberlo con certeza.

—Igual que tú no puedes saber con certeza que tu padre nos aceptaría. Que tu padre no lo vería como la traición definitiva por parte de un chico al que le abrió las puertas de su casa.

Ella suspiró, entendiendo mi punto de vista, aunque sin aceptarlo del todo.

—Odio que los adultos crean que lo saben todo cuando la mitad de las veces se les da peor que a nosotros manejar la vida. Mira a mis padres. ¿Cuánto tiempo lleva papá durmiendo en el sofá?

—Una semana —dije.

Ella asintió.

—A veces me pregunto por qué no lo deja y se olvida de él.

—La gente se pelea, Vicky. No tiene nada de malo.

Ella se cubrió la cara con las manos. Cuando finalmente las bajó, estaba roja y cubierta de lágrimas.

—Sí, pero no todo el mundo pega a su mujer.

IGNORANTE, eso es lo que era. O tal vez simplemente estaba ciego.

Solo tardé una semana en darme cuenta del maltrato del que hablaba Victoria. Los moratones que se adivinaban bajo el maquillaje de ojos. Las mangas largas en un tiempo tan caluroso, y encima un jersey de cuello alto.

Lo que pasaba en casa de Gunner quizá no era asunto mío, pero yo lo sentía como si lo fuera. No podía enfrentarme a ese hombre, sabiendo que tenía a toda la banda detrás, dispuesta a destrozarme.

Tampoco podía llamar a la policía. En este pueblo perdido, no había ni un solo policía que no estuviera a sueldo.

Pensé en hablar con Knox, pero si Victoria nunca había presenciado los abusos, dudaba que Knox estuviera al tanto.

Gunner, empezaba a darme cuenta, era el tipo de hombre que estrangulaba a su mujer y dos segundos después se sentaba a la mesa del desayuno con una sonrisa en la cara.

En cuanto a Mary-Lynn, era fuerte en muchos sentidos, podía dar una paliza a casi todas las mujeres de la finca, pero no era rival para su marido. Tampoco tenía ninguna salida. Quería demasiado a sus hijos como para huir. Quería demasiado al club como para abandonarlo.

Me acerqué a Mary-Lynn en la encimera de la cocina y le quité el estropajo de las manos.

—Esos huevos te han quedado de rechupete —le dije—, déjame a mí fregar los platos.

Casi podía sentir la mirada de Gunner clavándose en mi espalda, pero no me importaba.

—Eres un lameculos —me gritó Knox. Estaba sentado a la mesa del comedor, mirando las redes sociales, probablemente dándole me gusta a todo tipo de fotos inapropiadas.

Realmente no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

Mary-Lynn parecía agradecida por mi oferta, a juzgar por la media sonrisa que se dibujó en su rostro, aunque había algo en ella que también parecía incómodo.

Me pregunté por un momento si le había hecho una injusticia. Quizás los platos le permitían evitar a su marido y ahora yo había asumido esa tarea mundana.

—Gunner —dije, esforzándome por pensar en algo que lo mantuviera alejado de su esposa el mayor tiempo posible. Tenía una reunión al mediodía, eso lo sabía porque Shadow y yo debíamos asistir.

—Hijo —dijo. Había empezado a llamarme así recientemente. Ahora, sabiendo lo que sabía, odiaba el sonido de esa palabra saliendo de sus labios. No se parecía en nada a mi padre. No era un hombre de verdad, como yo creía que era.

—¿Te importa si hablamos cuando terminemos aquí?

—¿Hablar? —dijo Knox—. ¿Con mi padre?

—Sí, todavía hay algunas cosas relacionadas con el testamento de mis padres que no he podido resolver. Algunas cosas que no me importaría donar al club, por ejemplo.

—Sí. Claro. Por supuesto. —Gunner se enderezó un poco.

Odiaba tener que usar el nombre de mis padres para algo así, pero sabía que, si me estuvieran mirando desde arriba, lo entenderían, incluso querrían que lo hiciera. Ni una sola vez había oído a mi padre levantarle la voz a mi madre. Ni una sola vez se había atrevido a ponerle la mano encima, y ahí estaba yo, viviendo

en la misma casa que un hombre que había hecho precisamente eso.

Miré a Mary-Lynn y vi la vergüenza reflejada en su cara. Ella sabía que yo lo sabía, lo que significaba que sabía que estaba de su lado. Sin embargo, no quería que yo tuviera que estar de su lado. No quería que percibiera ni siquiera la oscuridad que se cernía sobre esta casa.

Quería decirle que lo sentía, pero lo pensé mejor y aparté la mirada. Enjaboné los platos con tanta agresividad que es un milagro que no se rompieran en mis manos.

Esa misma ira oculta me acompañó a la reunión con Gunner. No sabía de qué hablar. No estaba preparado para desprenderme de las pertenencias de mis padres y Gunner lo notó. Al final de nuestra breve charla, me dio una palmadita en la espalda, como hacen los hombres que no pegan a sus mujeres, y me dijo que me tomara todo el tiempo que necesitara. Que no había prisa.

Seguía odiándolo.

También me odiaba un poco a mí mismo.

MÁS TARDE, esa noche, cuando Victoria se coló en mi habitación, le saqué el tema de su madre. Quería saberlo todo. Con qué frecuencia ocurría. Hasta qué extremos había llegado. Si Knox lo sabía. Si Gunner le había puesto alguna vez a ella la mano encima.

—Una vez ya es demasiado —dijo—. El hecho de que haya pasado más veces es repugnante. —En cuanto a Knox, no tenía ni idea. Y no, Gunner nunca había tocado a Victoria. Apenas le había levantado la voz. Pero eso no mejoraba las cosas. Mary-Lynn estaba sufriendo y, en consecuencia, Victoria también.

No sabía cómo detener el abuso, pero pasaba el tiempo en esa casa asegurándome de interponerme entre ellos tanto como podía.

Si Gunner parecía estar de mal humor, entablaba conversación con él, con la esperanza de que descargara su ira conmigo. Desayunaba todos los días. Me despertaba en cuanto oía los primeros pasos en la casa.

Pasaron los meses sin que yo viera ningún moratón en el cuerpo de Mary-Lynn. No sé si mis esfuerzos tuvieron algo que ver con que Gunner dejara las manos quietas, pero pronto, como suelen hacer los niños, se olvidaron de todo aquello. Lo dejaron en un rincón de su mente. Se centraron en sus hormonas, en sus horribles cambios de humor y en las novias con las que no debían salir.

No puedo decir que no viera las señales de advertencia del futuro. Las veía claras y nítidas. Pero, al igual que todos los demás se vieron envueltos en sus vidas, yo también me vi envuelta en la mía.

DIECISÉIS



MINA

Doy una vuelta para ver cómo me queda el vestido en el espejo. El tiempo está mejorando y los estampados florales son justo lo que necesito para levantarme el ánimo.

Remato mi *look* con un poco de rímel y un toque de pintalabios, cortesía de una parada nocturna en la droguería. Habíamos ido a comprar vaselina para mi quemadura. Se está curando muy bien, tanto que apenas me duele cuando la toco con la mano.

La cicatriz, sin embargo, parece que va a quedarse para siempre. Aparte de eso, estoy mejor que en mucho tiempo.

No es que quiera acostumbrarme a esto, es que tengo que hacerlo. Mi realidad es diferente ahora. Mi realidad está ahora en manos de Thomas.

—Sal y déjame ver —me dice.

Por múltiples razones, se dibuja una sonrisa en mi cara. Estaba muy emocionado cuando compró el vestido. Supongo que tiene algo que ver con el hecho de que solo me ha visto con la bata y las camisetas y vaqueros que ha conseguido en Goodwill. Nunca me quedan bien. Los pantalones siempre me quedan demasiado holgados o ajustados, y las camisetas son tan grandes que me darían para dos.

No sé por qué me siento nerviosa al poner la mano en el pomo de la puerta y girarlo para abrirla. Esta sensación es nueva. ¿Quizás

tengo miedo de que a Thomas no le guste lo que ve?

Sea como sea, me siento como una niña a punto de subir al escenario delante de toda su familia y amigos, aterrorizada por haber olvidado el guion.

—Me miras de forma rara —digo sonrojándome y apartando la mirada.

Thomas me coge del brazo y me obliga a volver a mirarle.

—No. No. Estás bien. Estás guapa.

—Entonces, ¿a qué viene esa sonrisa?

Se rasca la cabeza.

—Es solo que es raro.

Vuelvo a coger el pomo de la puerta una y otra vez, pero su mano se posa en mi brazo.

—No en el mal sentido —insiste—. Es solo que nunca habrías llevado algo así en el instituto.

Le gusta hablar del instituto. Supongo que los recuerdos son mejores para él que para mí. En el instituto conocí a Knox, pero también fue en esa época cuando me rompieron el corazón y perdí a mi abuela. Donde me sentí más querida, pero también más sola.

Thomas, sin embargo, parecía haber disfrutado cada minuto. Era el lugar donde podía ser él mismo sin riesgo de que alguien lo pillara y sin que Victoria se acercara demasiado para su comodidad.

—No me lo habría puesto —admito—. El instituto era todo negro, negro, negro y mucho delineador de ojos.

—No era tan malo. Sí, ibas muy a lo *grunge*, pero no es que fueras emo.

—Era superemo. —Más de lo que él podía imaginar, la verdad.

Antes de que me enviaran al internado, pasaba semanas sin que mi pelo entrara en contacto con una sola molécula de agua, con una sudadera con capucha sobre la cabeza y maquillaje a juego con mi estado de ánimo.

Thomas no había visto aquellos días en los que pasaba más tiempo estudiando medicina que álgebra. Cuando estaba convencida de que a los médicos simplemente les importaba un comino salvar a mi abuela.

Soñaba con abrirle el cerebro en la cocina y usar un tenedor para arrancar las partes que estaban rotas.

Huelga decir que nunca llegué tan lejos. Aun así, al final, murió de todos modos.

—Me gustas más así —afirma Thomas.

—¿Quieres ver cuánto te gusto con el pelo negro?

Anoche compramos tinte. Si íbamos a ser fugitivos, no podíamos permitir que nos reconocieran fácilmente. El pelo negro habría encajado perfectamente con mi etapa emo y, por mucho que no pueda imaginarlo en esta etapa de mi vida, sé que no tengo otra opción, así que acepto la idea.

Thomas se rasca la barbilla.

Me encojo de hombros.

—¿Qué? Solo es echar un poco de líquido en un cuenco y mezclarlo.

—Quizá no deberíamos meternos con tu pelo esta noche —dice.

—Será divertido —insisto.

—Creo que te arrepentirás.

Arrepentirme. Ese es un tema del que podría hablar todo el día.

—Vale —cedo.

—¿Quizás rubia?

—Nunca podrías ser rubia.

Le doy un golpe en el brazo.

—Sé de buena tinta que ese estereotipo es una tontería. Además, aunque no lo fuera, el pelo rubio no me convertiría automáticamente en una cabeza hueca.

—No, pero imagínate el pelo rubio y las cejas pelirrojas. —Se estremece visiblemente.

—Entendido —accedo—. Y aunque te confiaría teñirme el pelo, nunca te dejaría acercarte tanto a mis ojos.

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda pensarlo dos veces. Thomas puede hacer conmigo lo que quiera. Si quiere afeitarme las cejas o cortarme la lengua en dos, no tengo voz ni voto.

La expresión de su semblante delata que recuerda ese detalle. Es casi tan gracioso como las miradas que nos lanzan cuando salimos a

la calle. Thomas, impecable con su traje elegante, y yo, desaliñada y pordiosera. Parece que no soy digna de él, cuando en realidad soy yo quien ha sido obligada a hacerle compañía.

—Yo digo que hace demasiado buen tiempo para desperdiciar el día —dice él.

Estoy de acuerdo. Cosa que pasa mucho. Estoy totalmente de acuerdo y sonrío ante las cosas que sugiere. Últimamente no se ha equivocado mucho.

Huelga decir que, mientras que los recados rápidos al supermercado están bien durante el día, salir a pasar el rato y disfrutar del tiempo sigue otras reglas.

Jugamos a las cartas, echamos una siesta y preparamos la cena. Me escabullo al baño y, después de lo que parece una eternidad, llega la hora de salir.

Cuando salimos, está completamente oscuro, tanto que Thomas tarda más de lo habitual en sacar la furgoneta del patio. O tal vez sea porque este patio es diferente, mucho más pequeño que muchos otros sitios en los que nos hemos alojado.

Thomas no me dice adónde me lleva, quiere que sea una sorpresa.

Conducimos durante un rato, media hora, quizá más. La música suena alta, las ventanillas están bajadas y movemos la cabeza al ritmo de la música.

Algunos fines de semana, en el instituto, pedíamos prestado el coche a uno de los alumnos de último curso y dábamos un paseo similar, con Thomas haciendo de sujetavelas, como solía hacer entonces. Ahora me hace gracia pensar por qué nunca salió con nadie, a pesar de todas las insistencias de Knox. Era totalmente fiel a Victoria.

Victoria.

Echo un vistazo a Thomas, que parece más tranquilo que nunca. Sean cuales sean las circunstancias de la muerte de Victoria, la echa de menos. La quería. Y no puedo decir que no sienta al menos un poco de felicidad al ver ese lado suyo tan sumido en el dolor y la ira que apenas puede respirar.

Este trayecto es diferente, pero muy similar a los que solíamos hacer. Esta vez, con Thomas en el asiento delantero, girando suavemente el volante para llevarnos de una esquina a otra.

Las carreteras son solitarias en esta zona, incluso más que en Marno Bay, pero hay algo tranquilizador en el viento que me da en la cara y en no ver ningún coche en todo el horizonte.

Me inclino hacia delante y giro el botón de la radio, bajando el volumen.

—¿Sabes qué falta? —le pregunto.

—La música —responde Thomas, arqueando las cejas.

Pongo los ojos en blanco.

—Un perro.

—¿No te gustan los gatos?

Sus palabras me llegan como balas directamente al corazón. No puedo soportar pensar en el Sr. Snuffles ahora mismo y no puedo permitirme que mi estado de ánimo se estropee.

Respiro hondo y hago todo lo posible por superar el agriamiento de mi estado de ánimo.

—Me gustan los animales —respondo—. Y las carreteras solitarias y las noches ventosas son sin duda más propias de un perro. Imagínatelo. Un labrador color chocolate muy mono con la cabeza asomada por la ventana y la lengua al viento.

—¿Cómo lo llamarías? —pregunta Thomas.

Me echo un mechón de pelo detrás de la oreja, pensativa. El viento me lo vuelve a poner en la cara inmediatamente.

—Ruff.

—Qué aburrido.

—Ruffles.

—¿Como las patatas fritas?

—Tienes razón. —Me toco la barbilla con el dedo índice—. Tornado.

Thomas se ríe.

—Se te da de pena.

—No se me da de pena.

Me mira por encima del hombro con una mirada pícara.

—Llamaste a tu gato Snuffles. Y ahora intentas llamar a nuestro perro Ruffles. Y Tornado... con un nombre así, seguro que nos destroza todas nuestras cosas.

No tenía muchas cosas que destrozar. Nada que fuera realmente mío, al menos. Aun así, entendí lo que quería decir.

—Si a ti se te da tan bien, elige tú un nombre.

—Diver —dijo al instante—. Nos mudaríamos a la playa y pasaríamos los días con él sin cansarnos nunca del agua. Y cuando saliéramos con el barco, estaría tan emocionado que no podríamos apagar el motor para que pudiera vagar por las profundidades del mar.

«Nos». Me gusta saber con certeza que no está hablando solo de él y de su hipotético Diver.

—Tú ganas —admito, levantando las manos en señal de rendición.

Thomas vuelve a subir el volumen de la música y, cuando llegamos a nuestro destino, cantamos a voz en grito y movemos los hombros al ritmo de la música. Un parque infantil, nada menos.

Lo miro con recelo.

—Los parques infantiles molan.

—Cuando tienes cinco años —le respondo.

—¿Quieres apostar?

Y acepto.

Corremos hacia los columpios y Thomas me deja ganar la carrera corta. Cuando me siento en el columpio, él no se sube al de al lado. En lugar de eso, se coloca detrás, pone las manos con cuidado en mi espalda y me empuja. Una y otra vez, hasta que estoy tan alto que parece que puedo besar el cielo. Solo entonces se sube al columpio de al lado y se impulsa hasta alcanzar mi altura.

Casi sincronizados, nuestras piernas nos empujan hacia adelante y hacia atrás, adelante y hacia atrás.

—¿Quieres oír una locura? —pregunta Thomas.

—Dime.

—No me subí a un columpio hasta los quince años.

Lo miro. Mi expresión le dice que no le creo ni una palabra.

—En serio. No tenemos parque infantil en el club. De niños, vagábamos por el bosque o jugábamos a la pelota en el patio. No digo que mi infancia fuera horrible, porque no lo fue. No se puede echar de menos lo que no se conoce.

—¿Quieres oír algo aún más loco?

Pateo la arena con los pies para detenerme.

—Pensaba que Knox y tú os conocíais del instituto. El hecho de que desaparecierais los dos al mismo tiempo ni siquiera me llamaba la atención.

Me mira con seriedad.

_Si me hubieras llamado, te habría contestado, ¿sabes?

Me encojo de hombros.

—No podía pensar más allá de mi tristeza —admito—. Después de perder a mi abuela, quería quemar el mundo entero, y que Knox me ignorara... Eso me hizo querer incendiar el universo entero.

—Yo no lloré cuando murieron mis padres.

—Eso no suena muy sano.

—Habían tenido una buena vida. Y larga, además. Estaba triste, pero... No sé. Al crecer, sabía que no los tendría para siempre, supongo que una parte de mí estaba muy feliz de que hubieran estado conmigo todo ese tiempo.

—Sí, definitivamente hemos manejado la pérdida de nuestros padres de manera diferente. —Lo entiendo, pero no expreso el por qué. A diferencia de mí, Thomas no se quedó solo en este mundo después de que murieran sus padres. Todavía tenía a Knox. Todavía tenía su club.

—Pero ahora los echo mucho de menos, joder.

—Sigo enfadada con mi abuela por morirse. Sobre todo, después de todo el esfuerzo que hice para intentar salvarla, ya sabes.

—Dejaste el ballet por la medicina —dice Thomas—. Pero ¿sabes lo que no entiendo? ¿Por qué no te especializaste en neurología?

Enderezo la espalda. Esa conversación es donde pongo el límite.

—No era mi camino —le digo y vuelvo a impulsarme hacia el cielo.

DIECISIETE



THOMAS

Ella era como la Bonnie de mi Clyde. Como si estuviéramos hechos para ser un equipo.

Sin embargo, en algún momento del camino, perdimos nuestro propósito. No diría que mi necesidad de venganza disminuyó, pero mis acciones podrían reflejarlo.

En lugar de dar vueltas intentando encontrar una nueva forma de matar y que ella se devanase los sesos para idear un plan de fuga, yo simplemente me sentaba en compañía de Mina y ella se sentaba en la mía.

Juntos, encontrábamos nuevos lugares donde pasar la noche y hablábamos hasta altas horas de la madrugada. Ella preparaba el desayuno en el pequeño hornillo de camping que llevaba conmigo cuando nuestro hogar nocturno no tenía los electrodomésticos adecuados, y yo confiaba en ella lo suficiente como para bajarse la gorra y dejarla entrar en el supermercado mientras yo esperaba fuera, en el aparcamiento. Mina siempre volvía. A veces, con una sonrisa en la cara. Otras, descontenta por no haber encontrado lo que buscaba.

No estaba seguro de si yo la había cautivado a ella o ella a mí, pero estábamos construyendo una vida juntos mientras huíamos. Tanto es así que ella tenía una maleta y cosas que meter en ella.

En muchos sentidos, me sentía como su víctima. Como si me hubiera quitado lo único a lo que podía aferrarme, mi ira, y hubiera empezado a borrarla poco a poco, día tras día.

Desde hacía más tiempo del que puedo recordar, cada noche tenía pesadillas con la mujer que amaba. Yo entraba y veía a Knox con la pistola en la mano, a punto de arrebatarme a Vicky. Siempre era el mismo sueño. Llegaba justo antes de que la matara, pero nunca conseguía salvarla.

Cuanto más tiempo se quedaba Mina, menos aparecía Knox en mis sueños. Vicky, sin embargo, se colaba en mi sueño, pero de una forma muy diferente a la habitual. Estos nuevos sueños eran siempre tranquilos, pacíficos.

Veía a Victoria al otro lado del estanque. La perseguía mientras ella se reía. Pero nunca podía alcanzarla. Siempre era demasiado rápida, aunque se movía muy despacio, y desaparecía antes de que mis manos pudieran sentir su suavidad.

En algún lugar de mi mente enferma, sentía que no podía matar a Mina porque, si lo hacía, las pesadillas volverían. Si no lo hacía y ella se quedaba el tiempo suficiente, mis sueños llegarían a un punto en el que finalmente podría abrazar a Vicky. Besarla. Decirle que lo siento. Que la quiero y siempre la querré.

Podría vivir en esos sueños. Construir una vida en esos sueños. Encontrar la felicidad en esos sueños. O tal vez empezaría a dejarlo ir y ver lo bueno que tenía delante.

Mina apoya la mano en mi mejilla.

—No hagas eso —me dice.

Intento esbozar una sonrisa, pero no lo consigo.

—Es difícil —admito, sabiendo que se refiere al profundo viaje al pasado que he emprendido.

—¿Te das cuenta de que me estás dando una oportunidad?

Empujo mis patatas fritas hacia adelante, subiendo su apuesta de cincuenta. Sí, estamos jugando al póquer y sí, estamos usando fichas que se pueden comer.

Mina mira sus cartas, pero no hace ningún movimiento.

—¿Quieres hablar?

Aprieto los labios.

—No.

—¿Te vas a asustar si empiezo la conversación?

No lo haré. Esta noche no estoy para eso. De hecho, hace muchas noches que no estoy para eso. No después de que Mina, desnuda, me suplicara que la matara, negándose a volver a ponerse la ropa porque sabía que me incomodaba.

La había atado esa noche, sabiendo que no era buena idea dormir con una mujer mentalmente inestable cerca. Sobre todo, teniendo en cuenta que yo era el responsable de haberla puesto en ese estado.

Al día siguiente, Mina estaba más tranquila y yo todavía estaba conmocionado por un sueño que había tenido. Cuando se disculpó y me dijo que me creía, perdí el control. Las lágrimas brotaron de mis ojos sin intención de detenerse hasta que me quedé sin lágrimas.

—Thomas, vuelve a la Tierra. —Levanto la vista y veo a Mina agitando las cartas delante de mis ojos. Las golpea contra la mesa —. O hablamos o tomamos un helado —dice.

Contemplo la primera opción, pero como soy tan terco como una mula, me decido por la segunda. Al fin y al cabo, un helado es mucho más fácil que una conversación.

Abro los labios, a punto de preguntarle a Mina si quiere ir ella sola a la tienda. Tanto es que estoy empezando a confiar en ella. Me contó su historia y la respaldó con artículos de internet. A la hora de la verdad, puede que esté tan jodida como yo y ni siquiera el amor de Shadow tiene posibilidades de salvarla.

Tiene sentido que ella desaparezca, igual que tiene sentido que yo desaparezca. Shadow nunca sabrá que estoy jugando a las casitas con su novia. Se quedará para siempre en ese espacio de eterna incertidumbre, eterna búsqueda, eterno dolor. Decido que puedo vivir con ello.

Hago sonar las llaves delante de Mina.

—¿Quieres conducir? —le pregunto con una sonrisa en los labios. La siento un poco forzada, pero estoy seguro de que, con el tiempo, encontraré el camino de vuelta a la luz. Paso a paso. Poco a poco.

Mina me mira con recelo.

—Ni hablar.

—Vamos.

—¿Has visto lo pequeña que soy y lo monstruoso que es tu coche?

Mi sonrisa se amplía.

—No te pasará nada.

Mina se echa el pelo hacia atrás y se dirige hacia sus zapatos. Lleva el mismo vestido que ayer. Mentalmente, tomo nota de que tengo que comprarle uno nuevo. Algo parecido, pero de otro color.

—¿Sabes, Thomas? Hay algo adictivo en que me lleves en coche.

Me gusta su sonrisa. Y si no tengo cuidado, quizá empiece a gustarme de una forma muy diferente a como debería. Cuando me mira así, sé que es imposible que ella sienta lo mismo.

Victoria, me grita mi mente. Piensa en Victoria. Y eso hago. Ella es en lo único en lo que pienso. Pero en algún lugar recóndito de mi mente, creo que ella sería feliz si yo encontrara la felicidad en este mundo. Si pudiera superar todo esto. No puede ser agradable estar en el cielo viendo cómo el hombre al que amas se derrumba día tras día, tan empeñado en vengarse que es capaz de matar a una mujer que nunca le ha hecho nada.

Quién sabe, quizá mañana cambie de opinión.

Quizás la muerte le sentará bien a Mina mañana.

Pero esta noche, voy a dejarme llevar por el sentimiento que me transmite y permitir que su voz me lleve a un lugar mejor.

DIECIOCHO

EL JOVEN THOMAS

Si Shadow y yo éramos cercanos como mejores amigos, como hermanos éramos inseparables. Nos quedaban dos años de instituto y estábamos deseando irnos de viaje por carretera juntos. Cuando su padre nos llamó al salón para hablar, estábamos tan emocionados por nuestra clasificación que prácticamente fuimos dando botes todo el camino.

No había duda de que acabaríamos en el mismo sitio. El futuro presidente y el futuro vicepresidente no iban a separarse en un futuro próximo. Shadow estaba más emocionado por las chicas. Para mí, era pasar tiempo lejos lo que necesitaba. Un tiempo que deseaba y temía a partes iguales.

Vivir con Victoria no era fácil, sobre todo desde que rompimos nuestra promesa de mantenernos alejados el uno de la otra. Noche tras noche, ella arriesgaba nuestras vidas metiéndose en mi cama y volvía a arriesgarlas cuando se escapaba de mi habitación por la mañana. Decir que dormía como una medusa sería quedarse corto.

Me encantaba tenerla a mi lado, claro. Pero también me aterrorizaba tenerla a mi lado. Habían estado a punto de pillarnos muchas veces últimamente. Como aquella vez que entró en la cocina y me dio una palmada en el trasero. Su padre apareció por la esquina justo cuando su mano chocó con mi culo.

—Dios mío, ¿tenemos que empezar a rociarnos con repelente de insectos o qué?

Los hombros de su padre se relajaron. Los míos no. Esperaba que se abalanzara sobre mí desde la encimera de la cocina, pero cuando se desplazó en nuestra dirección, fue solo para abrazar a su hija.

—¿Qué te parece si damos una vuelta, tú y yo, como solíamos hacer cuando eras más pequeña?

Victoria le dio un golpecito en el brazo.

—Ya lo tengo —dijo, limpiándose el mosquito invisible en la parte trasera de sus pantalones cortos.

Su padre la rodeó con los brazos y la abrazó con fuerza.

—Esa no es respuesta a mi pregunta, Vick.

—Tú mismo lo has dicho. Es lo que solía hacer cuando era más pequeña. —Consiguió zafarse de su abrazo. Una parte de mí sabía que tenía más que ver con que él la tocara con las mismas manos con las que solía pegar a su madre—. Ya soy mayor, papá. Será mejor que empieces a acostumbrarte.

Victoria se alejó, dejándonos solos a su padre y a mí. No dejé de contener la respiración hasta que Gunner se tragó el agua y salió de la cocina arrastrando los pies.

Sabiendo que mientras Victoria y yo estuviéramos juntos no había forma de separarnos, lo único sensato era no estar juntos. Dicho esto, no iba a buscar una razón para no irme de viaje.

Gunner se sentó en el sillón frente a Shadow y a mí.

—Thunder —dijo, inclinando la cabeza en mi dirección. Todavía me resultaba extraño oír mi nombre del club, ya que hacía menos de una semana que me lo habían puesto. Aunque, sobre todo, tenía que ver con el hecho de que era la mayor contradicción que había oído nunca. Yo no era Thunder. Era todo lo contrario a Thunder.

Cuando me dispuse a decírselo a Gunner, él ya me estaba ofreciendo la explicación. Yo era callado, sí, pero también era una advertencia de que algo más grande, algo mucho más peligroso, estaba a punto de pasar. Me gustaba la idea, aunque todavía no tenía sentido. Solo más adelante en la vida cobraría realmente sentido ese nombre.

—¿Qué te parecería cuidar de Vick durante un tiempo? —me preguntó, y tuve que parpadear dos veces para asegurarme de que no estaba soñando.

¿Cuidar de Victoria? ¿Como novio? ¿Era una especie de propuesta de matrimonio? Éramos demasiado jóvenes para eso y, si algo sabía, era que a Gunner ni se le ocurriría vender a su hija a nadie, y mucho menos a mí.

Lo sabía porque había habido conversaciones sobre presentarle a un futuro vicepresidente de otro club. Un tío decente, con un corazón de oro y puños de acero. Podría amarla tanto como protegerla. Gunner finiquitaba la conversación cada vez que Mary-Lynn sacaba el tema. «Es solo una niña», decía él. A lo que Mary-Lynn le recordaba que los chicos buenos se casaban pronto. No quería que Victoria acabara con los desechos o, peor aún, sola. A Gunner no le importaba. Por lo que parecía, no habría tenido ningún problema en encerrarla en un convento si eso le impedía salir con chicos.

Así que todo eso de cuidar de su hija, no lo entendía.

¿Se refería a ser su guardaespaldas? Le di vueltas a la idea en mi cabeza. Sería más fácil pasar tiempo con ella. Menos sospechoso. Pero todo esto me parecía una trampa. Como si hubiera descubierto algo, la hubiera visto colarse en mi habitación y estuviera poniéndome a prueba.

Debí de quedarme mirando a Gunner como si hubiera perdido la cabeza, porque repitió la pregunta más despacio y añadió:

—Mary-Lynn y yo estamos pensando en enviar a Shadow a un internado y Victoria necesitará a alguien que la proteja. No creas que he olvidado cómo te las apañaste con él, y eso que entonces eras solo un crío. Si hay alguien adecuado para proteger a mi hija, ese eres tú.

Tragué saliva. Nadie supo nunca qué le pasó a Cap. Sabíamos que había muerto, pero no sabíamos cómo. Podría haber sido Gunner. Podría haber sido uno de los suyos.

Shadow se rio. Se rio tan fuerte que me hizo preguntarme por qué demonios no le habían puesto a él el nombre de Thunder en lugar de a mí.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —dijo cuando por fin pudo sentarse derecho.

Una parte de mí se alegraba de que la atención se centrara en él. Otra parte no podía aceptar lo que estaba pasando.

—Podrás continuar con tus estudios. Hacer contactos en el proceso. Te vendrá bien —dijo Gunner con una media sonrisa mientras se acomodaba en su asiento.

—Ni de coña —replicó Shadow, poniéndose de pie, con la ira a punto de estallar en su pecho.

—No es negociable —rebatió Gunner, igualando la postura de Shadow.

Shadow me miró con más pánico en los ojos del que jamás le había visto.

—¿Estás escuchando? —preguntó, clavándome la mirada—. Me iré de este maldito club antes de permitir que me arrastre por medio país para cepillarme a unos niños ricos y estirados.

—Esa boca —gruñó su padre.

Gunner encogió los hombros como solía hacer cuando éramos niños y se preparaba para darle una paliza a Shadow. Excepto que esto ya no sería una paliza. Ni mucho menos.

Shadow era ahora más grande. Más ancho. No tan musculoso como su padre, pero entrenábamos en el mismo gimnasio y yo sabía perfectamente de lo que era capaz. Tenía una velocidad que Gunner no podía igualar. Pero nada de eso importaba. Una pelea entre el presidente y su hijo, independientemente de quién saliera victorioso, sería algo desagradable de presenciar. ¿Y las consecuencias? Shadow era impulsivo donde los haya y, cuando se enfadaba, tomaba decisiones irracionales. Se la pelaban las consecuencias.

Antes de que empezaran a volar los puños, me levanté del sofá.

—¿Y si voy con Shadow? —pregunté.

Shadow relajó los hombros, lo que indicaba que no le disgustaba del todo la idea.

—Los dos juntos, absorbiendo todo el conocimiento que una escuela como esa tiene para ofrecer. También haríamos más contactos —continué.

Gunner asintió mientras hablaba, sopesando la idea.

—Tendría que encontrar a alguien de confianza para que cuidara de Victoria si os vais los dos. Una chica tan guapa como ella y con la edad que tiene...

Apreté los dientes y recé para que no viera cómo me temblaba la mandíbula. Sabía exactamente lo que estaba insinuando, y no se equivocaba. Vicky estaba en esa edad en la que los besos y las caricias íntimas estaban definitivamente sobre la mesa. Aún no estaba preparada para tener relaciones sexuales, pero no le faltaba mucho. Lo sabía porque, por ahora, era yo quien le daba esas caricias íntimas.

Conmigo en Dios sabe dónde, cualquiera podía aparecer y arrebatármela. ¿Y si Gunner sugería que fuéramos a la universidad? ¿Y si el internado no era el final? Eso significaría mucho tiempo lejos de Victoria. Tanto tiempo que podría estar casada y embarazada cuando yo regresara por fin a casa.

También había problemas más graves. Como Mary-Lynn. Hacía tiempo que no la miraba de verdad, que la miraba lo suficiente como para saber con certeza que no había ni un solo moratón en su cuerpo causado por Gunner.

El pánico se apoderó de mí incluso después de que Gunner me rodease con los brazos y me abrazase con fuerza.

Knox me revolvió el pelo.

—Vamos a pasarlo como nunca en la puta vida —dijo.

DIECINUEVE

EL JOVEN THOMAS

Al igual que mi madre, la de Shadow estaba hecha para ser madre. Era una motera de pura cepa, tan dura por fuera que podía hacer temblar a los hombres más adultos con solo entrar en una habitación. Pero encerrada en su casa, Mary-Lynn era diferente. Para empezar, estaba todo el asunto de Gunner. El hecho de que se quedara con un hombre después de que le pusiera las manos encima en lugar de destriparlo mientras dormía.

En casa, Mary-Lynn cambiaba su chaqueta de cuero por delantales con volantes, se recogía el pelo en un moño y se ponía a trabajar en la cocina. Betty Crocker no tenía nada que envidiarle a esa mujer cuando estaba ocupada mezclando masa y metiendo sus creaciones en el horno.

Mary-Lynn nos lavaba la ropa y nos hacía las camas, y no había una sola noche en la que no estuviera allí para darnos las buenas noches.

Echaba de menos a mis padres. Todavía los echo de menos. Pero la vida era mucho más fácil cuando contaba con la ayuda de la familia de Shadow.

A medida que pasaba el tiempo y se acercaba el momento de hacer las maletas y marcharme al internado, me daba cada vez más

cuenta de lo que iba a dejar atrás. No era solo Vicky. Era toda su familia.

Me mudaría al otro lado del país con Shadow, haría amigos, llenaría mi cabeza con conocimientos que podrían ayudar a nuestro club a seguir adelante. Victoria estaba enfadada conmigo. Un enfado que rayaba en la autodestrucción. Quizás incluso en el suicidio, aunque no en el sentido tradicional. En lugar de eso, hacía cosas que harían que su padre quisiera apuntarle con una pistola a la cabeza y apretar el gatillo.

Ya no caminaba con ligereza cuando se dirigía a mi dormitorio. Más bien parecía que aporreaba el suelo con los pies, chocando con los armarios y dando portazos a su paso. Al principio pensé que le estaba dando a la botella, como yo había hecho en algún momento de mi vida. Pero cada noche, cuando la besaba, no había ni el más mínimo rastro de alcohol en su aliento. Eso, como mínimo, dejaba claro que estaba intentando hacer todo el ruido posible.

Era increíble que nadie se hubiera dado cuenta todavía de lo que estaba pasando.

Había hablado con ella sobre su comportamiento y la había amenazado con cerrar la puerta con llave y no dejarla entrar si seguía así.

Incluso cumplí mi amenaza, solo para descubrir que sus golpes en la puerta de mi habitación eran mucho más fuertes que sus estruendos al ir de un lado a otro de la casa como un elefante en una cristalería.

Intenté dejarle claro lo que pensaba pasando unas cuantas noches en mi antigua casa, pero ni siquiera eso sirvió de nada.

Bum. Bum. Bum.

Los puños de Victoria retumbaban contra la puerta principal, sin importarle un comino quién la oyera.

Salté del sofá y abrí la puerta de un tirón, arrastrándola dentro tan rápido como pude.

Nunca me había sentido tan nervioso como cuando corrí las cortinas de flores para echar un vistazo, seguro de que vería a todos los miembros de su familia armados hasta los dientes, listos para volarme la cabeza.

—¿Qué coño estás haciendo? —le espeté, como había hecho tantas noches. Me sentía como un loro idiota, repitiendo la misma puta pregunta, sin obtener nunca la respuesta que quería.

Victoria me sonrió con sorna. Sí, me sonrió con sorna.

En lugar de combatirme con palabras como solía hacer, se llevó la mano al hombro y se quitó el camisón azul. Este cayó a sus pies como la base de una cascada. Aparte de la ligera tela que le cubría los dedos de los pies, Vicky estaba tan desnuda como el día en que nació.

Aunque mis hormonas se volvieron locas al ver sus pechos turgentes y el vello oscuro de su pubis, sabía que no debía hacerlo. Era joven. Los dos lo éramos.

Si hubiera sido cualquier otra chica, quizá ya habría perdido la virginidad. Pero con Vicky, con los riesgos que conllevaba y con el riesgo en que se estaba convirtiendo, era imposible. No porque no quisiera, sino porque la respetaba demasiado.

Quería ser el primero en todo para ella, sí. Y si me marchaba de allí, que era lo que iba a hacer, perdería esa oportunidad porque no iba a tocarla. No así. No cuando el sexo era algo que ella utilizaba como un arma.

Intenté con todas mis fuerzas concentrar la mirada en su cara, sin permitir que mis ojos se fijaran en nada más. Ni siquiera en su cuello.

—Vístete, Vick.

—Quítate tú la ropa —siseó ella.

Me pasé los dedos por el pelo, frustrado, desesperado, cachondo como un burro. Mi polla se tensó contra los pantalones con tanta fuerza que es un milagro que no rompiera la cremallera.

Victoria empezó a acortar la distancia entre nosotros, con esa sonrisa maliciosa aún dibujada en los labios. Sin embargo, sus ojos la delataban: aún estaban llenos de ira.

—Victoria, para.

Me agarró la camisa, la empuñó y tiró de ella con tanta fuerza que la tela empezó a romperse.

Intenté apartarme de ella, pero la fuerza con la que se aferraba a mí solo hizo que se estrellara contra mi cuerpo, presionando sus

pechos desnudos contra partes de mí que nunca olvidarían su tacto.

Sin embargo, aún conservaba mis sentidos. Sabía que, por muy bien que me hiciera sentir, por muy bien que me fuera a hacer sentir, aquello estaba mal. No estábamos preparados. Aún no, y desde luego no así.

Arriesgándome a perder la cabeza, la agarré, la giré y la empujé contra la pared. Su cabeza quedó presionada contra un cuadro enmarcado de mi madre.

Si los fantasmas existieran de verdad, ella le habría pegado el camisón al cuerpo por mí.

Mi antebrazo se apretó contra sus pechos mientras seguía sujetándole las manos y los brazos.

Ella se resistió, pero por suerte para mí y por desgracia para ella, no era rival para mi tamaño. Los dos parecíamos un bulldog y un chihuahua miniatura.

—Tienes que dejarlo —le advertí.

—Te creeré cuando no sienta tu erección perforándome la espalda.

No se equivocaba. Dios, no se equivocaba.

—Sé un hombre, Thunder. Haz honor al estúpido nombre que te pusieron o, al menos, déjame ser yo quien lo use. Fóllame y verás si puedo rugir como un trueno.

La giré. Mi Vicky no hablaba así. No era tan obscena.

—¿Qué demonios te pasa?

—¿A mí? Mi padre te pregunta si quieres pasar tiempo conmigo y tú decides cruzar medio mundo para jugar a los amigotes con mi hermano, ¿y me preguntas qué me pasa?

Vale, quizá a veces la sinceridad no me convenía. Pensándolo bien, si hubiera sabido que iba a reaccionar así, me habría ahorrado muchos detalles y solo le habría dicho que Gunner había decidido enviarnos a su hermano y a mí fuera, nada más.

—¡Lo hago por nosotros!

—¿Porque es lo que yo quiero?

—No. Pero es lo que ambos necesitamos, Victoria, y lo sabes. —Mi voz sonaba débil, incluso a mis propios oídos.

—No sé nada, Thomas, salvo que el hombre al que amo está dispuesto a abandonarme.

Las lágrimas comenzaron a correr por su rostro y no pude evitar apretar las manos contra sus mejillas, abrazarla como necesitaba en ese momento. Besarla para que recordara lo que éramos el uno para el otro. Para que recordara lo poderoso que era lo que teníamos, que era también la razón por la que no podía quedarme allí. Era demasiado peligroso. Peligrosísimo.

—Algún día —le prometí—. Algún día estaré en lo más alto de este club y nadie podrá decir nada sobre a quién amo.

—¿Porque cuando seas vicepresidente crees que será más fácil decirle a mi hermano que quieres tirarte a su hermana pequeña? Sé realista, Thomas. Es ahora o nunca.

—Tu hermano es mucho más racional que tu padre.

Se apartó de mí, se volvió a poner el camisón con tanta rabia que es un milagro que no lo rompiera y, sin mirar atrás, abrió la puerta de golpe, dejando al descubierto a un Shadow muy desconcertado en el umbral.

VEINTE



MINA

Cogí tres botes de helado sin mirar los sabores. Menos mal que Thomas no estaba de humor para dar vueltas por los pasillos y decidió quedarse en la camioneta mientras yo hacía la compra.

Cada segundo que pasa es un segundo en el que podría cambiar de opinión, soy consciente de ello. Tengo que ser rápida y decidida.

No es la primera vez que voy sola a comprar, pero es la primera vez que me siento lo suficientemente cómoda como para hacer algo, sobre todo porque la casa en la que nos alojamos es la primera cuyo nombre de la calle he podido ver. Si Knox tiene alguna posibilidad de encontrarme, es ahora.

He jugado a este juego con Thomas bastante bien, creo. He mostrado ira y luego comprensión. He acabado con sus dudas con mi sumisión.

Seguro que me quedarán cicatrices de toda esta experiencia, pero podría haber sido peor. Cuando Thomas me pidió que me desnudara, podría haberlo hecho con la intención de follarme. También podría haberme cortado en pedazos. Asfixiado. Matado de hambre. Al final, aunque sea la chica más desafortunada del mundo, quizá sea una de las víctimas de secuestro más afortunadas.

Así que este juego lento mío puede que me haya costado un tiempo precioso, pero es un plan mucho mejor que intentar escapar.

Hasta ahora, parece que está funcionando bien. Pero no puede durar mucho más. No con lo que estoy sintiendo. No con...

Respiro hondo y corro hacia el pasillo de los productos sanitarios. Miro por encima del hombro una vez, luego dos, mientras cojo un paquete de tampones de la estantería y, tras otra mirada atrás, una prueba de embarazo.

Mi pulso se dispara. Mi corazón late con fuerza.

Por favor, que no esté embarazada.

Por favor, que no esté embarazada.

No hay forma de que esté embarazada. Hay muchas razones para los vómitos y aún más para no haber tenido la regla en... Dios, he perdido la noción del tiempo. ¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí? ¿Cuánto tiempo hace que no soy libre?

No importa. Como ya he dicho, no se me ocurre una situación más estresante que la que estoy viviendo ahora mismo. Lo último que mi cuerpo necesita ahora mismo es preocuparse de ovular.

Con pasos rápidos, doblo una esquina y corro por un pasillo tras otro. Intento no parecer sospechosa, pero también que no me pillen, así que no me alejo demasiado antes de comprobar que Thomas no me sigue.

Él confía en mí. No como una feligresa confía en su párroco, pero lo suficiente. Me ha dejado fuera de su vista. Me ha permitido vagar y siempre he vuelto. Esta vez, también volveré. Romperé su lealtad, sí, pero no huiré.

El aliento de toda una vida sale de mis pulmones cuando entro en el baño. Dejo los botes de helado en la encimera y elijo el cubículo más alejado de la puerta.

Me tiemblan las manos mientras intento abrir el envase, rasgando el papel y cortando el plástico con los dientes.

Tengo que darme prisa.

Mear. Mear. Mear. Mear. Meaaar.

Me siento en el retrete, con la tira reactiva en la mano. No sé si el líquido que sale de mí es pis o sudor, de lo nerviosa que estoy. Aun así, el líquido sigue saliendo. Me he asegurado de beber como un camello preparándose para un periodo de sequía, así que tiene que haber al menos un poco de orina en mi cuerpo.

Me limpio, tiro de la cadena y espero.

Un minuto.

Dos minutos.

Tres minutos.

No hace falta que espere tanto. Tengo los suficientes conocimientos como para saber que la segunda línea que aparece no va a desaparecer al cabo de cuatro minutos, sino que se hará más intensa.

Joder.

Respira hondo.

Exhalar profundamente.

Es solo cuestión de tiempo. Saldré de aquí. De esta situación. Solo es cuestión de tiempo y...

Bum. Bum. Bum.

Se oyen unos puños contra la puerta del baño, sacudiendo el cubículo como el temblor que precede a un terremoto.

—Un momento —digo entre dientes.

No necesito mirar por las rendijas para saber quién es tan descarado como para irrumpir en el baño de mujeres y golpear la puerta cuando hay otros cubículos abiertos y vacíos.

Abro la caja de tampones, me meto uno por si acaso y tiro un montón de papel higiénico sobre el test de embarazo.

—¡En serio! —siseo, abriendo la puerta del baño de golpe y dejando que los tampones se esparzan por todo el suelo, en un accidente torpe y deliberado.

Thomas abre los ojos como platos, avergonzado.

—Mierda. Lo siento. Tenía un mal presentimiento.

—Más bien no confiaste en mí —le susurro y me agacho para recoger los tampones del suelo, meterlos con fuerza en la caja y apartar la mano de Thomas cada vez que intenta ayudarme.

—No es que no confíe en ti —dice, pero yo ya estoy a medio camino de la puerta, enmascarando mi miedo con una actitud de despecho adolescente.

Thomas estuvo casado una vez. Sabe cómo se ponen las mujeres cuando tienen la regla. Los cambios de humor a los que somos propensas.

—Coge el helado, ¿quieres? —le digo por encima del hombro, mientras mantengo la puerta abierta para que entren una madre y su hija.

Thomas sale corriendo con un montón de disculpas, con la cara roja como un tomate mientras se abre paso para salir del baño de mujeres. El helado que lleva en las manos sin duda ayuda a reforzar mi postura.

—No es que no confíe en ti —dice, caminando detrás de mí.

—Da igual, Thomas.

No me dirijo a la parte delantera de la tienda. En lugar de eso, deambulo por los pasillos como una loca. Thomas me sigue de cerca. No porque piense que voy a salir corriendo, sino porque quiere arreglar las cosas. He jugado bien mis cartas. Le he hecho creer que tengo todas las razones del mundo para querer quedarme. Le he hecho creer que le creo. Que estoy dispuesta a dejar toda mi vida atrás y huir.

Y hubo un momento en mi vida en el que quería desaparecer. Es parte del motivo por el que acabé en Marno Bay. Thomas ya conoce esa historia. No toda la verdad. Sabe que me violaron. Sabe que un hombre en quien confiaba, un hombre a quien admiraba, me quitó una parte de mí que nunca podré recuperar. Sabe que cometí un delito contra ese hombre. Que estoy siendo investigada por algo que tiene que ver con su muerte. Le di suficientes piezas para que construyera la historia que quisiera. Internet le dio el resto.

En aquel entonces, cuando todo se fue al garete, estaba enfadada por cómo hablaban de mí los tabloides, por las mentiras que habían publicado en las portadas de sus periódicos solo para vender unos cuantos ejemplares más. Ahora, les estoy agradecida.

Me cruzo con una pareja de ancianos y les jodo el vídeo de dos *influencers* que intentan amontonar tantos productos como pueden en sus manos.

—¿Dónde coño tienen...? —Levanto las manos y me dirijo hacia el chico con el uniforme de la tienda colgándole holgadamente a la espalda—. Disculpe... disculpe —le ladroial empleado.

No puede tener más de diecinueve años. Perfecto. No es lo suficientemente maduro como para decirme que me calme. Se da la

vuelta.

—¿En qué puedo ayudarla, señora?

«¿Señora?»

—Me he manchado la ropa interior de sangre y debajo de estos vaqueros estoy tan desnuda como el día que nací, ¿puede indicarme dónde...?

El empleado está tan sorprendido como Thomas.

—Esperaré en el coche. —Señala con el pulgar hacia la puerta.

El empleado tiene la amabilidad de acompañarme hasta la sección de la tienda donde, no sé por qué, venden ropa interior.

—Mierda —digo en cuanto llegamos al mostrador—. ¿Ya se ha ido?

El empleado asiente con la cabeza.

—Se ha ido con mi cartera. ¿Te importa si uso tu teléfono un momento? Putos hombres y puta regla. Lo juro por Dios. ¿Qué más da si me he manchado las bragas? Le pasa a todo el mundo. Bueno, a ti no, que eres un chico, pero seguro que a tu novia le ha pasado alguna vez. No por eso hay que salir corriendo cuando las cosas se ponen....

—Toma —se apresura el empleado, poniéndome el teléfono en la mano.

Tan rápido como puedo, marco el número de Knox. El teléfono suena. Y suena. Y sigue sonando hasta que salta el buzón de voz.

Vuelvo a intentarlo. Otra vez un puto fracaso.

—Maldita sea, Knox —siseo.

Es el único número que sé de memoria que no es de la policía.

—Voy yo a buscarlo —sugiere el empleado, prácticamente quitándome los dedos del móvil.

—No. No. Es muy amable de tu parte, pero no es necesario. Yo... Espera. Ah, mira eso —me río, sacando el dinero del bolsillo.

Thomas sabrá sin lugar a dudas que algo pasa si el chico de la tienda sale corriendo a buscarlo porque, al parecer, yo no tengo dinero en efectivo.

Corro hacia la caja, sin mirar atrás, mientras pago la ropa interior y los tampones.

Esta parte del plan en la que finjo estar enfadada ni siquiera tengo que fingirla porque estoy furiosa de cojones.

Excepto que esta vez es Knox quien me tiene enfadada.

VEINTIUNO

EL JOVEN THOMAS

Lo peor de las vacaciones de verano será ver a Victoria.

Ver a Victoria y no poder tocarla.

Ver a Victoria y no poder besarla.

Ver a Victoria y tener que fingir que no la veo.

Durante semanas, me aterrorizó volver a casa. Al contrario que todos los demás. Mina estaba emocionada por ver a su abuela. Ella y Knox habían pasado juntos todo el tiempo posible, pero algo a lo que Mina no renunciaba era a sus pausas para comer bajo el árbol del patio.

Al igual que cuando llegó aquí, seguía faltando al comedor para devorar lo que más tarde descubriría que eran revistas médicas. Su abuela tenía Alzheimer y, al igual que los niños que sueñan con ser los primeros en vivir en el espacio o inventar el próximo invento imprescindible, Mina tenía sus propios sueños. No creo que se tratara tanto de «curar el Alzheimer» como de curar a su abuela. Lo cual, al final, habría sido lo mismo.

Cuando Mina nos dijo que iba a buscar a la persona que había escrito uno de esos artículos médicos y obligarla a escucharla, recé para que volviera con un optimismo renovado. Para que realmente encontrara una cura y fuera su nombre el que viéramos en las revistas médicas que ninguno de nosotros leería jamás. No es que

Mina quisiera ser médica. Era delgada como un palo y con la espalda más recta que una tabla, cortesía del ballet. Solo la había visto bailar una vez, por diversión, solo para practicar, pero joder, parecía sacada de Broadway. Quería bailar. Le encantaba bailar. Necesitaba bailar. Pasar el rato con los enfermos, como ella decía, «no era su rollo».

Todo esto para decir que Mina se marchó de la escuela con motivación. Shadow se marchó de la escuela emocionado por que su madre le lavara la ropa y por poder charlar con los chicos del club.

Solo yo sentía que el mundo se derrumbaba a mi alrededor. Solo yo me preguntaba por qué la escuela no tenía un programa de verano en el que pudiera fingir estar muy interesado.

No hace falta decir que volví a casa. Me senté en el avión, de morros, mientras Shadow no paraba de decir que ojalá Mina hubiera podido volver a casa con él. Que ojalá pudiera presentársela a su familia. Todos sabíamos que eso nunca sucedería. Por muy abierta que fuera, nunca entendería la vida de los moteros. Pero yo no iba a ser quien le quitara las ilusiones a Shadow.

En lugar de ir a casa de Shadow cuando volvimos al club, me aventuré a ir a la casa donde había crecido. Fiel a su palabra, Gunner había mantenido la casa tal y como estaba, pero más limpia, gracias a la señora de la limpieza a la que habían dejado entrar para quitar todo el polvo y las telarañas que seguramente se habrían acumulado durante mi ausencia.

La primera noche que volví, decidí quedarme allí. Tenía miedo de ver a Victoria. Pero aún más miedo de que todos vieran cómo la miraba.

La estupidez me pasó factura después de medianoche, cuando la barriga me rugió como en una pesadilla. Abrí los armarios y los encontré todos vacíos. Sorpresa, sorpresa, nadie había vivido en esa casa durante meses.

Podría haber hecho lo sensato y haberme ido a casa de Shadow. Pero hacerlo habría sido arriesgarme a que Victoria fuera quien abriera la puerta.

En lugar de eso, me dirigí al bar. Tendría que conformarme con los cacahuetes y cualquier otra chuchería que hubiera por el mostrador.

Para mi sorpresa, el local estaba vacío y la barra desatendida. Fui detrás y encontré una lata de frutos secos. Empecé a dirigirme hacia la trastienda cuando vi una silueta junto al almacén. Axe. Abrí la boca. Axe no era muy conversador, pero era mejor que estar solo.

Abrí la boca para llamarlo, pero me di cuenta de que Axe no estaba solo. Quizás eso no habría sido un problema si no fuera porque la persona que lo acompañaba era la madre de Shadow. Y, lo que era peor, la tenía rodeada con los brazos, abrazándola como yo quería abrazar a Victoria.

Me miré los pies. Me habían traído hasta aquí sin hacer ruido para no molestarlos. Me sacarían de aquí sin causar alarma.

Estabilicé la lata de nueces en las manos y salí de puntillas del bar.

Quizás habría pasado toda la noche dándole vueltas a lo que acababa de ver si no hubiera sido por la figura que vi junto a la ventana de mi dormitorio cuando llegué a casa. Su larga melena oscura le rozaba el culo mientras luchaba por abrir la ventana.

Con paso ligero, me acerqué sigilosamente a ella, le agarré el pelo con fuerza y la tiré hacia atrás con tal fuerza que le dejé sin aliento.

Antes de que pudiera gritar, presioné los labios contra los suyos y aspiré cada jadeo que dejó escapar.

Ya sin miedo a su agresor, Victoria me besó como nunca antes lo había hecho. Nuestras lenguas y dientes se entrelazaron mientras sus brazos me atraían cada vez más hacia ella, como si lo único que deseara fuera fundir nuestros cuerpos.

No recuerdo cómo conseguimos entrar en la casa, pero en cuanto estuvimos tras la puerta cerrada, la empujé contra la pared, con sus piernas a mi alrededor, mientras recorría su cuerpo con mis labios. Aquello era mi hogar. *Victoria* era mi hogar.

Poco a poco, nuestros cuerpos se deslizaron hasta el suelo y, cada vez que mi subconsciente me recordaba que ella era un fruto prohibido, yo apartaba ese pensamiento porque aquello me gustaba demasiado. *Ella* me hacía sentir demasiado bien.

VEINTIDÓS



SHADOW

Si no supiera cómo funcionan Axe, Rodex y Tanker, lo eficientes que son, ya estaría irrumpiendo en el puto edificio.

La paciencia no es precisamente mi mejor cualidad y todo este ir y venir me está poniendo los nervios de punta. Estoy agitado. Siempre cabreado. Listo para disparar a la primera respuesta correcta o incorrecta que reciba.

Por eso hoy me toca sentarme en el camión mientras los machotes se encargan del trabajo. Bueno, Runner también está aquí, pero probablemente porque es el único que puede soportarme a estas alturas.

Me apoyo en la camioneta y enciendo otro cigarrillo, fumando con la misma agresividad con la que golpeo el suelo con los pies. Los engranajes de mi cabeza giran, pero no se centran en un solo punto el tiempo suficiente como para que yo sepa siquiera en qué coño estoy pensando.

Levanto la cabeza hacia el cielo y rezo en silencio por mi hermana y mi madre, rogándoles que me guíen en esto. Es una estupidez, lo sé, porque si pudieran ayudarme, ya lo habrían hecho. Joder, mi madre me habría avisado y me habría hecho correr a la casa de Vick antes de que Thomas pudiera siquiera pensar en hacerle daño.

Un niño desaliñado pasa rodando en un carrito de la compra, atravesando el aparcamiento a toda velocidad y dirigiéndose hacia mí como una especie de demonio de Tasmania.

Observo la escena. Lo veo inclinarse hacia un lado, con una amplia sonrisa cubierta de chocolate, mientras se aleja de mí.

—Landon, para. Landon, para, ahora mismo.

Los gritos agudos de la madre resuenan en el aire mientras ella misma corre por el aparcamiento con otro mocoso en brazos.

Al niño con el carrito no le importa nada, hasta que el carrito se detiene, gracias al Nissan gris que está a mi lado.

Se oye a la madre exhalar, como si se alegrara de que no fuera mi vehículo el que hubiera atropellado a su hijo. No la culpo. No es sea capaz de que me importe una mierda en este momento.

El niño llora y llora y llora y llora.

—Te dije que pararas. Dios mío. Mira el desastre que has montado.

Baja al otro niño de la cadera mientras se agacha para ver los moratones del pequeño Landon. Está bien, por supuesto. Los niños siempre lo están. Son los adultos los que tienen más problemas de los que saben cómo resolver.

La madre mira a su alrededor como si esperara que el dueño del coche apareciera de la nada. No hay tanta suerte, señora.

Cuando se levanta, es tan ingenua como para esperar que Landon la siga. Pero el pequeño diablillo se lanza de nuevo hacia el carrito de la compra. Esta vez, la madre es rápida y lo agarra por el bajo de la camiseta.

La diversión ya no me divierte, así que vuelvo a subirme a la camioneta.

El corredor me ofrece un paquete de cecina, que rechazo, y busco mi teléfono, que por fin tiene suficiente batería para encenderse.

En serio, tenemos que elegir mejores hoteles. Los dos últimos en los que nos alojamos apenas tenían electricidad.

Desconecto el teléfono del cargador, lo enciendo y tecleo el código. Inmediatamente, aparece en la pantalla una avalancha de

llamadas perdidas. Todas del mismo número, lo cual no sería un problema si lo conociera.

Pulso llamar. Dos tonos después, oigo el sonido de la vida al otro lado.

—¿Quién coño es? —siseo al teléfono.

—¿Hola?

Me detengo al oír la voz de un adolescente muy nervioso y me alejo el móvil de la oreja para mirarlo en mi mano. De repente, no estoy seguro de estar usando el teléfono correcto. No es uno desechable. No es el del trabajo. Y no es el teléfono con el número que hemos dado a los empleados de las gasolineras y demás para que se pongan en contacto con nosotros si tienen alguna pista. Este es mi teléfono personal.

Rápidamente, hago un recuento de las personas a las que les he dado mi número real. Llego a unas cinco. El tío al otro lado de la línea no es uno de ellos. Estoy a punto de cometer la estupidez de colgar sin sacarle toda la información posible.

—¿Eres un teleoperador?

—¿No? Solo... creo que alguien te llamó desde mi teléfono. Nos conocimos ayer, brevemente....

Runner me hace una mueca al ver mi absoluta confusión. Me susurra algo sobre no quedarme mucho tiempo al teléfono, ya que podría ser una trampa. No sé qué mierda de rastreo.

Le gruño y abro la puerta de mi camioneta, necesitando paz en lugar de que me acosen desde un lado.

—¿Quién coño habla? ¿Y dónde coño nos conocimos? —Ya sé la respuesta a esa pregunta. En *ningún* sitio, me cago en la puta. Puede que haya dormido poco, pero no tanto como para dar mi número de teléfono personal a cualquiera.

Aparte de eso, mi pandilla y yo habíamos pasado todo el día en la habitación del hotel revisando grabaciones de vídeo y acabando tan perdidos como un pulpo en un garaje.

—Trabajo en el Shop and Save de Rutner's Road —dice el tío—. Viniste con tu novia y ella... eh... ella... tuvo un accidente.

Ahora tengo los ojos bien abiertos. Siento que las rodillas me van a fallar. Corro hacia la camioneta, casi tropezando con el puto

bordillo. No es que quiera la opinión de Runner. Bueno, olvida eso. Necesito que él también oiga esto.

Cuando vuelvo a la furgoneta, tiene los auriculares puestos y está tocando la guitarra en el aire como un puto idiota.

Se los arranco de la cabeza y cubro la parte inferior de mi teléfono. Ni siquiera estoy seguro de que lo que estoy haciendo tenga sentido, pero da igual.

—Runner —susurro—. Tienes que escuchar esto.

Pongo el teléfono en altavoz y lo coloco en medio, entre nosotros.

—¿Qué tipo de accidente? —le pregunto al tío al otro lado de la línea—. ¿Está herida...?

«Por favor, dime que no. Por favor, dime que no. Por favor, dime que no, joder», pienso, convencido de alguna manera de que está hablando de quien yo necesito que esté hablando, cuando lo más probable es todo lo contrario.

—Tío —dice el chico, como si me faltaran unos tornillos, y creo que es así, pero ¿y si es algo importante? ¿Y si...?—. ¿Sabes qué? Olvídalo —dice, y lo siguiente que sé es que la línea se ha cortado.

—Qué raro —dice Runner encogiéndose de hombros—. Yo sigo pensando que quienquiera que sea finalmente podrá localizarte. Pero da igual.

Cojo el teléfono y vuelvo a llamar al número.

—Tío, déjalo ya. —Runner intenta quitarme el móvil, pero lo inmovilizo con una mirada que le hace saber que ahora no es el momento de buscarme las cosquillas. Nada nuevo. He sido el epítome viviente de la desgracia desde que murió mi hermana.

Va directo al buzón de voz.

Lo intento de nuevo.

Va directo al buzón de voz.

A la tercera, por suerte, resulta ser la vencida.

—¿Qué quieres de mí, tío?

Me aclaro la garganta e intento poner la voz más amable que pude. Obviamente, intimidar a este idiota no iba a funcionar, ya que no puedo darle un puñetazo en la nariz a través del teléfono.

—De pequeño me caí de cabeza —digo—, y tengo algunos problemas de memoria por eso. ¿Dijiste que nos conocimos ayer y que mi chica tuvo un accidente? ¿Puedes contarme qué pasó?

—Estaba cabreada contigo. Dijo… —ahora es él quien se aclara la garganta—, dijo que se había manchado la ropa interior de sangre y que necesitaba otra. —Parece muy avergonzado al pronunciar esas palabras.

No sé por qué, pero parece que se lo está inventando. Puede que Runner insista con lo de que intentan rastrearme con alguna artimaña, pero yo creo que es un idiota que ha llamado por capricho a un número al azar.

Aun así, si esto tiene alguna posibilidad de convertirse en una pista, lo cual, en el fondo, creo que puede ser. O espero que pueda serlo. O necesito que pueda serlo.

—Y esta novia —digo—. ¿Cómo era?

—¿No sabes cómo es tu novia?

Runner se reprime una risa. Pero estoy demasiado metido en mi papel de detective como para encontrarle la gracia.

—¿Has visto esa película de Drew Barrymore en la que sale con un tío y cada día se despierta sin tener ni idea de quién es?

—¿*50 primeras citas*?

—Sí. Mi situación es un poco así. Y mi novia se cabrearía si, no sé, empezara a salir con su hermana o su madre o algo así.

—Pelirroja. Con el pelo muy largo.

—¿Y los ojos?

—Como verdosos.

—¿Verdes o verdosos?

—No lo sé, tío, no la estaba mirando fijamente a los ojos cuando me pidió que le buscara ropa interior nueva.

—¿Cuando te pidió qué? —La envidia me tiene en un estrangulamiento casi tan mortal como el de la ira que se niega a soltarme el mi cuello. Y todo eso por una chica que probablemente no es mi Mina y que solo es parte de la imaginación bromista de algún adolescente cualquiera.

Pero, por otra parte, ha dicho que tenía el pelo rojo y los ojos verdes. Si Mina fuera rubia y él lo hubiera adivinado, o morena y él

lo hubiera adivinado, no creo que sintiera la sangre corriéndome por las venas como lo hace ahora.

Miro a Runner, que está sentado un poco más erguido.

—Tiene que ser ella —susurra en voz alta.

—No tan rápido, colega. Hay millones de chicas pelirrojas en los Estados Unidos —le susurro a Runner.

—¿Y yo? ¿Qué aspecto tenía? —le digo al tío del teléfono.

—¿Me estás tomando el pelo? Mírate en un espejo, tío.

—Tengo fobia —le digo—. He leído demasiados libros de Stephen King.

—¿No habrías olvidado lo que has leído si tu memoria estuviera tan mal como dices?

Vale. Quizás no sea tan estúpido.

—Sinceramente, tío, para ser un hombre con tantos puñeteros tatuajes que cuesta distinguir qué es tinta y qué es pelo en el cuello, te comportas como un puto idiota.

Clic.

Silencio.

No entiendo lo que significa hasta que miro mi teléfono y veo que el cabrón me ha colgado. Otra vez. Si estuviera aquí, estaría recogiendo sus tripas del suelo en este momento, eso seguro.

—Es ella —gimotea Runner.

—Y él —gruño yo.

Ahora hay trabajo de verdad que hacer.

¿Estás emocionado por saber cómo continúa la historia? Aquí encontrarás el siguiente libro de la serie en Amazon.